

Estampa

Menú

Propietario: Luis Montiel

T

Director:
Antonio G.
de Linares

Año 1 = Núm. 2

*Revista Gráfica y Literaria de la Actualidad
Española y Mundial* = Editada en Suc. de Rivadeneyra
Paseo de San Vicente 20 == MADRID.



LA SEÑORITA H. P.
(Dibujo de Ribas.)

En
este
número

30 ctms.

«La señorita H. P.», portada por Federico Ribas.—«Creadores de Prensa», por Alfonso Camín.—«Voces, gestos, actos...», por Alberto Insua.—«Entrevista con Antonio Ruiz y Luis Quadrini», por Vicente Sánchez Ocaña.—«La señora rubia, Francisco y Nicolás», cuento, por Concha Espina.—«Escenario», por Marín Alcalde.—«Las Fargas Catalanas», por Gil Filla.—«José Rodríguez Carricados», por Torralba Beci.—«La casa y el auto», por F. García Mercedal.—«Las realidades del Hispanoamericanismo», por E. Quilones.—«Entrevista con un solo Quintero», por Antonio Robles.—«El alma de las cosas», por Eduardo Zamacoa.—«El pintor Anselmo de Miguel Nieto», por F. Carravaca.—«Estampa madrileña», por Ariste Télez.—«Evas», páginas de la mujer, por Marguerite Choulin.—«El nido del águila», por Matilde Nidos.—«Páginas infantiles: Pipo y Pipas», por Bartolomé.—«El Hada Mangante», cuento, por Baby, ilustrado por Ribas.—«Sirio, profesor de caricaturas», por Sirio.—«Crónica domostiarra», por J. R. Ramos.—«Siluetas vascongadas», por J. Escalón.—«Estampa montañesa», por L. Soler.—«Crónica asturiana», por J. Onieva.—«Imágenes veneradas, La Virgen del Pilar», por Juan José Lorente.—«La vida valenciana», por Luis de Val.—«El Tribunal de la Sangre», folletín de Ortega y Fria.—«Dibujos de Ribas, Eichen, Bartolomé, Ximénez Herráiz, Marco, Sirio y Agustín.

Creadores de Prensa

Don Mariano Zavala, fundador de "Nuevo Mundo" y gerente de "Prensa Gráfica"

Una juventud épica.—La rosa de los vientos en la boina.—A bordo del «San Emeterio» y del «Zafiro».—Una aventura en Jamaica.—Cautivo en tierras lejanas.—El amigo Blázquez.—Un catalán de cuidado.—Zavala, domador de serpientes.—Filipinas.—La fundación de «Nuevo Mundo».

HAY pocas figuras tan interesantes como la de Mariano Zavala. Pienso, además, que el que tiene que contar algo, lo cuenta. La mayoría de los hombres que, escudados en el nombre intelectual, se envuelven en un silencio de rocas, es que son eso precisamente: una roca. Una roca sin otro percal que la caída de un rayo, que le dió forma humana; la lluvia, que limpió sus pecados, y la niebla, que le dió un contorno misterioso. Al-gunos, ni eso.

Zavala se encuentra, en esta hora matinal, en la Gerencia de «Prensa Gráfica». Descuelga los espejuelos de la nariz respingona, como quien aparta unas argomas para abrir un claro en el monte. Zavala no es sólo el creador de periódicos. Es una voluntad hecha velamen.

—¡Vengo a despojarle de su armadura de Conquistador!..., digo. Zavala no se inmuta. Su rostro de hombre de mar se riza como las olas, al peinarlas la brisa. Como los buenos marineros, mira el ciclón desde el puente, en serenidad, en impavidez. Comienzo el diálogo:

—Le busqué en Ribadesella.

—Lo sé. Y lo sentí. Pero estaba metido en mi pueblo de Viego.

—Luego, ¿usted es asturiano?

—Como si lo fuera. Yo nací en Cuba, a donde fué mi padre, que era médico. De allí vine a los dos años. Bueno, ¿pero qué apunta usted ahí?

—Datos para una entrevista. Ya le dije que vengo a rasgar su túnica de pirata.

Zavala se limpia los espejuelos con una suave gamuza. Entretanto, me dice:

—Ah, entonces no me embotelle usted en Cuba, ni me acorrale en Viego, ni me cuegue un acé-vano montañés a la espalda. Yo, en realidad, soy un hombre de muchos lugares. Mi niñez fué creciendo a la luz de muchos países. Tengo parte de todos los climas, de todos los cielos recorridos en mis aventuras de la infancia. Traicionaria mi vida si la acotara en una simple fe de bautismo. Ponga usted un punto cualquiera. Porque yo, a los doce años, ya me sentía ciudadano del mundo.

—Principio de esa odisea.

—Me escapé a los nueve años de casa. A la salida del pueblo tiré la boina en alto. Por donde la llevó el aire, fui yo. Seguí el camino que me indicaba la boina.

Cuando llegué a la primera población, viendo mi indumentaria de aldeano, me insultaron unos niños mocosos. Yo me planté sobre una pila de grava, y aquello fué Troya en España. Las cabezas sonaban como cántaros. Era mi primer signo bélico en la aventura. Lo malo fué que me agarraron los guardias de Consumos al pasar junto a la garita. Me desprendí de uno, pero caí en las garras del otro. Querían llevarme al Hospicio.

—Ya le veo con la cabeza rapada al cero.

—No lo crea. Al Hospicio, nunca—dije y. Lo-gré escaparme. Ya era de noche. Corrí hacia el puerto. Subí al primer barco que vi en la carrera, y me escondí en él.

Me descubrió el contramaestre, que iba hablando con otro marino. Era un hombre trillado, echando, entre el humo de la pipa, blasfemias y saltillos:

—¿Qué haces tú aquí?

Me empujó con sus patas de oso.

—Quería navegar.

—Hay que probarte antes. Súbete a la primera verga y tírate al mar.

Así lo hice, ni corto ni perezoso. Salí pingando agua, como un perro inflado.

El contramaestre, entre serio y burlón, me dijo, poniéndome una manzana en el hombro:

—¡Eres un lobo marino! Te quedas con nosotros.

Salimos de Bilbao por un puerto de Inglaterra. De allí navegamos por todas las Antillas Mayores. Tocamos en Jamaica.

—Tierra de negros...



Don Mariano Zavala, el admirable hombre de acción cuya vida es un ejemplo, quizá único, de bravura y de energía... Gran periodista, excelente escritor, experto gerente, Zavala sigue siendo joven siempre, y su talento y su juventud son hoy el alma y la fuerza de «Prensa Gráfica».

—También salí yo negro de allí. Fué en el año 1875. Recorrimos la población otro amigo y yo, cuando vi, frente a una muchedumbre de negros, hablar a un majadero entre blanco y mulato, que, subido en una especie de carricoche, estaba injuriando a España. Ya andaban revueltas las cosas de Cuba. Me dió tal coraje, que de un salto me planté en la tribuna, empujé al orador, que rodó entre la negrada, y empecé a dar vivas a España y a Cuba, explicando lo que eran la nación y la raza. No me dejaron acabar. ¡Bueno! Si no es el amigo, que tiró de mí como de una parrá cimarrona, no las cuento. Mantenido de lo lindo, volví al barco, que salió para Caracas y la isla de Trinidad.

Por aquellas alturas se vendió el barco, que se llamaba *San Emeterio*. Algunos compañeros volvieron a España. Yo seguí en nueva nave.

Entonces se le muere a Zavala su padre, y el muchacho, más solo y más rebelde sobre los mares, aparece en *El Zafiro*, tocando en Hong-Kong, caballero en las olas del mar de la China. El primer oficial de *El Zafiro*, un vasco con sesenta años floridos, auténtico león de mar, fuerte y noble, le amplía a Zavala las lecciones de náutica.

—En *El Zafiro* navegamos por Singapur, Java, Sumatra y las Célebes...—dice Zavala, entusias-mado como si aún estuviera en la nave.—En Macassar encontramos a un catalán que tenía un bo-chinchie, tienda, fonda, taberna y de todo. El catalán me brindaba un porvenir. Se trató del asunto con el primer oficial de *El Zafiro*.

—Me parece bien que se quede. Tendrá más porvenir que en el barco.

Mis catorce años quedaron en manos del catalán. Pero al poco tiempo me daba unas tremen-das palizas. Era un asesino de marca, reclamado por varias muertes. Más tarde supe también que en España había hecho de las suyas, tomando parte en el asesinato de Prim.

Pero todo tiene su contrapeso. A la taberna del catalán iba un español misterioso y extraordinario. Se llamaba Blázquez. Era flaco y alto. Tenía un

gran parecido con Don Quijote. Persona culta, doctor en ciencias, republicano acérrimo, nadie sabía el motivo por qué andaba por aquellos para-jes. Decían que era pescador de perlas. Pero no se notaba en él la avaricia. Su vida era sencilla y pobre. Él me libraba de algunas palizas del catalán, aunque las más las recibíamos los dos. Hasta me libró de la muerte. Primero con el catalán y después con unos domadores de serpientes, que hacían sus juegos en la plaza pública, rodeados de mucha gente. Los secretos de la India me tenían inquieto. Todo aquello me parecía peligroso y misterioso. Sin embargo, el peligro me llevaba hacia él como una aguja imantada.

Eran unas «cobras» tremendas. De las más venenosas. Los domadores hacían con ellas primeros. Les metían en la boca los dedos. Yo me asombraba.

Blázquez, que me enseñaba todas sus ciencias y prácticas, me dijo:

—Eso no tiene importancia. No tienen dientes.

Me acerqué a una que estaba erguida maravillosamente sobre su cola y que tenía la cabeza como su hermana la serpiente del Paraíso. Tran-quilamente le metí en la boca media mano...

Nunca supe si fué más grande la admiración del público o la indignación de los domadores. Me agarraron, sacando un enorme cuchillo, y ya le tenían en alto para degollarme, cuando Blázquez se interpuso, evitando que se repitiera la estampa de Abraham e Isaac. Blázquez fué el ángel cuya voz llegó muy a tiempo para que no me cortaran la cabeza.

Cuando ya no tenía esperanza de rescate, apareció *El Zafiro* en aquellas aguas. Venía mandado por el vasco amigo, que ya era capitán. Entero por Blázquez de lo sucedido, desembarcó con dos marineros, le colocó al catalán un trabuco en el pecho, hizo que me pagara los mil florines que le había dado a guardar y que me negaba, más sesenta y siete libras del sueldo por mis servicios, y salimos en *El Zafiro* rumbo a otros mares.

Meses después desembarqué en España por el puerto de Barcelona, sin libras y sin florines.

—¿Y sus andanzas por Filipinas?

—Fui a Filipinas, y en el viaje conocí a Perojo, que iba destinado como gobernador de aquella insula lejana. De ese conocimiento nació más tarde, en España, la idea de fundar «Nuevo Mundo».

—¿Cuénteme cómo...

—Un señor Gascón estaba encargado de enviar toda la correspondencia del «Diario de Manila». Yo propuse que se imprimiera aquí. Daban mucho que hacer aquellas copias. Gascón no tenía fe. Por fin se hizo. Unido a Perojo, se repitió la suerte con Puerto Rico y Cuba. Y dándole vueltas al magín y a la pobreza hecha audacia, salió a la palestra el «Nuevo Mundo», mediante doscientas diez y siete pesetas que puso Perojo y doscientas que puse yo, siendo éste todo el capital con que contábamos entonces.

—¿Y apuros?

—Muchos. Teníamos que luchar con adversarios formidables. Uno de ellos, Luca de Tena. Carecíamos de todo recurso. Los empleados y colaboradores cobraron, en ocasiones, con tres meses de retraso. Yo era el «Crispín de Los intereses creados». Perojo era el «Leandro». En otra ocasión perdí toda esperanza. Estábamos en la ruina. Todo eran protestas de letras. El juzgado nos embargaba. Un alemán duro como una roca, no se paró en consideraciones. Nos exigió por 2.000 pesetas. Me asaltó una idea. La puse en práctica y salvé la situación. El juez no podía levantar el embargo. Pero podía prestarme las 2.000 pesetas.

—¿Y se las prestó?

—En seguida. Hasta le hice levantarse de la cama. Era un juez admirable.

—¿Y su mayor amargura?

—Cuando unos años después, muerto Perojo, tuve que abandonar «Nuevo Mundo». Entonces, como quien saca luz de la sombra y fuerzas de la agonía, se inició la publicación de «Mundo Gráfico». Más tarde, en 1914, ensanchamos nuestro ideal publicando «La Esfera», señora vestida con todos los atavíos de gran dama de Corte.

Para terminar, le pregunto:

—¿Cuál sería su aspiración suprema?

—Volver a ser el grumete del *San Emeterio*, en las Antillas Mayores...—me responde.

Centro de Enseñanza

DE LA

EDITORIAL REUS, S. A.

PRECIADOS, 1

CASA FUNDADA EN 1852

La correspondencia
al apartado 12.250



Preparación completa de los ejercicios teóricos y prácticos de toda clase de

OPOSICIONES

Por profesorado competente, con apuntes propios y los elementos de trabajo más modernos y adecuados

Espaciosos locales especialmente arreglados para la enseñanza

PREPARACION PARA

Judicatura, Registro, Notarías, Abogados del Estado, Secretarios judiciales, Secretarios de ayuntamiento (1.ª y 2.ª categoría).

Auxiliares de Montes y de Fomento, Inspectores Municipales de Sanidad

Correos, Telégrafos, Policía, Aduanas, Médicos y Practicantes de la Beneficencia, etc.

Pídanse detalles y condiciones
de cada oposición

El homenaje a los Quintero

ESTAMPA se adhiere cordialmente
a la feliz iniciativa.

En las columnas de *El Liberal* lanzó un buen periodista, el señor Téllez Gírriz, la idea de celebrar un acto de homenaje a los hermanos Quintero, firma gloriosa que, junto a la del gran Benavente, constituye el más preclaro prestigio del teatro español en nuestros días. La idea fue acogida con entusiasmo por el periódico, que la hizo suya y está llevándola adelante con todo el calor de que es digna.

No podía faltar, entre las muchas adhesiones y ofrecimientos que *El Liberal* está recibiendo, la de ESTAMPA, que admira fervientemente la obra enterada de los insignes comediógrafos. Recién incorporada nuestra revista al brillante plantel de la Prensa española, tiene a honor que una de sus primeras coincidencias con ella sea esta de honrar en los Quintero a los autores que tan excelsos blasones han sabido añadir a la ejecutoria gloriosa de la escena española.

En cuanto somos y valemos, nos ponemos incondicionalmente a la disposición de los organizadores del homenaje.

Con motivo de la aparición de Estampa

La Prensa española ha acogido, en general, el primer número de ESTAMPA con elogios que merecen nuestra gratitud cordialísima. No extractamos ni especificamos. A todos nuestros queridos colegas alcanza por igual y a todos nos obliga hidalgamente.

Estampa



DE LA VENTAJA DE SER ESQUIMAL.—Se han helado el Elba y el Danubio—dicen los telegramas de los periódicos—. «Ayer hizo tal frío—nos refiere una amiga desde París—, que el agua se heló en los radiadores de la calefacción, haciéndolos estallar.» La nieve, solidificada, ha suspendido durante varios días el tráfico de Londres. No hay país de la sedicente zona templada donde el frío, un frío boreal, no atormenta a los humanos. En Madrid, el termómetro optimista del Observatorio tiene que resignarse a registrar bajas temperaturas. En Niza, Cannes y demás lugares paradisíacos de la Costa Azul no hay carbón bastante para mantener, dentro de los palacios y las villas, la ilusión de una perpetua primavera. En Rusia, en la clásica Rusia de la nieve, los trineos y las manadas de lobos de la estepa, han tenido los hombres que defenderse a tiros y cañonazos, de los lobos, invasores de las aldeas y asaltadores de las casas, como si el frío extremo y el hambre furiosa hubiesen humanizado a los lobos, convirtiéndolos en astutos y terribles *poules*.

Realmente, no vale la pena de vivir en la zona templada, donde el desequilibrio de los equinoccios ha desarticulado el régimen de las estaciones y exacerbado el rigor del invierno. Lo más práctico es hacerse esquimal. O lapón. O algo parecido. El habitante de las tierras polares, árticas o antárticas, sabe a qué atenerse. El frío se le presenta de cara, no a traición. Y Natura, providente, le proporciona el material para sus casas, vestidos de piel maravillosos y una carne grasa, succulenta, con un número soberbio de calorías. El esquimal se construye su casa con la nieve, se cubre con la piel maravillosa del oso y se nutre de foca. No sabe lo que es el frío. No se muere nunca de frío, como algunos desventurados de los países con calefacción central y alfombras en invierno, y playas, abanicos y sorbetes en el verano. El esquimal, como el oso blanco y la foca—sus amigos y sus víctimas—es feliz con lo que a nosotros nos atormenta. El maridriello se ve obligado a poner, cuando puede, tres mantas, seis mantas y un edredón en su cama. Mientras el esquimal, en su choza de nieve, duerme desnudo, embarrado el cuerpo con aceite de foca y la dorada piel de un oso sobre su piel. Nunca se asfixia con el braserío, ni se arruina pagando facturas de antracita. Es una ventaja en el mundo la de ser esquimal...

DON BENITO.—¡Ocho años ya! Este 4 de enero no hemos podido ir al Retiro, con nuestra ofrenda de flores. Pero Don Benito sabe que nosotros lo queremos, que para nosotros no ha pasado, ni pasará. Galdós no nos parece un novelista del siglo XIX, sino de todos los siglos. Tiene la frescura, la juventud perennes de los escritores «muy humanos» que, por serlo, han llevado a su obra lo que hay de invariable, de constante, de superior al tiempo y al espacio, en la naturaleza del hombre. Galdós fue, sin duda, de su época. Pero de su época recogió, en sus novelas, lo substancial y profundo, lo que no muere, sin que dejen de interesarle, y mucho, lo circunstancial y pintoresco. Hizo, a su manera, genial, el retrato de dos Españas: una política y otra doméstica. Los *Episodios* y las *Novelas contemporáneas*. Podrán negarse estos dos retratos, pero será para oponerlos otros, igualmente discutibles. El español que busca la imagen de su patria dispone ya de un museo. Después de Galdós han surgido nuevos retratistas, nuevos autores de episodios hispánicos. Y un grupo de escritores que tratan el semblante de España al aguafuerte. ¿Es alguno infalible? ¿Nos da alguno la visión cierta de España, el sentido exacto de su rumbo histórico, la participación de su porvenir: de un porvenir inmediato, que puede inducirse de la contemplación y el análisis del presente?

No. Cada «retratista» ve a su modo el semblante de España. Todos lo

contemplan—eso sí—con intención patriótica, con la ambición de encontrar en sus facciones la mayor energía y la mayor belleza. Pero ninguno puede aspirar a que su «retrato» de España sea el único verídico y el único auténtico. Un retrato se hace siempre para ser visto y discutido, no puede evitar el fallo—múltiple y variable—del espectador.

Así, nosotros, como espectadores, seguimos considerando excelente la iconografía galdosiana. Los españoles de Galdós nos parecen «muy españoles». Nos producen, como los franceses de Balzac y los rusos de Tolstói, la impresión de una Humanidad condicionada por una tierra. En Galdós, la tierra es tierra y la carne, carne. Vive, siente, sufre y aspira la España de Galdós. Y ¿a qué aspira? A sufrir menos y a vivir mejor.

Este gran «retratista» nacional ha sido olvidado, ha sido negado. Por algunos. Sólo por algunos. Son más numerosos sus amigos que sus enemigos. Pero los amigos—reitero mi queja, Marañón—abandonan demasiado la lumbre de su culto. Es preciso y urgente alimentarla. Por mi parte, ahí están mis artículos en torno a *Doña Perfecta*, diciendo por qué apremia la exaltación y práctica del evangelio del buen apóstol del patriotismo y el liberalismo puros.

Y nada más. Sino los libros del maestro al alcance de la mano y muy cerca del corazón.

LA ÚLTIMA DANZA DE LOIE FULLER.—¿Fue—¿quién no lo sabe?—la danzarina iluminada, la danzarina irisada, la danzarina que bailó con la luz. Con la Duncan, lo más excelso de la coreografía moderna. Loie Fuller vino de Chicago—había nacido en los alrededores de Chicago—a innovar los bailes de Europa. Lanzó, en la penúltima de las grandes Exposiciones de París, la danza serpentina—ritmo ondulatorio, acelerado o al *ralentí*—, que luego adoptaron todas las danzantes.

Un mecanismo de reflectores y lentes ponía sobre el cuerpo y las alas de gasa de Loie Fuller todos los colores del espectro, en combinaciones fantásticas, en policromías prodigiosas, en arabescos coruscantes, en inscribibles reflejos de todas las gemas del Universo. La danzarina era tan pronto un vampiro de membranas grises, áureas o púrpuras, como se trocaba en un zafiro inflamado, en una esmeralda resplandeciente, en una mariposa empolvada con átomos de piedras preciosas. El espectáculo pasmaba, hechizaba. Era un festín de luz, una orgía de colores vivos, rápidos y deslumbrantes, superior a la que produce el acero derramándose, de los grandes convertidores o de los hornos Martin, en las fábricas de Schneider y de Krupp. Eran los colores exaltados en un dinamismo furioso y dispuestos en armonías y contrastes que nuestros ojos no habían contemplado nunca. Alboradas, crepúsculos, plenilunios, noches sembradas de estrellas policromas. Una sensación de milagro, de las *Mil* y una *noches* hechas realidad. Tal vez abrumadora. Loie Fuller hizo con la luz lo que hizo Wagner con el sonido.

Pero, como Wagner, la danzarina de la luz no pasó de moda, resistió a su siglo—el XIX—y entró victoriosa en el actual. En todos los grandes *music-halls* del mundo, había siempre un número montado por la propia Loie Fuller o por alguno de sus discípulos.

Ella había dejado de bailar, de ser el murciélago igneo y la mariposa arco-iris. Pero proseguía triunfando como «creadora» y como empresaria. Y su arte era siempre el mismo: bailar con la luz, jugar con la luz.

Muere, se apaga la danzarina iridiscente y—cumpliendo sus disposiciones—sus amigos conducen sus despojos al cementerio del Padre Lachaise, para ser incinerados. Y la última danza de Loie Fuller es esa columna de humo que brota del horno crematorio del Père Lachaise, y se disuelve sobre el cielo de Lutecia, ahora, como el humo gris.



En la mesa del café

Charla teatral

—Fin de la temporada teatral de 1927!

—Sí, y con regocijo popular, «banda militar y gente del pueblo» en ciertos teatros, y caras largas —largas como prospectos de toros— en otros.

—Hubo para todos los gustos, ¿no?

—Y para más de un disgusto.

—Y de los cuatro últimos estrenos del año ¿qué?

—Pues eso, que han sido los últimos.

—¿Nada más?

—Hombre, te diré... La pena memata hará llegar la temporada del Cómic a feliz término. El simpático Antoñito Suárez ha estrenado en el Infanta Isabel *Dale un beso a papá*, comedia simpática que fué bien acogida por el público.

—Mira, pues hay que alegrarse!

—¡Muchol! *Román el rico* pasó con más pena que gloria en Puencarral, habiéndose demostrado con el estrenito únicamente la bondad de corazón —bien reconocida— del director de la compañía, Paco Fuentes.

—Y *El gato con botas*, ¿gustó en Novedades?

—Verás. El bello cuento de Perrault, llevado a la escena por Tomás Borrás y Valentín de Pedro, fué muy del agrado de la gente menuda.

—¿Otro acierto de Rambal?

—Te diré. La nueva comedia de magia fué un éxito, pero no dará dinero.

—¿Tú crees...?

—Seguro. Soy un convencido de que ese teatro de los niños no cuaja nunca en nuestro público. ¿Por qué? ¡Ah, querido Campomanes!, la enumeración de las causas sería tarea prolija y no de este lugar. Lo cierto es que en cuantos intentos se hicieron, el fracaso coronó el esfuerzo. El glorioso Benavente, el pobre Enrique López Marín, de tan grato recuerdo, y el propio Tomasito Borrás, saben del desastre económico de otros tantos intentos.

—Sabía eso Rambal?

—Seguramente. Pero habrá pesado más en él el grato de la iniciativa, el regalo que supone entretenerse en representar una deliciosa comedia infantil, la seguridad de tener «el santo de cara», la simpatía que el público le demuestra, etc., etc.

—Pues ves tú, todas esas cosas pueden quebrar el maleficio.

—No lo sueñes! Lo que sí puede ocurrir es que a varias pruebas de esas líquide Rambal con déficit su magnífica temporada.

—¿Asististe al home-



EN HONOR DE DON CARLOS ESTRADA.—Personalidades que asistieron al banquete de despedida ofrecido por el Gobierno al Embajador de la Argentina en España, D. Carlos Estrada, quien vuelve a su país para inaugurar la Embajada Argentina en el Uruguay, de reciente creación. Don Carlos Estrada (X) aparece en esta fotografía junto al Ilustre Jefe del Gobierno, y rodeado de los ministros y del Cuerpo diplomático extranjero, que fué invitado al acto. (Fot. Vidal.)



LA REINA Y LAS INFANTAS EN EL HOSPITAL MILITAR DE CARABANCHEL.—Su Majestad la Reina Doña Victoria, acompañada de sus augustas hijas las Infantas Doña Beatriz y Doña Cristina, durante su visita a los enfermos y heridos del Hospital Militar, entre las cuales distribuyeron gran cantidad de regalos las egregias damas. (Fot. Vidal.)



CACERÍA REGIA EN EL ESCORIAL.—Su Majestad el Rey examinando algunas de las pieles cobradas, al terminar la cacería que tuvo lugar en la finca Villanueva del Pardillo (Fot. Adrover.)

naje que se le tributó la otra mañana?

—La duda ofende.

—Todo estuvo muy bien y en justicia a los méritos del notable artista.

—Todo, sí, señor; todo.

—Todo... menos que no saliese de labios de nadie una palabra de agradecimiento cordial al señor Méndez Laserna, que fué quien, a fin de cuentas, «trajo las gallinas».

Porque no olvides, Campomanes desmemoriado, que hasta esta temporada nadie prestó a Rambal más allá de unos minutos de atención, y que Méndez Laserna, poseído del valor artístico de Rambal y de sus extraordinarias dotes de director de escena y su gusto y valor para dar a los espectadores lo que los espectáculos requieren, tuvo la idea de traerle a Madrid para hacer toda la temporada, y tomó un teatro a tal efecto.

—De modo que tú crees...

—Que hay que darle «al César lo que es del César». Y nada más.

—Eso quiere decir que vamos a hablar de otra cosa.

—Justamente.

—Pues vamos allá.

—¿Te parece que hablémos de Esclava?

—¡Bonito tema! Porque allí hay «vientos de frontera».

—¿Por fin se va Peña?

—No se va; perscinde la empresa de sus servicios; pero él no se va, porque tiene contrato por toda la temporada.

—Y la empresa, ¿qué dice?

—Que no. Y Peña que sí. Y en esa pequeña (?) diferencia están las cosas.

Por otra parte, los autores de *Las castigadoras* han retirado la obra del cartel.

—¿Ahora que viene Ignacio León, que creó la obra con tan rotundo éxito?

—Ahora, sí; pero en la decisión para nada intervino el nombre del gracioso actor.

—¿Entonces...?

—Según el runrún de los cotillos profesionales, el contrato del maestro Acevedo fué la causa del rompimiento.

—No me lo digas!

—Como te lo cuento. El maestro Alonso tiene a su compañero Acevedo por su más encarnizado enemigo; y al saber que se le ha contratado en Esclava de director y veríe actuar ya de asesor lírico, lo ha considerado el popular músico granadino como un reto, y a él ha contestado con ruptura de hostilidades.

—Me valga Dios!

—Mala cosa es que se deje de hacer en aquel teatro *Las castigadoras*. Pero, en fin, si tienen el acierto de encontrar otra obra de éxito...

—Cosa más difícil que hinchar un perro...

—Dificillito, sí; pero no imposible. Todo dependerá de que los gustos de

los dos directores — tan opuestos en todo — Emilio Acevedo y Pepe Ortiz de Zúrate, coincidan con el interés del que oficialmente aparece como empresario y el de los amigos que le rodean.

—¿Lástima de negocio, ¿eh?

—¿Lástima, sí, señor. ¿Algo más hubiese ganado? Esclava de seguir las inspiraciones de quien encabezó el negocio en abril del año pasado! Pero, chico, a la hora de los triunfos, todos atribuyen a su «baza» el éxito, se desatan las pasiones, se desbordan las vanidades, empieza el mangoneo...

—¿Y a morir todos?

—En una sola jugada!

—En fin, el tiempo dirá, ¿no?

—Seguramente.

Y, suficientemente discutido este tema, vámonos con la música a otra parte.

—¿Te parece bien Pavón?

—De perlas.

—Pues ya estamos en el popular teatro de Embajadores. Como sabes, la temporada se prepara bajo los más halagüeños auspicios. La compañía, te consta, es de primera fila, y la empresa cuenta con obras para defender la temporada aunque el éxito no les dé cara. Primero *La manola del Portillo*, de Carrere, Pacheco y Luna; luego *Calificación de amor y de guerra*, libro de Capdevila, con música del maestro Martínez Valls.

—Esa obra se hizo centenaria en Barcelona, ¿no?

—Sí, señor; representada en catalán, se hizo centenaria en los teatros barceloneses, y ahora Compañía del Castillo la ha traducido al castellano y es de suponer que triunfe del mismo modo. Para más tarde se cuenta con *Los mosqueteros del rey*, del maestro Obradors, una zarzuela de Guillermo Cases y seis u ocho más de aplaudidos autores. Para los primeros días de la temporada se prepara la reposición de la ópera *Marina*.

—Pero oye, ¿no habíamos quedado en que el lema de la nueva temporada era: «Abajo las repeticiones y adelante con los estrenos»?

—Sí, pero hay dedido interés en que los madrileños conozcan al tenor Sr. Ruggeri — que dicen que es una cosa muy seria —, y a más en esa obra harán su presentación Amparito Alaña y los baritonos Estrella y Menéndez.

—¿Dos baritonos en *Marina*?

—Verás. Todo tiene su explicación. En la *Marina* de Pavón se va a dar el raro caso de que Menéndez, barítono, haga el bajo de la obra.

—¿Y tú crees?

—Que será un éxito, porque el chico lo canta a maravilla.

—En medio de todo no me sorprende, porque de



EL HOMENAJE ANUAL A PERKEZ GALDOS.—Ramírez Angel, el admirado cronista, redactor jefe de "Blanco y Negro", leyendo su discurso durante el acto celebrado en el Retiro, ante el monumento del glorioso autor de los "Episodios Nacionales". (Fot. Vidal.)



EN EL "SALON DEL CIRCULO DE BELLAS ARTES".—Inauguración de la notable exposición organizada por la Asociación de Paisajistas Españoles, y en la que figuran cuadros y apuntes muy notables. (Fot. Zapata.)



LOS RECIENTES ESTRENOS EN LOS TEATROS MADRILEÑOS.—1. En el teatro Calderón, una escena de "Vía Crucis", drama de Fernández Ardavín.—2. En Novedades, una escena de "El gato con botas", comedia de magia de Valentín de Pedro y Tomás Borrás.—3. En el teatro Infanta Isabel, una escena de "Talo un beso a papá", comedia de Antonio Suárez.—4. En el teatro Infanta Beatriz, una escena de "Su mano derecha", comedia de D. Honorio Wurst. (Fot. Vidal.)

la misma manera que Gorgé estrenó el barítono de *La villana*, ¿por qué no va a hacer Menéndez el bajo de *Marina*. A fin de cuentas, la cuestión es pasar el rato, ¿no?

—Ni más ni menos.

—Y por los otros conciertos madrileños ¿qué hay?

—Pues que en el Infanta Isabel han tocado «rompan filas»; se van la Martí, Sepúlveda, Mora y algún otro que aún no ha dado a conocer su propósito.

—Y ¿quién sustituye a la Martí?

—Se han hecho proposiciones a la Muro, a la Carbonell, a la Barrón; pero hasta el momento presente todos los intentos fueron vanos.

—¿Has oído algo de la segunda temporada de zarzuela en el Lírico Nacional?

—He oído mil cabálas.

—Pero la compañía que inauguró la temporada como titular del teatro ¿no viene?

—No, porque se disuelve en Barcelona.

—¿Pero no dicen que están ganando el dinero a espaldas?

—Eso dicen. Pero como de todo se cansa uno, quizá la Empresa, cansada de ganar dinero, crea lo mejor disolver las huestes.

—Y entonces...

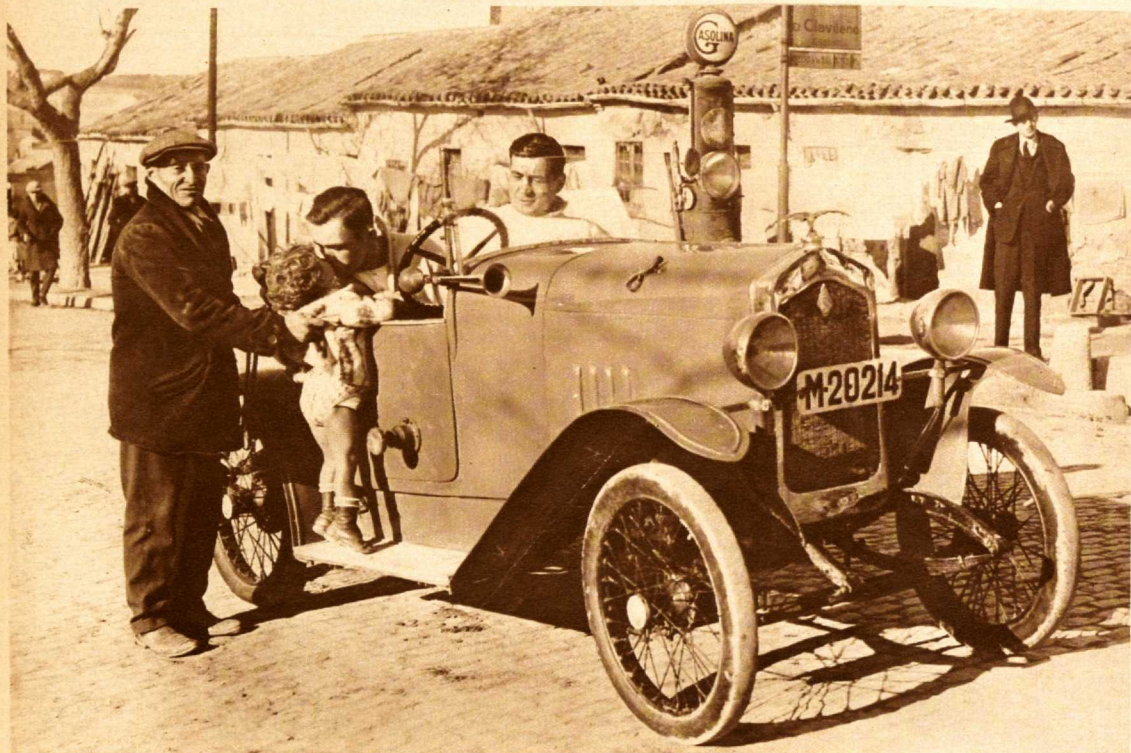
—¿Qué sé yo! Pueden venir Caballé y Vendrell, o cualquier compañía de nueva formación. Ahora que con Calderón funcionando a base de género lírico, ya pueden esafinar en la zarzuela.

MANUEL MERINO



Valentín de Pedro (1) y Tomás Borrás (2), los inspiradores comediantes, autores de la bella adaptación teatral de "El gato con botas". (Fot. Zapata.)

REPORTAJES



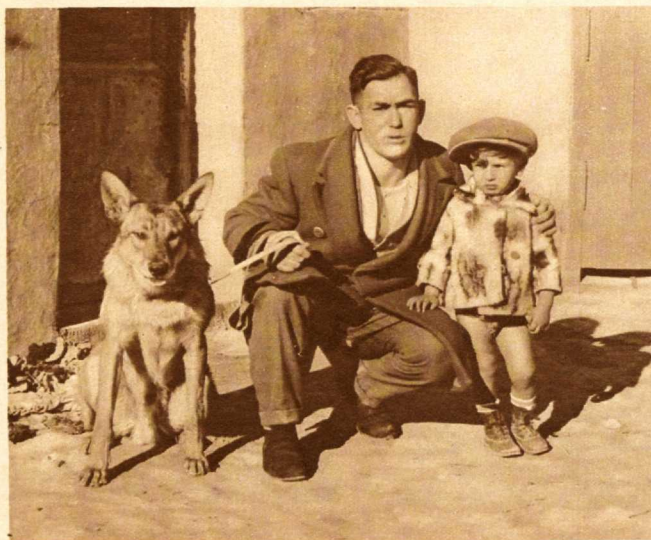
Ruiz, acompañado de su manager, marcha a su habitual entrenamiento...

La escena partida.

El padre del pugilista alza al nietecito para que Ruiz dé el beso de despedida a su hijo...

Antonio Ruiz y Quadrini entrevistados por un redactor de Estampa

El repórter va a presentar al respetable público un espectáculo nuevo. Le podemos llamar «la doble entrevista». O «entreviú a cuatro manos». O «entreviú con escena partida». Como el respetable público quiera. Es un número sencillo y ameno. Verán ustedes en lo que consiste. El repórter reúne a dos personas que tengan una rivalidad cualquiera; por ejemplo, a dos políticos enemigos, o a dos abogados que luchen en un proceso, o a dos empresarios que se hagan competencia. Se coloca—con las naturales precauciones—entre ellos, y se pone—también con las naturales precauciones—a hacerles preguntas. Y... ¡que las contesten a un tiempo!



Antonio Ruiz, el vallecano, descansa, al regresar a su casa, y dedica las horas de paz a su chiquillo, que es su gran amor, y en el que espera un futuro campeón. (Fota. Zapata.)

Sus proyectos, sus aficiones; lo que llevan ganado en el boxeo

El repórter no descarta la posibilidad de que este bonito experimento que se le ha ocurrido tenga alguna vez penosas consecuencias para su agraciado físico. Pero el repórter, aunque le esté mal el decirlo, tiene ánimo. Habiendo hecho, además de una campaña en Marruecos, varias entrevistas a D. Ramón del Valle-Inclán, se contempla capaz de afrontar serenamente peligros nuevos.

Para que no lo duden ustedes, voy a empezar estas informaciones de una manera temeraria, entrevistando a un tiempo a dos boxeadores: a Ruiz y a Quadrini.

La conversación la sostuvimos el día 7, poco antes de

que ocurriera el encuentro en que se han disputado el campeonato de Europa. Los dos luchadores estaban tranquilos, sonrientes. Un poco pálidos, nada más...

Yo, la verdad, al principio de la charla no me atrevía a hablar del combate que iban a sostener algunas horas más tarde.

—A ustedes—empiezo—¿qué deportes les gustan, aparte del boxeo?

—A mí—dice Quadri—la natación... el fútbol... y el ciclismo... ¡Sobre todo, la natación! Este verano, en las Baleares, en Sóller, me pasaba nadando todo el tiempo.

—A mí—dice Antonio Ruiz—, los toros y la pelota y el fútbol. Yo he sido jugador de fútbol. Y a la pelota todavía juego mucho.

Es menester hablar de boxeo. Me da un poco de miedo. Pero no hay más remedio.

Haremos una pregunta vaga para abrir boca.

—¿Qué boxeador español creen que tenga más porvenir?

—Hilario Martínez—contestan a un tiempo.

—¿Más que Paulino?

—Sí—dice Quadri—.

Paulino tiene pocas probabilidades de ganar el campeonato mundial.

—Lleva mucho mejor carrera que Paulino, opina Ruiz.

Hay que decidirse. Hay que hablarles de la pelea que va a ocurrir entre ellos dos, dentro de un rato.

Cerrando los ojos, balbuceo:

—Y... Y... ¿Tienen ustedes muchos ánimos para... Vamos... Para... ese combate que van a sostener?

La voz que primero oigo es la de Quadri.

—Sí. Yo tengo grandes esperanzas...

Luego suena la voz de Antonio Ruiz.

—Yo tengo ánimo.

Abro los ojos. Quadri mira al través de los cristales del balcón hacia la calle. Ruiz está quieto en su silla, con las manos abiertas, sobre los muslos, la cabeza baja.

Ya que me he decidido, seguiré.

—Y si gana usted el combate, Ruiz, ¿qué piensa hacer?

—Irme a América. A Cuba, primero. Luego, recorrer Méjico, Venezuela, El Perú, El Brasil. Y después, a La Argentina... Tengo que vérmelas allí con Roldán, con Gandolfi Herrero y con Mocora... Si es que están en «peso pluma» todavía...

—¿Y si gana usted, Quadri...?

—Pues prestarme a que me dispute el título de campeón todo el que quiera... ¿No dicen algunos que ciertos boxeadores soseados tienen más derecho a ese título que Ruiz? Pues sí yo se lo quito a Ruiz, estoy dispuesto a pelear con ellos... Con Gironés... Con Barbens... Con todo el que quiera...

Bueno. He hecho dos preguntas positivamente heroicas y no ha pasado nada. Llévennos ahora el interrogatorio a un terreno más prudente.

—¿Hacia cuándo piensan ustedes retirarse del boxeo?

—¿Quién piensa en eso!—exclama el español.

Y Quadri:

—Mientras se pueda hay que seguir boxeando.

Lo dejaré cuando ya no sirva. Antes, no.

—Pero, en fin; más pronto o más tarde, un día tendrán que retirarse. ¿Qué piensan hacer entonces?

—Yo—asegura Ruiz—poner un taller de reparación de automóviles. Tengo allá en el Puente de Vallecas una casita y un terreno, y quisiera aprovecharlos para establecerme.

—Yo—expone Quadri—, instalaré una peluquería. Una gran peluquería. Antes de hacerme boxeador yo era barbero...

—¿Cuentan ya ustedes con mucho dinero para esas instalaciones?

Ruiz se encoge de hombros.

—¿Psch!...

Quadri sonríe.

—¿Cuánto dinero, más o menos, lleva usted ganado con el boxeo, Antonio?

El hombre de Vallecas se rasca la cabeza, pensativo.

—¿Hombre!... No sé... Así como unas... Unas cien mil pesetas... Poco más o menos...

—¿Y usted, Quadri?

—Yo, de cuarenta a cincuenta mil pesetas... Al principio me pagaban muy poco. Por mi primer combate, que fué en Lyon, cobré diez y siete francos y medio...

Quadri (a la derecha) conversando con el redactor de «Estampa», pocas horas antes del combate sensacional.
(Fot. Zapata.)



LA COOPERATIVA HIPOTECARIA

SOCIEDAD DE CREDITO

(Fundada en 1912)

Casa social:

P.º del Príncipe Alfonso, 5, Madrid



Capital social:

Autorizado: 5.000.000 ptas.

Emitido: 2.500.000 —

Totalmente suscrito

IMPOSICIONES DE CAPITAL

AL SEIS Y MEDIO de interés anual, pagado trimestralmente en Caja o remitido por Giro postal, SIN GASTOS, al domicilio del suscriptor.

Estas IMPOSICIONES son de 1.000 pesetas o múltiplos de 1.000.

Por su garantía inagotable, su alta renta y la extremada facilidad para su REEMBOLSO, son la inversión ideal de los capitales que no quieras exponer a las fluctuaciones bursátiles ni a los azares mercantiles, ni a cualquier otro riesgo.

Estas imposiciones son las ÚNICAS EN ESPAÑA que, además de estar SIEMPRE fuertemente garantizadas con PRIMERAS HIPOTECAS DE FINCAS URBANAS, se han podido retirar SIEMPRE, EN CUALQUIER MOMENTO Y CON EXTREMADAS FACILIDADES, pues ha bastado para ello escribir una simple carta al presidente del Consejo de Administración solicitándolo.

ES LA RENTA SOSEGADA POR EXCELENCIA

La suscripción general (acciones e imposiciones) pasa de ONCE MILLONES.

La Cooperativa Hipotecaria coadyuva a la resolución del problema de la vivienda (aunque sin meterse a construir ni a hipotecar las llamadas casas baratas), pues con los créditos que concede se construyeron, ampliaron o repararon en el pasado año más de cien edificios en Madrid y pueblos inmediatos, en cuyas obras se dió trabajo a más de 1.500 obreros.

Aunque no se tenga propósito de hacer ninguna suscripción, pídase al Director-Gerente el envío gratuito de impresos explicativos y la suscripción, también gratuita, de la revista mensual LA ECONOMÍA MODERNA.

LA VILLA DE PARIS

CASA CENTRAL: ATOCHA, 67

SUCURSAL: CARRERA DE SAN JERONIMO, 28

Por la próxima reforma de sus locales

CONTINUAMOS

LIQUIDANDO

a precios increíbles centenares de

ABRIGOS

Y

VESTIDOS



AUTOCAMIONES BÜSSING

FABRICA ESPECIALISTA EN CHASSIS PARA
CAMIONES, OMNIBUSES Y AUTOCARS

AGENCIA GENERAL
PARA ESPAÑA:

SOCIEDAD ANONIMA ZENKER, MADRID
ALCALA, 33

Teléfono 17712

Las últimas jornadas futbolísticas en Madrid Información de Alvaro



ATHLETIC (4) - RACING (2), EL DIA 6.—Meseguer, en salida oportuna, evita que Palacios, delantero centro del Racing, meta el balón en la meta, al rematar de cabeza.



ATHLETIC - RACING.—El rápido primer "goal" athlético. Loces, el guardameta del Racing, no puede, a pesar de su formidable estridida, evitar el tanto adverso.

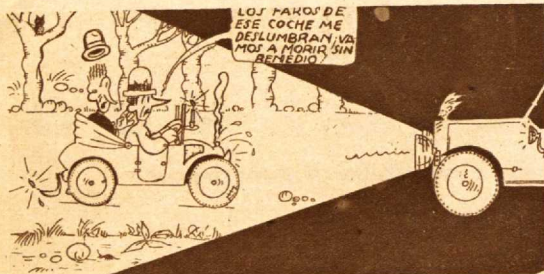


ATHLETIC (2) - NACIONAL (1), EL DIA 7.—Los "nacionales" ponen en un aprieto al Athlético y "marcan" a los contrarios a razón de tres por uno, como en esta instantánea aparece Herrera.



RACING (2) - UNION (6), EL DIA 8.—Vidal, en una de sus muchas y notables paradas durante este encuentro.

TRAGEDIA SIN CONSECUENCIAS

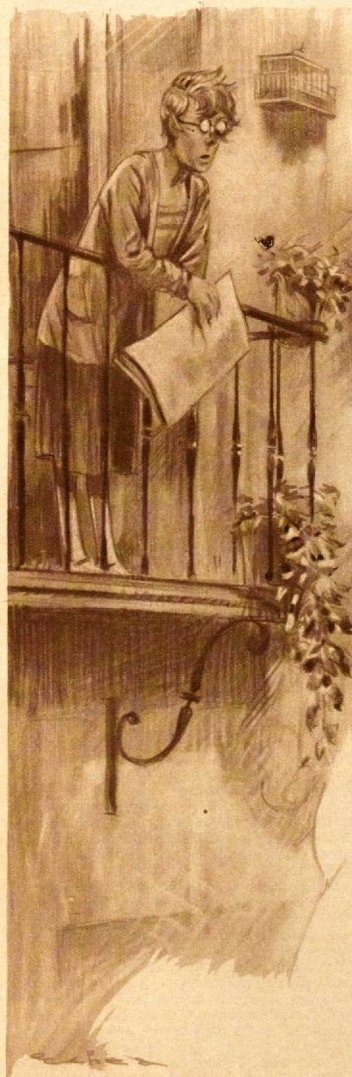


S. E. P. :: ARBIETO, 3. - BILBAO

La señora rubia, Francisco y Nicolás

por
Concha Espina

Ilustraciones de Echea



yos y halitos de fronda. Mas cuando caía sobre la realidad formidable de los cerros carpetanos la dulce ensoñación anglosajona, afirmaba la rubia dama sus gafas de concha sobre la flaca nariz orgullosa y volvía a sumergirse con blandura en el *Manchester Guardian*.

La formación espiritual del tipo medio humano, o tal vez un instinto de equilibrio, regulado por la capacidad, hace que nuestro interés, hasta nuestra simple atención, sólo se dejen captar consuetudinariamente. Hay cosas que queremos ignorar, tal vez con admirable egoísmo; hay cosas que no veremos nunca; hay sentimientos que desconoceremos siempre.

Fué una conmoción aquel aullido para la señora rubia. Toda su sensibilidad se irguió de pronto, sacudida por la indignación. Dejó a un lado el periódico y doblando el largo busto sobre los hierros del antepecho, gritó unas palabras roncadas en su mal castellano. ¡Había que defender al perro perseguido por las piedras de unos pequeños salvajes! Pero ellos no renunciaban a su presa tan fácilmente... Y ya se decidía la buena señora a una defensa personal, dispuesta a bajar a la calle con toda su autoridad imponente de súbito británico y miembro de la Sociedad Protectora de Animales, cuando un grito penetrante como un filo detuvo su movimiento y acalló el escándalo de la chiquillería. Luego se oyeron estas palabras, claras, dulces y enérgicas:

—¡Francisco, Francisco! ¡Ven aquí!... ¡Como no lo dejéis!...

¿Quién bautizó grotescamente al perrito vagabundo con el santo nombre del fraile de Asís? Nadie lo supo. Pero si hubo inconsciencia en la intención de quien lo hizo, ahora esta palabra suave, puesta en los labios de un niño para llamar a una pobre bestia, parece adquirir, por milagro, una cálida intención franciscana... El animal, que había sido blanco, se acercó al muchacho, al pequeño vendedor de periódicos que le llamaba. Estaba sucio y trémulo de miedo y alegría. Puso el niño en el suelo los papeles y se inclinó sobre el perro, que ladraba y aullaba y saltaba entre sus brazos infantiles...

Aquello era demasiado fuerte para la señora rubia de las gafas de concha, que presenciaba la escena desde su balcón. Aquello era demasiado fuerte, y era, sobre todo, incomprensible. Caracteres formados en arista, sin curva de sorpresa, desconocen la virtud gloriosa del contraste, la viva palpitación de lo arbitrario. Allí tenía, frente al hielo de sus gafas, que reflejaban deberes, la tropa bizarra de niños castellanos, cuyas pupilas negras hablaban de pasiones. Allí se movía la menuda turba española bajo el ojo vigilante de Albión...

La señora rubia llamó al vendedor de periódicos y tuvo un gesto de admirante al decirle, con frase lenta y casi aceptable pronunciación: —¡Niño, súbeme ese perro!

Las intervenciones inglesas en el mundo pequeño del planeta, y hasta en el minúsculo de



Rora la mampostería que cubre el canal de abastecimiento urbano en aquel rincón, arrabalerado casi, aquel rincón tan de Castilla, donde alargan algunos álamos sus copas sobre los muros de un macizo de casa, muestra el agua su espejo sin rumores, pupila fría que se abre bajo la firma rosa de un cielo invernal. La gran ciudad clara de Castilla simulaba allí un hondo recogimiento de claustro...

Pero a la señora rubia de las gafas de concha, que leía diariamente el *Manchester Guardian* en su alto balcón, no le atrajo nunca el ámbito humilde y recoleto y sólo se alzaban sus ojos de la menuda letra noticiara para poner la centella mansa de su mirada azul en el lomo obscuro de la sierra, sobre las gibas del horizonte. Y es que su sensibilidad anglosajona, formada ante los frescos paisajes montañosos, buscaba, tal vez con instinto de evocación, acores ondula-

la vida social de relación, suelen tener consecuencias higiénicas y provechosas. «Francisco», el perrito vagabundo—a quien inútilmente se intentó que atendiera por «Dick»—tiene néveas las lanitas, brillantes y humanos los ojos oscuros y un precioso collar con medalla de plata. Cuando sale de paseo, muy ufano, con su ama, hacen siempre una visita a Nicolás... Nicolás es el pequeño vendedor de periódicos a quien la señora rubia ha protegido, instalándole un precioso quiosco, donde se venden las revistas y postales de propaganda de la Sociedad Protectora de Animales, insinuadas con fines de proselitismo entre el torbellino de la Prensa diaria.

La buena dama inglesa ve en el muchacho un instrumento útil para los fines de filantropía a que tiende, inflexible, su voluntad, en el nombre de Dios y del Imperio británico.



La campaña de invierno en los teatros de Madrid

Hablan los empresarios.—
El imperio de la revista lírica.

No hemos conocido la época en que la zarzuela grande brillaba en todo su esplendor, edad de oro de nuestro teatro lírico, en opinión de nuestros padres. Nos ha sido dado asistir a la decadencia del llamado género chico, con sus picecillas en un acto, aleaciones de caricaturas sainetes y efectismos melodramáticos. Luego, la opereta vienesa: vales galantes, vales bufos, vales idílicos, vales, vales, vales...

No han faltado, ciertamente, intentos aislados de dignificación. Bretón y Chapí, primero; Granados, Falla y Turina, después, pretendieron asentar sobre la rica gama de nuestro folk-lore musical, un teatro lírico, genuinamente español, de amplio horizonte y técnica selecta. La sensibilidad popular, hasta ha pocos años, hubo de mostrarse impermeable a aquellos clamores redentoristas. Solamente el pobre Usandizaga, logró virtudes taumáticas sobre el yermo.

Después, no obstante, el fomento de las sociedades filarmónicas y de las masas corales, ha removido las conciencias, ha divulgado entre la muchedumbre las obras de los clásicos y los alienos del nuevo arte. El pueblo se ha hecho más culto, ha refinado su sentido estético. Su discernimiento en materia musical le capacita ya para la opción con calidades críticas.

Y es entonces—paradoja estúpida—cuando en los teatros líricos de España triunfa esa cosa amorfa, gregaria y caótica que se denomina «revistas». Coruscado de bagatelas, centón de aires ligeros, rapsodia de motivos ya olvidados a fuerza de ser conocidos: ramplonerías y chinchines viejos, que, de los desvanes donde yacían arrumbados, salen ahora a la calle con reflejos de talcos y lentejuelas y estrépitos discordes de jazz-band.

Los empresarios afirman que ellos son meros servidores de las predilecciones del público. ¿Por qué no creerles? Pero forzoso nos es confesar que no acabamos de comprenderlo.

ZARZUELA.—Temporada de ópera. Luis París, patriarca pontifical en estos menesteres, se limita a mostrarnos el programa oficial: «Ahí está todo—nos dice—. No me gusta hacer pronósticos por mi cuenta. Una ojeada al repertorio: *Aida*, *Manón*, *Tosca*, *Favorita*, *Carmen*, *Lohengrin*, *Sansón* y *Dahila*... En calidad de alicientes, *La Ceneréntola* y *L'italiana in Algeri*, de Rossini, óperas nuevas en Madrid... «para la presente generación». Ni una sola ópera de autor español. El Estado, empresario y motor de la campaña, entiende, sin duda, que su apoyo al Arte nacional debe contraerse a la ayuda económica en favor de una compañía de zarzuela. No obstante, a juzgar por lo que hemos visto en los demás teatros líricos, bien puede decirse que el sacrificio del Estado en homenaje a la música española llega a extremos de heroísmo.

Paco Torres, el inquieto periodista, amigo de medio mundo y tripulante de todas las naves de la aventura, acendilla las huertas líricas que aban-



Selica Pérez Carpio, primerísima tiple cantante del teatro Apolo.

(Foto de arte Walken.)

donaron el teatro de la calle de Jovellanos. «Veremos en marzo, con *La villana*. Estrenaremos una obra de Luna y otra de Torroba. Es posible que demos también una zarzuela de Guerrero.»

APOLO.—La famosa «catedral del género chico», actualmente consagra su ara a otros cultos. El empresario de Apolo, D. Vicente Patuel, hombre joven y animoso, ama los riesgos emocionantes del negocio teatral. «Llevo tres años metido en estas andanzas—nos dice—, y cada día me gusta más el Teatro. Además de Apolo, tengo la Latina, y soy propietario de un teatro en construcción, situado en la Avenida de Pi y Margall, que dedicaré al género de variedades... En Apolo se estrenará un sainete con letra de Arniches. Esta casa aguarda, con las puertas abiertas de par en par, a todos los autores. Me han ofrecido obras los maestros Luna, Alonso y Guerrero, y los autores Arniches, Muñoz Seca, Pérez Fernández, Jiménez y Tellaiche. Quiero hacer zarzuela española, sainete y revista, y he de procurar, hasta donde sea posible, mantener las tradiciones de este teatro.»

CALDERÓN.—Para el Sábado de Gloria se inaugurará la temporada de zarzuela, bajo la dirección del maestro Alonso. En la compañía figurará Marcos Redondo, al cual acompañarán otros elementos de singular relieve en el Teatro lírico. Se estrenará *La Parranda*, de Paco Alonso, letra de Fernández Ardavín. El autor de la música ha volcado en esa partitura todo el raudal de su inspiración y los recursos todos de una técnica afluente... Eso dicen, al menos.

ESLAVA.—Una legión de chiquillas pimpantes y maquilladas corretean por los pasillos, vestidas para la escena y pendientes de la voz del avisador. Piernas finas, ágiles y nerviosas, prieta la malla de

seda; espaldas desnudas hasta la cintura; la risa, suelta en las gargantas juveniles, inunda de gorjeos los cuartos de las artistas. Celia Gámez, la *vedette* de Eslava, pasea la mirada absorta de sus ojos diabólicos. En el pintado y carnosuelo corazón de sus labios, ha quedado inerte la sonrisa. Isabel Ferri, erguida, arrogante, gallarda marcialmente bajo el tricornio de doncel apuesto que luce en *La Desusada*. Hablamos con D. Honorato Andrés, supremo jerarca del templo de las bayaderas: «Dicen que este teatro es el templo del arte frívolo. En conseguirlo pongo todo mi empeño. Nuestro plantel de mujeres es célebre en todas partes. Las gentes de provincias que a Madrid llegan vienen en seguida a ver a las chicas de Eslava. Eso constituye para mí la mayor satisfacción. Claro que esto no es precisamente un ideal elevado de arte. Pero la frivolidad tiene sus fueros y sus matices. Mi gente no tiene otra pretensión que divertir al público... ¿Obras? Llegan por toneladas. Pero, ¡ay!, no todo lo que me traen es representable.

LATINA.—Puerto modesto, pero seguro, donde suelen recalcar los bajiles de alto bordo. Los anhelos democráticos de las primeras figuras escénicas han dado humos señoriales al teatro de la Plaza de la Cebada. María Guerrero, Borrás, Morano han oreado allí su espíritu en saludable comunión con el pueblo. De paso, se han llevado la escalera bien nutrida con los rendimientos de la taquilla.

A la sazón se halla en La Latina Eugenio Casals; Sagi-Barba, en calidad de «divo», figura en los carteles, aunque no siempre en el reparto. Desempeña la gerencia un periodista y autor notable: José Tellaiche. «Con *La del Soto del Parral*—nos dice—dará término la temporada lírica. Si fuera necesario, pondríamos una obra de José Ramos Martín, con música del maestro Lambert... El 12 del actual vendrá Valeriano León. Traerá: *El último mono*, de Arniches; una comedia rural, del mismo autor; otra, de Luis de Vargas, que no se titula *La guardabarrera*, como se ha dicho, sino *¿Quién le quiere a tí?* Muñoz Seca estrenará *El sacristán*. Paso está también en turno. Permanecerá Valeriano en este teatro hasta el 15 de junio. Ya conoce usted su carácter. Cualquiera día le sacarán en hombros las verdaderas del mercado.»

MARTÍN.—Paco Torres, otra vez: «Soy partidario del *vaudeville* en forma de revista lírica. Mujeres guapas, intriga galante, situaciones bufas, lujo, visualidad... Entre otras cosas, tengo *El balón de oro*, de Ramos de Castro, con música de Estela; *El divino calvo*, de Alfonso Lapena y el maestro Balaguer; una cosa mía (todavía sin título), en colaboración con Estremera, y música de Rosillo; otra, de Fernández de la Puente y Paco Alonso... otras y otras.»

INFANTA BEATRIZ.—También Paco Torres. «El 10 de enero debutará una compañía de negros. Harán revistas. Ebanó todo: actores, coros, músicos. Con ellos viene Douglas, el famoso bailarín, morenito también.»

Antes de despedirnos, le preguntamos: «¿En qué

Celia
Gómez,
la
bellísima
«vedette»
de
Estava,
a quien
ha
aplaudido
todo
Madrid.



Foto-
grafía
de
arte
Antsa.

otro teatro tendremos que visitarle?—En ninguno más por ahora, responde.»

MARAVILLAS.—Campúa, mago de la cámara obscura, periodista afortunado, frecuentador del regio alcázar, hombre de mundo y fino catador de ambientes diversos, es empresario de Maravillas. «Remozarem»—dice—la obra que está en el cartel, *Noche loca*, con números nuevos. Muñoz Seca y Guerrero preparan una cosa que se titulará *La Esfera*. Estrenaremos una obra mía, en colaboración con Joaquín Vela y música de Rosillo. Tengo también una revista, *El arte de desnudarse*, de Antonio Paso y Pablo Luna. Para Pascua de Resurrección estrenaremos una obra del maestro Alonso. En fin: me han prometido su ayuda, entre otros, Luis de Vargas, Fernández del Villar, Romero y Fernández Shaw... Procuero que las revistas que se dan en mi teatro encarnen la genuina manifestación del género. Diversidad de cuadros y ambientes; nada de aditamentos sainetescos; nada de intrigas de *vaudeville*. El público, en un prin-

cipio, mostraba alguna extrañeza. Ahora le parece muy bien.»

ROMEA.—«En este mes—prosigue Campúa—comenzará a actuar en Romea una compañía de *sketchs* y *vaudevills*. La dirigirá Pedro Barreto. Entre otras artistas, figurarán las hermanas Cortesinas, Aurora Sáiz y Adelita Adrián. El fin de fiesta estará a cargo de artistas de renombre, extranjeras algunas de ellas. Estrenaremos obras de Antonito Paso y Dicenta, de Mariño, de Dicenta y López Marín. He contratado un grupo de cinco argentinos. Estoy en tratos con Josefina Baker, «la muñeca de chocolate», que apasiona actualmente al público parisino; sólo nos falta ponernos de acuerdo en la fecha. Finalmente, vendrá una «estrella» norteamericana de las más famosas... ¿Su nombre? Perdoneme. Quiero que sea una sorpresa.»

PAVÓN.—El Sr. Méndez-Laserna, joven la cara, nevada la cabeza, grave y apersonado el talante, diríase que acaba de pasar ante el objetivo del operador para una *film* norteamericana. Nos dice:

«Tengo muchas obras para Pavón. Algunas, excelentes y de las mejores firmas. Sin embargo, no sé cuáles de ellas estrenaré. Pudiera ocurrir que no estreñase ninguna.» Ante un gesto de extrañeza, por nuestra parte, el Sr. Méndez-Laserna añade: «No lo tome usted como reserva mía. Es que... ¿Ve usted ese cartel?... Es de una compañía que tengo en provincias. La dirige Jacinto Guerrero... ¿Comprende usted?»

ENVÍO:

A Adrián Gual, fundador y director del *Teatre Intim*, en Barcelona.

... Según leo en la Prensa, se propone usted desarrollar un ciclo de representaciones teatrales con obras de Shakespeare, Ibsen, Hans Sachs, el maestro cantor de Nuremberg, Marinetti, que vendrá a España al objeto, y Karel Tchapek. Para la Cuarema, prepara usted asimismo una sesión de teatro religioso medieval... ¿Por qué no se da usted una vuelta por Madrid? Le necesitamos.

ALBERTO MARIN ALCALDE.

A

R

T

E



Las "forgas" catalanas

No sólo la manera especial de trabajar el hierro, sino el estilo que casi forma como un orden arquitectónico dentro de la escultura cristiana primitiva, caracteriza las «forgas» catalanas. De aquellos forjadores rudimentarios del siglo XIII, que con el yunque y el martillo erizaron la crestería de las verjas de las catedrales de bellas florescencias de jardín, descende este notable artista Gerardo Alegre, a quien recientemente ha presentado en el salón Nancy Santiago Rusiñol.

El arte de la forja, y en España en particular el arte de la forja catalana, tiene una antigüedad inaudita. En los tiempos bíblicos ya existían forjadores conocidos. La misma Mitología les había dado apariencia fabulosa de dioses, semidioses y héroes. Homero vió en la Iliada la fragua de Vulcano. Y aun antes, casi con los primeros hombres, el fuego y el hierro constituían las armas en la guerra y los

factores de trabajo en la paz. El amor al hierro, demostrado en todas las edades, acaso provenga de su prodigalidad en la Naturaleza. Quizás también de su propia condición material: duro, fuerte, inflexible. El hombre, que siempre puso empeño en dominar la furia de los elementos, debió mirar el hierro como un adversario. Luchó contra él. Lo venció. Después fué su amigo. El hierro acompaña ahora al hombre en el Progreso. Y de inflexible, fuerte y duro se ha convertido en dócil, débil y blando para la industria humana. El forjador fué, pues, un domador del hierro.

En las históricas «forgas» catalanas, bajo la pujante influencia oriental, pasó a ser, además, instrumento y materia de Arte. Decimos que estas «forgas» se caracterizaban por la técnica del trabajo y por el estilo inconfundible. Poco sabemos acerca de los importadores del arte de la forja en Cataluña. Las reminiscencias bizantinas en los primeros ensayos artísticos son evidentes, sin embargo. Los motivos ornamentales más antiguos, como perfiles en *brazo de pulpo*, rizados, platinados toscos, mandrilados y groseros damascados, que vemos en la arcaica metalistería de los tiempos catalanes figuraban ya en la denominación de los forjadores bizantinos. Más tarde, cuando aparecieron los icones y las imágenes de Panaghia y Jesús, decoraban las cruces con lirios abiertos en el extremo de los brazos, también el Arte catalán aprovechó los caricaturescos idólos de Bizancio en la típica arquitectura religiosa.

Las «forgas» tomaban de la escultura decorativa general los modelos, las figuras y los adornos; pero en la representación de las imágenes no llegaron nunca con el hierro a tan perfecta fidelidad como los talleres de marmolistas, tallistas en madera y alfareros. ¿Se les resistía la materia o les empujaba a respetar las torpes formas caricaturescas un jovial humorismo? De ello es lo cierto que en el orden arquitectónico creado por los forjadores catalanes, la caricatura bizantina de los capiteles, las gárgolas y los pilonos, conserva toda su ingenua pureza.

Sorprende cómo los metalarios antiguos pudieron conseguir con rudimental elaboración y elementales máquinas efectos de ductilidad y maleabilidad que aún hoy no se superan después del martinete, la bigorneta, los troqueles y la prensa de estampados, y, en cambio, no lograron mejorar las formas de la figura humana. Los que de la adusta rigidez del hierro hicieron flores y calados del más sutil encaje, bien hubieran podido, de habérselo propuesto, personificar a los santos de las cruces de una manera realista o idealizarlos de un modo menos deformativo.

Parece ser, no obstante, que esa tendencia a la deformación fué peculiar a todos los escultores de icones de Bizancio, y hasta se puede admitir que ella justificara, después de Teodosio y Justiniano, las persecuciones de los iconoclastas.

De hecho, pues, el Arte de las «forgas» catalanas, popular ya en toda la Península a partir de los siglos XIII y XIV, se caracteriza técnicamente por el trabajo a mano, sin soldaduras y con claveteados y remaches abundantes, y artísticamente por la sabia estilización de la flora y la imperfección humorística de las imágenes.



Gallo. Lámpara de hierro forjado, obra de Gerardo Alegre.

Una interesante escultura, que Gerardo Alegre ha reproducido con rara fidelidad y que presenta en su Exposición de hierros forjados en lugar señero, la célebre Cruz de término del museo Episcopal de Vich, es un ejemplo del Arte de las «forgas».

Después de eso, lo que el forjador Gerardo Alegre hace ya no es propiamente una reproducción, sino más bien una evocación sentimental. Como buen catalán y excelente ar-

tista ama el tesoro de las ricas tradiciones regionales y procura incorporarlo al venero moderno.

Para ser justos del todo en el similar, podemos decir que es un forjador del siglo XIII, que se ha trasladado a nuestra época y en ella vive y trabaja sin olvidar lo que debe a su siglo. Cualquiera artista anónimo de las «forgas», de aquellos que, según acertada expresión de Rusiñol, bordaban con el martillo las palmas y las verjas de la Seo de Barcelona, procedería hoy con la misma cautela: respetando la tradición local; mas sin desdénar los progresos actuales.

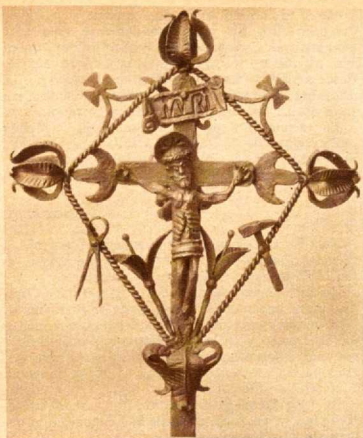
Esa simpática colaboración de lo viejo y lo nuevo, en la historia de la forja catalana no constituye un caso aislado. Muchos forjadores artistas, con fraguas que nada tienen que envidiar a las más modernas en maquinaria, prefieren los trabajos a



Lámpara de mesa. Hierro forjado expuesto por Gerardo Alegre en la Casa Nancy.



Arqueta de hierro forjado, por Gerardo Alegre.
(Fots. Zapata.)



Crucifijo mixto. Anverso con el Cristo. Hierro forjado de Gerardo Alegre.

mano de las antiguas «forgas», menos fríos y pedantes que los de una perfecta elaboración mecánica. Es el sello definidor del Arte. La industria puede llamarse artística mientras conserve el carácter individual y cada obra recoja un poco de la inventiva, del capricho, del gusto o del arbitrio personales del trabajador. Dejará de ser artística cuando la mano del hombre se sustituya definitivamente por el trabajo matemático y rutinario de la máquina. Por donde deducimos que en arte la perfección técnica es un complemento, pero nunca una finalidad. Esto es mucho más claro en las llamadas Artes industriales.

Lo que Gerardo Alegre hace, pues, es arte de forja primitiva, tal vez defectuoso como trabajo industrial; pero perfecto, desde luego, como Arte.

Para pensar así del notable forjador catalán no nos importa su Exposición del Salón Nancy. Todos sabemos lo que significa una Exposición de objetos de esta índole. Si en cierto aspecto nos parece un poco de bisutería, en cambio nos da margen a descubrir en el constructor de farolitos, pisapapeles, ceniceros, candelabros, tiradores y lámparas, al verdadero artista del «Crucifijo mixto», de los «Cofrecillos», del «Atril de coro», de los «Soportes» y de las «Mascotas». Si de momento la repetición de motivos ornamentales, escasos y monótonos, presta poca variedad al conjunto, tampoco desconocemos que las exigencias del reducido local habrán obligado al expositor a prescindir de las obras grandes, aquellas, precisamente, donde la fantasía del artista tiene más ancho campo y su inspiración puede remontarse más holgada y libremente. Si, por último, algunas imitaciones de trabajos antiguos se nos figuran demasiado copias (con lo cual perderían el mérito de interpretación), no queremos atribuirlo a otra cosa que al lícito

El continuador
de la tradición
de
las «forgas»

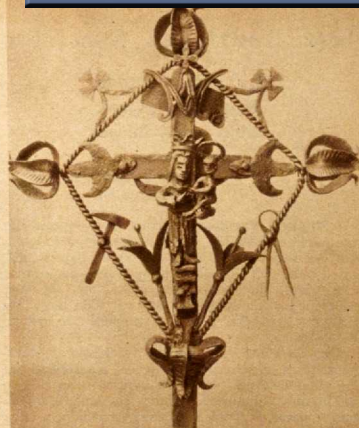


Gerardo Alegre, el notable forjador catalán, que ha expuesto sus hierros artísticos en el Salón Nancy, de Madrid, obteniendo el éxito rotundo que merece su excelente labor.

deseo de presentarlas como ejemplos expresivos y comprensivos del Arte de las «forgas».

Pero olvidemos su Exposición del Salón Nancy. Ante el forjador que modela el hierro con seguridad y destreza de escultor, que compone la perspectiva monumental con cálculo y visión de arquitecto; que decora y trabaja las minucias con cariño y maestría de orfebre, y, sobre todo, ante el forjador que tan bien sabe resucitar las tradiciones de una bella industria por tantos conceptos interesantes, debemos rendir nuestra esperanza.

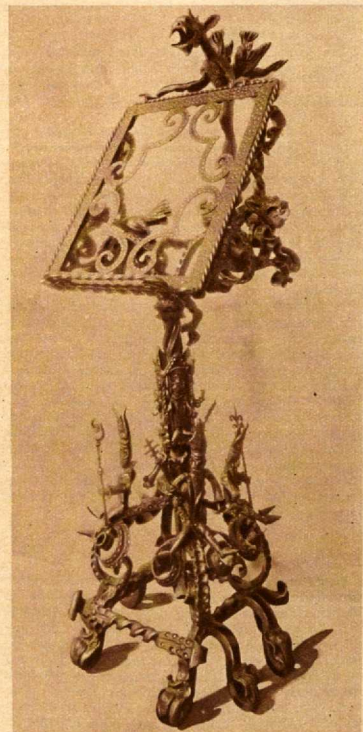
Arte como el de los hierros forjados, del que tanto abuso se hace en estos tiempos para construcciones, mobiliarios y aplicaciones decorativas, vale la pena de ponerlo a cubierto de una exagerada y peligrosa industrialización. Y es así, sólo así, con artistas que conocen el origen de la especialidad, con artistas que sienten sincero cariño por la tie-



Crucifijo mixto. Reverso con la Virgen. Hierro forjado de Gerardo Alegre.

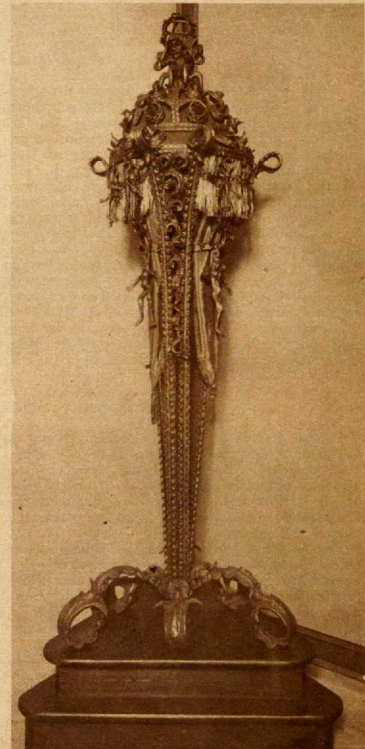
rra donde ese arte tuvo fama y prestigio, con artistas cuidadosos de su propio oficio, como habrá de impedirse que la insoportable, helada y rígida perfección técnica de las máquinas elimine de la Industria definitivamente la eficacia artística de la mano del hombre.

GR. FILLOL



Facistol. Hierro forjado de Gerardo Alegre.

(Fots. Zapata.)



Lámpara de mesa. Hierro forjado de Gerardo Alegre.

(Fots. Zapata.)

José Rodríguez Carracido

La vida fecunda
de un hombre muy
sabio y muy bueno

VIDAS ESTÉRILES Y VIDAS
FECUNDAS.

...Miráis a vuestro alrededor y os apena ver tantas vidas estériles, que pasan sin dejar ninguna huella en su tiempo. Vidas que viven para sí mismas, nada más. Pero he aquí que veis, no junto a esas vidas, sino sobre esas vidas, una fecunda, pródiga de todo su tesoro interior, toda incansante actividad creadora. Y esto os compensa de vuestro desaliento.

Una de estas vidas fecundas, creadoras, compensadoras generosamente de la inactividad de las vidas estériles, una vida luminosa, ha sido la del hombre sumamente sabio y sumamente bueno que se llamó D. José Rodríguez Carracido, y cuya extinción llora hoy toda España.

EL NIÑO ESTUDIOSO

Era hijo de una familia modesta, de Santiago de Compostela, donde nació el 21 de mayo de 1856. Su madre quedó viuda siendo él niño aún. En la escuela era el más aplicado, el que más pronto aprendía. El niño juicioso, más gustoso de sumirse en lecturas que de ir a corretear y hacer diabluras con sus compañeros. Todos decían a su madre que el niño debía ser dedicado al estudio, ir al Instituto, seguir una carrera... «Sabe más que muchos viejos», decían sus próximos. «Este muchacho llegará a ser algo vaticinaban gravemente los hombres de experiencia.

Y fué al Instituto. Impuesto muy pronto en aquellas disciplinas preparatorias, pasó a la Universidad. Ya se le había elegido carrera. Sería farmacéutico.

LOS ANIMADORES.

Había, por entonces, en la Universidad de Santiago dos catedráticos, que eran también hombres sumamente sabios y sumamente buenos. Uno era el ilustre químico D. Laureano Calderón, de memoria impecable. El otro era D. Augusto González de Linares, nombre el más preclaro de todos cuantos honran las ciencias biológicas en nuestro país. Los dos se aficionaron pronto a aquel niño estudioso, reflexivo, serio, de inteligencia despierta y viva, humilde y retraído. Los dos fueron sus amigos pronto, sus animadores, sus consejeros. Especialmente, González de Linares, que le llevaba consigo en sus excursiones y paseos e iba formando, poco a poco, con aquello de paternal que había en su alma debajo del áspero exterior, el espíritu del muchacho. En cierto modo, no sería aventurado decir que fué D. Augusto de Linares el que lanzó a Carracido en los áridos senderos de la Ciencia.

LA PRIMERA VOCACIÓN

Porque, en sus principios, el ánimo juvenil de Carracido tendía más bien a los floridos y seductores vergeles de las Bellas Letras. Soñaba en ser el poeta, el novelador, el aprehensor de las bellezas de la Naturaleza y de la Vida para cantarlas en páginas que admiraran a las generaciones... Sueños... Idealismos...

Pero la amistad aquella con D. Augusto fué enderezando hacia otros horizontes, si no de más deslumbrantes colores, sí de no menos radiosas claridades, el espíritu del joven estudiante. El y Calderón le iniciaron en los secretos de la Biología, en las maravillas de la Química, en los arrebatadores problemas de la Física...

¡También allí había campo, y bien amplio, por cierto, en que se explotaran a su anchas las ilusiones y los sueños y el ideal!

EN MADRID

Licenciado en Farmacia en la Universidad de Santiago, Carracido vino a Madrid, donde en 1875, es decir, a los diecinueve años de edad, se doctoró. Ya era farmacéutico. Seguidamente, entró, por opo-



El hombre sabio don José Rodríguez Carracido, cuya muerte ha sido una pérdida dolorosa para España.

(Fot. Alfonso)

sición, con el número 1, en el Cuerpo de Farmacéuticos Militares. Pero ¿había de acabar siendo un boticario escondido, entre botes y píldoras, el que con tantos entusiasmos y de tan fuertes armas provisto y en tales ímpetus encendido, se había adentrado por los senderos de la Ciencia? En otros horizontes más amplios y lejanos veía reflejarse el destino de su vida. Y en 1880, a los veinticuatro años, cuando muchos no han llegado todavía a la posesión del título que perseguieron en laborioso estudio, Carracido pidió el retiro. Había cursado también Ciencias en la Universidad Central. Un sólo año de preparación. En 1881, venciendo en unas reñidísimas oposiciones, logrando en la Universidad madrileña la cátedra de Química Orgánica.

Sin embargo, ser catedrático ¿es llegar?

LOS MILAGROS DE LA VOLUNTAD

Era el tiempo de las apasionantes discusiones científicas en el Ateneo, en las que intervenían Moret, Vera, Castelar, Moreno Nieto y otros cerebros de los más prestigiosos de la época. Carracido, ateneísta desde su llegada a Madrid, quería intervenir en aquellas discusiones magníficas. Sus condiciones físicas y aun de carácter eran un formidable obstáculo. Era un joven tímido, de palabra poco fluida y, para mayor desventura, de pronunciación torpe, casi tartamudo. ¡Y, sin embargo, era necesario hablar, decir con la palabra lo que pugnaba, en su portentosa mentalidad, por salir fuera del encierro! Ideas, conceptos, comentarios, sugerencias...

¿De qué disponía para ello? De un arma invencible: de la voluntad. La puso entre, tenazmente, al servicio de su anhelo, y venció todos los obstáculos, los arrolló, los hizo sus esclavos. Y habló en el Ateneo, e intervino en la polémica, y fué comprendido y admirado. El triunfo fué suyo. Triunfo rotundo, espléndido. Y del que él, en su modestia tan simpática, en su abstracción sempiterna, en su ignorancia de los oropeles que a otros arrastran y deforman, apenas se dió cuenta...

LA FÁCIL ASCENSIÓN

... Y, después, fué siendo otras muchas cosas. La fácil ascensión de los genios hasta las cumbres,

Menú

ces para ellos. Sin fatiga, suavemente, en progreso natural. Como si en la cumbre hubiera un cable, al que estuvieran sujetos, y tiraran de ellos desde arriba... Pisando en el sendero, como en una alfombra, si le había; abriéndole con el simple empuje de los brazos, cuando estaba cerrado...

Es ya una vida sin historia, como la de Menéndez y Pelayo, la de Ramón y Cajal, la de Pasteur... Dijo esto, enseñó esto otro, escribió aquello... La novela no hallaría personaje en él.

ENUMERACIÓN

En 1887 fué elegido miembro de la Academia de Ciencias Físicas y Naturales, de la que más tarde fué bibliotecario y, desde 1922, presidente.

En 1888 abandonó su cátedra de Química Orgánica para hacer oposiciones, como si fuera un recién venido, a la de Química Biológica, recientemente creada, y en la que creía que podría desplegar más fructíferamente sus aptitudes. Estuvo desempeñando esta cátedra hasta el 21 de mayo de 1926, en que fué jubilado.

En 1905 fué elegido miembro de la Academia de Medicina, y, en 1907, de la de la Lengua, en la que ocupaba el sillón número 2.

En 1923, a instancias del Cuerpo de Farmacéuticos Militares, que sentía una honda veneración por el que había sido su compañero, fué nombrado, por el Gobierno, Inspector de Farmacia de segunda clase, honorario.

Fué también rector de la Universidad Central, cargo del que presentó la dimisión el 27 de febrero de 1927. Era rector honorario desde entonces, con aplauso unánime de profesores y de alumnos.

SUS OBRAS

Su obra hablada es inmensa: las lecciones de cátedra, los discursos de Ateneo y los de Academia, las intervenciones en polémicas científicas y filosóficas, las conferencias... Inmensa y fecundísima.

Su obra escrita también es muy grande. No habíamos de los numerosos artículos de periódico y de revista.

Pero, enumeremos...

En primer lugar, sus dos obras maestras, que siguen y seguirán siendo el imprescindible libro de consulta para los que cultivan las ciencias físico-químicas: el *Tratado de Química Orgánica*, el *Tratado de Química Biológica*.

Los discursos: *Concepto actual del elemento químico*; *Estado de la enseñanza de las ciencias experimentales en España*; *El reactivo biológico*; *Farmacodinamia de los modificadores de la oxidación*; *Problema de la investigación científica en España*.

Conferencias: *Los metalúrgicos españoles en América*; *Mecanismos de la nutrición celular*; *La complejidad farmacológica en la prescripción médica*.

Estudios: *Las enseñanzas técnicas en el Ejército*; *Metabolismo de la célula autónoma y de la célula asociada*...

No abandonó por completo sus juveniles aficiones literarias. Era un gran hablador, un escritor de estilo fácil y atrayente, en muchas ocasiones florido y de una elegancia natural que, a veces, estaba llena de seducción. De su obra puramente literaria recordamos una novela, *La mucela roja*; un ensayo histórico-dramático, *Jovellanos*; los *Estudios histórico-críticos de la Ciencia española*, y el libro que le valió el premio de la Real Academia Española, y que fué publicado por ésta, *El P. José Acosta y su importancia en la literatura científica española*.

Tenía, al morir, el propósito de publicar sus memorias, en un libro que llevaría por título *Lo que hice, lo que debí hacer y por qué no lo hice*.

ERA...

Consejero de Instrucción pública y Sanidad; presidente de la Asociación para el progreso de las Ciencias; Senador vitalicio; socio de honor del Ateneo; corresponsal de las Academias de Ciencias, de Lisboa, y de Medicina, de París; miembro de honor del Museo de la Plata; presidente de honor de la Sociedad Química Argentina; doctor honoris causa de la Universidad de Coimbra; miembro de la Legión de Honor; caballero Gran Cruz de Carlos III, Alfonso XIII, Santiago de la Espada, de Portugal...

Pero, ¿qué significa todo eso? Era algo más, muchísimo más: era José Rodríguez Carracido.

E. TORRALVA BECI

Han llegado a Madrid un pianista de ocho años y una pianista de cuatro

La pianista está tocando el minuetto en tres, de Mozart. Sentado en una butaca, junto al piano, yo contemplo su bella cabeza rubia, un poco caída; sus grandes ojos abortos... Se la ve toda ella entregada, enajenada sobre las teclas trémulas. Trémulas sus manos también. Tembloroso y palpitante su cuerpo entero.

Cuando acaba hace girar el taburete y queda frente a mí, sonriendo.

—¿Te gusta?

Pero no aguarda la respuesta. De pronto salta de su asiento y de otro brinco se monta sobre mis piernas y se pone a darme papirolazos en la nariz...

No... No se alarme usted, querido lector... No hay motivo. La señorita que cabalga en este instante sobre mis piernas, la señorita Gicasta K. Corma, nació en Barcelona, el día 4 de febrero de 1923; de manera que no ha cumplido aún los cinco años: en esa edad feliz, las damas todavía tienen derecho a colgarse de las narices del caballero que les parezcan notables.

Pero la señorita Gicasta Corma abusa algo de ese derecho. ¡Me da unos tirones...!

Y, además, me increpa.

—¡Feol...! ¡Tontol...! ¡Por qué tienes unas narices tan largas?...! ¡Dil...!

Su mamá, muy azorada, procura hacerla seguir una conducta más correcta.

—Niña, ¡estáte quieta!... ¡No seas bobal...! Este señor es un periodista...

—Pero, ¿por qué tiene esas narices?...!

—Este señor es un periodista... —sigue balbuciendo, cada vez más sofocada, la mamá— Un periodista... Escribe en los periódicos... ¿Sabes?... En los periódicos...

Claro que esta explicación de mis narices es un poco incongruente; pero como ni a la mamá de la pequeña Gicasta ni a mí se nos ocurre otra manera de disculparlas, pues se tiene que conformar con ella.

Al cabo, reconciliada conmigo, me hace algunas declaraciones:

—Yo tengo muchos bombones de chocolate, ¿sabes?... Y me los voy a tomar todos... Y me van a traer una muñeca... Una muñeca, ¿sabes?... muy bonita, que anda, con uno vestido azul... Y esta noche me van a dar uvas, ¡muchas uvas!, y voy a estar despierta hasta las once... Hasta las doce... Hasta las tres... ¡Muy tarde, muy tardel...! ¿Sabes?... La Puerta del Sol es muy bonita... Y luego viene la gente y come uvas...

Mientras, sin hacer caso de mis preguntas, la pequeña Gicasta me cuenta, en su media lengua, todas esas cosas, se entretiene en desparramarme las cuartillas y en arrancarme el lápiz de las manos para pintarme la cara con él: la entrevistada— porque estoy haciéndole una entrevista—; la entrevistada me trata como jamás habrá sido tratado repórter alguno.

Todo lo que consigo que me diga de Música es que le gusta *Mosá*. Y para que no lo dude garrapea en un papel: «A mí el músico que más me gusta es Mozart»; firma debajo: «Gicasta», y me entrega, gravemente, esa declaración, con el aire de quien entrega un documento importantísimo.

Después de lo que se vuelve a montar en mis piernas y sigue pintándome la cara con el lápiz. Su hermano Carlos es bastante más serio que ella. Con éste se puede tratar. Ya tiene ocho años y es una persona formal, que considera con mirada reprobadora a la frívola Gicasta, y de cuando en cuando le dice severamente:

—Niña...

Me habla de sus músicos favoritos: Beethoven y Falla; de sus ambiciones de llegar a ser un gran compositor; de su afición a los viajes y a la lectura;



La pianista ha tocado el minuetto en "re", de Mozart... Hace girar el taburete, y pregunta al periodista, sonriendo: ¿Te gusta?...!



Carlitos y Gicasta Corma, los dos pianistas prodigiosos a quienes el Ayuntamiento de Barcelona ha pensionado, dándoles por maestro a Frank Marshall.



El diálogo de Gicasta Corma con nuestro redactor.

(Foto, Zapala.)

Lo que dicen a un redactor de Estampa

de lo que le gusta Madrid... Carlitos Corma sabe ya despachar una entrevista tan bien como una persona mayor.

Sin embargo en medio de la conversación tiene, de cuando en cuando, simpáticos arranques infantiles.

—¡El fútbol—me dice de pronto—, el fútbol es lo que es bonito! ¿Verdad? En Barcelona hay unos equipos estupendos: el «Barcelona» y el «Español»... ¡Uy, si los viera usted lo bien que juegan!... ¿No lo ha visto usted nunca?

—No.

—¿A Zamora, no?

—No.

—¿Ni a Samitier, ni a Sastre?

—No.

—¿Ni a Platko?... ¡Tampoco le ha visto usted jugar a Platko?

—Tampoco.

Carlitos me mira, compadecido.

—¡Uy, qué lástima!

...

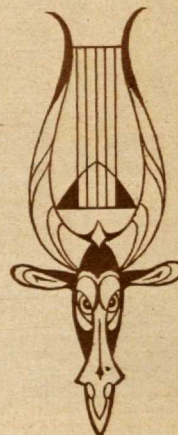
Estas dos criaturas, Carlitos y Gicasta Corma, que acaban de llegar a Madrid para dar un concierto privado ante el Director del Conservatorio Nacional, señor Fernández Bordas, son dos casos prodigiosos, verdaderamente. Carlos, nacido en Barcelona el 22 de mayo de 1919, en 1921 interpretaba muy bien en el piano a los grandes maestros clásicos: a Mozart, a Beethoven... Bretón le oyó hacia esa época, y quedó maravillado. Lo mismo que el ilustre Sauer, que escuchó a Carlitos cuando tenía tres años. «Es lo primero que he visto—decla—. Esto no tiene explicación. ¡Es único! Y Rubinstein, unos meses

más tarde, exclamaba ante el diminuto pianista: «Estamos en presencia de un fenómeno de comprensión artístico!»

Gicasta dio un concierto ante los críticos barceloneses el día 24 de septiembre de 1924, es decir: ¡a los diecinueve meses y veinte días de edad!

Los dos están pensionados por el Ayuntamiento de Barcelona, que les ha dado de maestro a uno de los más grandes pianistas de nuestro país: al ilustre Frank Marshall.

VICENTE SANCHEZ-OCAÑA



Para vivir mejor.... La casa y el auto



En Berlín: una calle de "casas en serie", que permiten a sus modestos habitantes el encanto de vivir en un piso propio, aunque este piso sea idéntico al del vecino.

(Fot. Vidal.)

En Madrid: una casa de vecindad, en la que los inquilinos no son dueños de sus pisos, porque este edificio no ha sido construido "en serie" como el auto, idéntico a miles y miles de otros autos, que guarda al señor del tercero...

(Fot. Zapata.)



Los autos son los ítems que ESTAMPA se propone desde las columnas de esta sección. En primer lugar, poner a sus lectores en contacto con cuantas novedades relacionadas con la casa existan o aparezcan en el ambiente artístico nacional e internacional.

Por otra parte, crear entre sus lectores el gusto por el hogar, fomentando al mismo tiempo el noble deseo de llegar a poseer una casa propia. Combatiremos desde aquí las equivocadas tendencias que aún ejercen influencia sobre el público.

Daremos a conocer en estas páginas cuanto de verdadero valor e interés se produzca en España.

Con frecuencia recurriremos a las producciones extranjeras, ya que debemos reconocer que las casas de otros países reúnen condiciones de belleza y confort, de las cuales una buena parte de nuestras viviendas están faltas. Críticas y alabanzas serán objeto de nuestras futuras crónicas.

Los lectores de ESTAMPA y yo tenemos un amigo que habita un tercer piso. Nuestro amigo, que será blanco de más de uno de nuestros comentarios sobre la casa, tiene un auto que, como ven ustedes, le espera a la puerta. Su auto, como tantos otros, es perfecto y económico. Su reducido coste le pone al alcance de todas las fortunas, hasta de la de nuestro amigo, que no es un potentado. Ustedes, como yo, saben que el señor del tercero no es propietario de su casa, pero sí de su auto. Reconozcamos que su casa le es imprescindible, necesidad primaria; su auto, en cambio, tiene mucho de artículo de lujo. Este buen amigo no ha pensado nunca, y quizás ustedes tampoco, en por qué él, que posee un auto, habita el tercer piso de una casa de alquiler.

La razón es más que sencilla. Las horas pasadas sobre sus tableros por los ingenieros que proyectan los autos han sido más fecundas que las de los arquitectos, que durante el mismo período de tiempo, los últimos veinticinco años, han seguido pensando en el arte y repitiendo *per in aeternum* los estilos históricos. Aquellos no tuvieron en cuenta para nada ni las carrozas empleadas por los Médicis en Florencia, ni las sillas de mano sobre las que Felipe II atravesó los llanos de Castilla. No miraron atrás, sino adelante. Se colocaron ante el problema y trataron de buscarle solución adecuada. Detrás tenían la industria. Taylor había descubierto el secreto de economizar tiempo y esfuerzo, y con ello dinero; por algo los ingleses dicen que el tiempo es oro. El taylorismo venía a revolucionar la industria americana. Desde entonces se empieza a construir en serie. El *standard*, tan íntimamente ligado a la perfección, se impone. El auto se perfecciona de día en día, cada año nuevos tipos, nuevos modelos, y cada vez más perfectos y económicos.

Los arquitectos siguen pensando en los estilos históricos. En Madrid se hace todavía barroco. El llamado *estilo español* sigue encantando, lo mismo a nuestra aristocracia que a nuestra burguesía.

Las obras de los ingenieros, los autos, van unidas a una fecha, a un número. Tipo 509-1927. El progreso impone una cronología. La costumbre que existía de señalar las casas con una fecha se ha perdido, porque la mayoría de las obras de nuestros arquitectos podrían impunemente ostentar sobre los dinteles de sus puertas un 1830 o un 1758.

Sólo la casa en serie, la casa tectónica, la casa industrializada, la casa Citroën, como Lécobusier la ha llamado, podría evitar el que nuestro amigo siga viviendo en el tercero.

Pero el señor del tercero es un vanidoso. Todos pecamos de vanidad, y aunque no le importa poseer un auto en serie, si se hiciese una casa, desearía, seguramente, fuese distinta a la del vecino, y hasta quizá que recordase al Petit Triángulo. A todos los señores de los terceros les falta el espíritu de habitar una casa en serie, y por ello seguirán sin conocer los encantos de vivir en su propia casa, y sin saber de otro confort que el de su perfecta conducción interior, cómoda, silenciosa y económica.

Los ingenieros dejaron atrás a los arquitectos. El triunfo es de aquéllos y no de éstos. Pasará mucho tiempo hasta que nuestro amigo habite una casa de un valor práctico semejante al de su auto.

F. GARCÍA MERCADAL
Arquitecto.

Las realidades del hispanoamericanismo

Don José Francos Rodríguez, dice...

He aquí una sección en la que pondremos gran cariño. Nos proponemos hacer desfilar por ella las representaciones literarias, artísticas y diplomáticas de la América Hispana. No se trata de hacer hispanoamericanismo al uso, porque el hispanoamericanismo que se ha venido haciendo hasta ahora no ha dado resultado alguno práctico. Miramos a los países de América con ojos fraternos. No olvidamos los lazos espirituales que a ellos nos unen. Pero deseamos buscar el camino de las realidades, ya que éstas no están reñidas con aquellos lazos, sino que, por el contrario, han de contribuir a estrecharlos más.

En esta labor nuestra esperamos que nos ayuden los de allá y los de acá, todos los que se preocupen, en algún modo, por el porvenir de nuestra raza. Y pedimos orientaciones, si se cree que las nuestras vayan equivocadas.

Nuestra primera entrevista sobre este asunto la hemos celebrado con el Sr. Francos Rodríguez. Varias razones abonan esta prioridad. El Sr. Francos Rodríguez se ha ocupado, con especial atención, de cuestiones hispanoamericanas. En su calidad de presidente de la Asociación de la Prensa puede marcar orientaciones y definir actitudes que tiendan a una mayor compenetración entre los periódicos de América y los de España. Desde su puesto de representante de *La Razón*, de Buenos Aires, labora incansablemente en pro de los intereses de España y de Hispano América. Y está, aun por encima de todo eso, el prestigio de su figura. Periodista ante todo y por sobre todo, nunca logran apartarle de la Prensa los altos cargos políticos que ocupó. Y sigue siendo periodista y va su pluma laborando en las *Memorias de un gacetero*, y escribe correspondencias a los periódicos americanos y da siempre muestras de una visión certera de los asuntos y de una admirable justeza de criterio.

El despacho donde trabaja este gran periodista es acogedor. Sumido en tenue penumbra, parece que su ambiente nos acaricia el espíritu y nos invita a las confidencias. Aquellos butacones, en los que se hunde el cuerpo para el descanso, nos ciñen en abrazo cordial. Y la voz del Sr. Francos Rodríguez, voz de graves tonalidades, resuena lenta en el ambiente tibio de la estancia.

—En eso del hispanoamericanismo—dice—apenas si hemos empezado a laborar. Es indispensable emprender una intensa campaña de acercamiento por medio de cosas prácticas. Creo sinceramente que la venta de barcos a la Argentina y el préstamo que se le concedió, juntamente con el tratado de comercio firmado con Cuba, son los pasos más importantes dados para conseguir realidades.

—Y eso de los lazos de la sangre y del idioma a que echamos mano a cada rato?—le preguntamos.

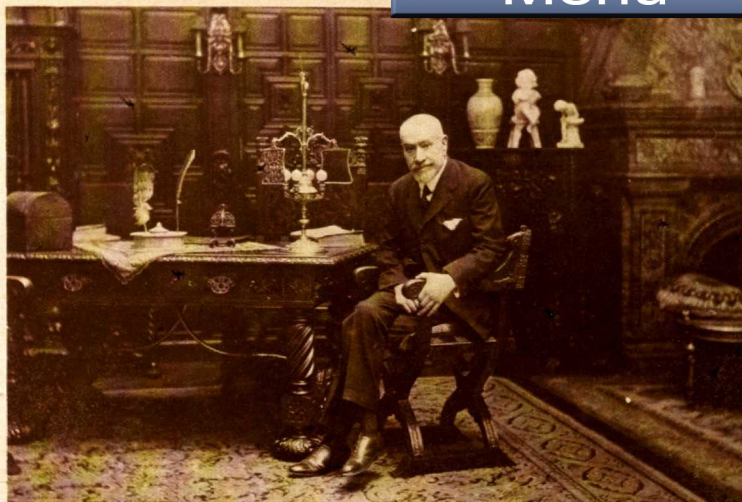
—Tan poco debemos perderlos de vista—nos contesta—. Pero no por ocuparnos solamente de ellos sigamos perdiendo románticamente el tiempo y dando lugar a que otros países se nos adelanten. Porque se ha dado el caso de que mientras nosotros nos perdíamos y naufragábamos en un mar de romanticismo, Francia e Italia iban ganando terreno en América, con grave perjuicio para los intereses españoles. Y nada digamos de los Estados Unidos, que paulatinamente extienden su influencia en aquellos países, mientras nuestros intereses van siendo, poco a poco, desplazados.

El Sr. Francos Rodríguez se rebulle en su asiento. Vaga su mirada por la estancia. Después, mirándonos fijamente, prosigue:

—Si hemos de llegar a realizar algo práctico en América, tenemos que ganar el tiempo perdido y procurar llevar al convencimiento de aquellos países la honradez de nuestras miras y el desinterés de nuestro proceder. Tenemos, ya le digo a usted, que laborar intensamente, con entusiasmo y con fe. Háganse préstamos, conciértense tratados, establézcanse servicios...

Ha cesado de escucharse la voz del ilustre periodista. En los ojos de éste brilla algo que debe estar relacionado con una suprema aspiración, que lo está, sin duda, pues a poco la voz lenta déjase oír de nuevo:

—Y sobre todo, y esto sí que es importante, hay



(Fot. Almona.)

A Estampa con el ferviente deseo de verla triunfar

Esta frase, que a Estampa agradece profundamente, ha sido trazada por el ilustre presidente de la Asociación de la Prensa, con esa mano izquierda que aún le queda válida, y con la que aprendió de nuevo a escribir a los sesenta y cinco años.

J. Francos Rodríguez

que conseguir que de América a España se tienda un cable directo: nuestro cable, el conductor de nuestras noticias, el que transmita las evoluciones de nuestro espíritu a los países americanos. Y, además del cable, necesitamos una agencia informativa nacional. No tenemos cable propio para difundir nuestras noticias. No contamos tampoco con ninguna agencia informativa. Y así, con cable extranjero y con agencias informativas, también extranjeras, tenemos puesto nuestro crédito espiritual en manos extrañas. Si se fija usted en la información española de muchos periódicos de América, podrá observar que se dedica, en ellos, más espacio a una novillada cualquiera que a los actos culturales de mayor importancia que se celebran en España y que a nuestros más trascendentales problemas nacionales. La culpa no es de aquellos periódicos, es nuestra, por no contar con una agencia informativa nacional ni con el cable propio. Si estos servicios fueran nuestros, podríamos, fácilmente, desvirtuar las informaciones tendenciosas que se hacen circular por América, con perjuicio para el buen nombre de España. Este asunto es de excepcional importancia. Y todos, incluso el Gobierno, deberíamos poner nuestros mayores entusiasmos en llegar a conseguir la agencia y el cable propios. Cristalizarla ello en una obra patriótica de incalculable trascendencia.

—Los que venimos de América—le digo—observamos un caso sumamente desagradable. Y es que mientras los periódicos de allá se ocupan con extensión de los asuntos españoles, los de aquí apenas si prestan atención alguna a las cuestiones de Hispano América.

—Tiene usted razón—contesta—. Y ello es lamentable. Nosotros debemos ocuparnos y preocuparnos de lo que ocurre en América. Tenemos allí cuantiosos intereses aún y son muy numerosas aquellas colectividades españolas. Es preciso llegar a conseguir que nuestro pueblo sienta la necesidad de saber de sus hermanos americanos. Si no hay ambiente, debe hacerse. No podemos hablar de hispanoamericanismo, ni menos conseguir en este sentido obra alguna de trascendencia, sin haber logrado antes una verdadera y leal compenetración entre los pueblos español e hispanoamericanos. Le digo a usted que es lamentable, verdaderamente lamentable, el abandono en que la Prensa de España tiene a las cuestiones de Hispano América.

—Tiene algún proyecto la Asociación de la Prensa con respecto a los periodistas americanos?

—Nada hay cristalizado aún. Pero está latente la idea de hacer algo en pro del mayor acercamiento

entre los periodistas de Hispano América y los de España. Cuando inauguramos nuestro edificio social se celebrará una fiesta, que deseamos sea lo más importante posible. A ella quisiéramos que asistieran periodistas enviados expresamente por los periódicos de los países todos de nuestro idioma. No sé si esto quedará reducido a un sueño, pero acaricio la idea con toda la efusión de mi alma. Habría conseguido yo el mayor placer de mi vida si lograra ver reunidos, en la fiesta, a nuestros hermanos los representantes de la Prensa americana.

—Y no podría llegarse a una especie de Confederación de aquellas Asociaciones de Prensa y la nuestra?

—Eso sería de una efectividad extraordinaria. Sería el primer importante jalón para el mayor acercamiento de cuantos escribimos en español. La idea merece ser estudiada con detenimiento y con cariño. Hay que hacer algo que nos acerque y que nos compenetre.

—Es cierto—le digo—. Y con mayor motivo ahora, que se está despertando un exaltado nacionalismo en una parte de la intelectualidad americana.

—Manos extrañas andan en ello—afirma—. El nacionalismo es noble, es santo, cuando se trata del afianzamiento del ideal nacional. Pero este nacionalismo que se despierta en América no es así. Es producto de un sentimiento que tiene un poco de hispanofobia. Y estamos en el deber de combatirlo, pero hemos de hacerlo sin acritudes, sin violencias. Hay que combatirlo suavemente, dulcemente, hasta llevar al convencimiento de los equivocados el error en que se encuentran. Suavidad, dulzura y argumentación sólida, son los elementos a emplear en la obra hasta conseguir que el error desaparezca. Y este error, que nace de la exaltación propia de la juventud, es alimentado por países extraños que tienen interés en borrar de América la influencia española.

Hemos dado por terminada la entrevista. El señor Francos Rodríguez se dispone a trazar un autógrafo para ESTAMPA. La parálisis le ha mordido en el lado derecho, y, desde entonces, escribe con la mano izquierda. Es un detalle que encierra un extraordinario caso de voluntad y de energía. Porque el Sr. Francos Rodríguez empezó a escribir con la mano izquierda cuando tenía sesenta y cinco años de edad. Y le hemos visto, al final de la entrevista, trazar, lentamente, los signos claros y redondos de su autógrafo.

Entrevista con un solo Quintero

Estampa

Menú Serafin visto por Joaquín

El humor nuevo.—El caballero y el señorito.—Tres en la Lomja.—La dedicatoria. El afecto al hermano menor.—Colaboración sin reservas.—Mutis por galantería. La pereza de las cartas.—Las mujeres que le gustan.—Si se hubiera casado.—Serafin visto por Joaquín.—La cuenta por los dedos.

El humor nuevo, enemigo irónico de toda estampa romántica, tiene para la obra de los Quintero el respeto íntegro obligado y bien merecido; pero para la fraternidad quinteriana, para ese barquito de dos velas que es su ex libris, para esa presentación constante de los dos hermanos, que tanta sensación hace en los claros corazones de fácil romanticismo, el humor nuevo tiene la obligación de sacar una pícara—y por pícara casi ingenua, con esa picaresca niña del humor nuevo—una pícara, decimos, y escéptica sonrisa de broma. Observádoles frente a frente, y deseosos de deshuesar la estampa romántica, nosotros decimos que son bien distintos: Serafin tiene bigote de caballero; Joaquín tiene bigote de señorito...

Los hermanos suelen pasear su duplicada silueta por La Lomja escorialense, donde tantas veces se les ve doblar sus largos diálogos en una vuelta, y otra vuelta, y otra vuelta, como se dobla una cinta muy larga, muy larga; y es obligado lugar común del cronista decir que «las rejas sevillanas y floridas se tornaron aquí en un fondo de rejas monásticas».

Nosotros también hemos paseado con ellos, y en cada revuelta del surco de charla nos empujábamos en salirnos a un lado y en no dejar simétrica su fraternidad, con nosotros por eje. Parecía que pensábamos, fieles al humor nuevo:

«¿Anda, y que se desigualen!..»
Y con esta idea de deshuesamiento, y metidos en esta cruzada antirromántica, les hemos visitado en «Consolación», su blanco hotelito de flores, que se asoma desde el fondo del jardín al pasco de los Alamillos, de El Escorial.

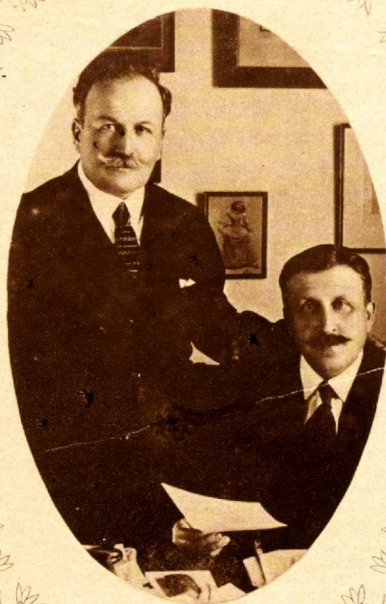
Esperamos. Damos la vuelta rápida a la estancia, ojeando las paredes—las manos a la espalda y la nuez asomada—. Hay allí mucha Sevilla. Toda la estancia está llena de Sevilla—buena Embajada de Sevilla en El Escorial—, y de «fotos» dedicadas a esos dos nombres que riman.

Sin embargo, he aquí un hallazgo: la reproducción de un cuadro de Gonzalo Bilbao, dedicado solamente a Serafin. ¡Magnífico para la crónica! También el pintor los desiguala, en medio de tantas dedicaciones simétricas.

Ya se sienten los pasos. Bajan unas escaleras de madera, y se advierte cómo Joaquín se va quedando atrás. Un maldito accidente automovilístico consiguió esta desentonación de la fraternidad.

Aparecen los rostros simpáticos del caballero y del señorito. Estamos ante los formidables dramaturgos españoles, cuyo pipero no hemos de saber traer a la pluma desde lo hondo y sincero en que lo tenemos. Copiaríamos a Pérez de Ayala, que nos ha dejado la crítica sentada para medio siglo, y ha firmado el elogio para la obra quinteriana, como una consecuencia inmutable de su estudio.

No hay pitillos en la estancia. No



Los insignes comediógrafos Serafin y Joaquín Alvarez Quintero.

fuma «ninguno de los dos». ¡Mal! ¡Qué bien nos hubieran venido unas consideraciones acerca del humo del pitillo de «uno sólo»!

Se habla de Teatro. Suele empezar Serafin las rutas de la charla; su Joaquín continuarálas, muy pausadamente, bien acogida la ruta de su hermano.

Así al hablar de teatros y así al hablar del matrimonio y así ante todos los temas. Nosotros atendiendo a la onda, a la busca de un concepto divorciado. A veces parece que lo inician; pero al momento uno de ellos... no es que cede, no, es que triunfa, al volver con su hermano.

¡Mal! No se distancian, no. Entonces no hay más remedio que confesarnos antirrománticos:

—Yo quiero, amigo Serafin, que me hable usted de su hermano. Esta es la interviú que de buena gana les haría.

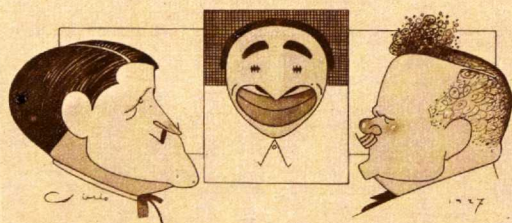
—Pues mire usted—contesta—, en tantas y tantas entrevistas, jamás me hicieron una pregunta en ese sentido.

—Sin embargo—le digo—no puedo presumir de original, puesto que aquí hay un cuadro que les desiguala; está dedicado a uno sólo: a usted.

—En Madrid—replica Joaquín—tengo yo otro igual.

¡Mal! tampoco nos ayuda el pintor. Nos dejan solos en esta cruzada antifraternal quinteriana.

¡Valor! ¡Mucho valor!...



Joaquín Alvarez Quintero (a la izquierda), Serafin Alvarez Quintero (a la derecha), y nuestro colaborador Antonio Robles (en el centro), vistos por Sirio.

—Vaya, amigo Serafin: que yo me he empeñado en separarlos...

—Como usted quiera.

Nosotros quedamos solos, y a falta de ser fumadores nos arrellenamos en dos cómodos sillones.

—¿Cuánto tiempo hacía que había nacido usted cuando nació Joaquín, y qué hizo usted para no aburrirse esperándole?

Serafin echa la cuenta y contesta:

—Pues mire usted: un año, nueve meses y veintiséis días, durante los cuales creo recordar que me dediqué, en los ratos de ocio, a imaginar comedias super-realistas.

—¿Y cómo notó usted—le pregunto—que en él había también vocación de comediógrafo?

—Porque apenas nació y me vió, me dijo: «Ya sabía yo que me esperabas. Pero de eso del super-realismo tenemos que hablar...»

Reímos la ironía del dramaturgo y nos metemos en las preguntas íntimas:

—¿Sigue usted sintiendo hacia él ese afecto suave que se otorga a los hermanos más pequeños? ¿O se ha perdido, para que los afectos sean exactamente iguales?

—No, señor; no se ha perdido; sigo sintiendo hacia él ese afecto que inspiran los hermanos menores; lo que no quita que, a su vez, él me mire a mí, en ocasiones, como a un crío.

Serafin se nos resiste a la desigualdad. Pero insistamos:

—Yo he visto algunas «fotos» en que usted está sentado y él en pie. ¿Es cierto que hay en ustedes esa consideración de edad, o ha conseguido usted, con los años de colaboración, que los respetos sean iguales?

También esta vez se nos resiste y contesta, soslayando:

—Lo de retratarnos uno sentado y otro de pie en muchos casos, e indistintamente, no quiere decir nada respecto de la consideración de edad del uno para el otro, amigo Robles; es, sencillamente, natural deseo de variar de postura. ¡Hay que retratarse tantas veces...

Y sigo preguntando:

—¿Qué parte pone generalmente Joaquín en las comedias? ¿Qué labor acentúa más?

Bien clara va mi fidelidad al antirromanticismo fraternal. Pero él contesta:

—En las comedias, Joaquín lo pone todo, y se funde íntimamente con todo lo que yo pongo... que es todo lo que tengo que poner. Es una colaboración «sin reservas», como si el creador fuese uno sólo.

Pero no cejamos.

—¿En qué obra ha puesto él más de su parte?

—Realmente, basta con lo que le apunté—dice Serafin—, salvo algún «mutis» preparado galantemente a alguna amiguita...

¡Pero como estamos a la recíproca!...

—Y añade:—De esto de los «mutis» tienen mucha culpa las costumbres y los vicios teatrales; porque hay quien no se entera de la admirable labor de un artista, si no se le aplaude en el «mutis». Y a lo mejor, lo único censurable es el «mutis» (de Joaquín o mío).

Reímos el final de esta disquisición técnica y galante, y volvemos a lo nuestro como con obsesión:

—¿A qué personajes teatrales les tiene Joaquín más afición?

—A las mujeres en general, a los amorosos, a los embusteros y a los de cerebro de canario.

—Cuando usted entró en la Academia, y aún estaba fuera su hermano, ¿qué extraña sensación le hacía a usted la inquietud?

—Ninguna—nos contesta—; porque aunque aparentemente entré yo sólo en primer lugar, él me acompañó siempre a todas las sesiones... sin que nadie le viese a mi lado.

—Dígame, ¿es más trabajador que usted?

—Allá nos vamos. No le aventajo más que en el trabajo de las cartas. Para él, una carta, cuanto más insignificante, peor; le cuesta mucho mayor esfuerzo que un artículo de periódico o un paso de comedia. Yo, siempre que le veo algo preocupado, lo primero que pienso es: «¿Qué carta de cuatro renglones tendrá este que escribir?...»

—¿Qué carácter tiene?

—El mejor que conozco—contesta el mayor, categóricamente.

—¿En qué aspecto de la vida le siente usted más despegado de usted?

—En ninguno.

—¿En ninguno?

—En ninguno.

Esto es, lector, resistirse a la desigualdad, ¿eh? Pero volvamos a ello con esta pregunta, si no indiscretamente, por lo menos bien íntima:

—¿Tienen ustedes algún amigo que en Joaquín confíe sus intimidades mejor que en usted?

—Amiga... quizá. Eso no habría que declararlo. Se supone, ¿verdad?

—¿Y usted sabe cómo son las mujeres que suelen arrancar a su hermano un comentario de admiración?

Serafín piensa un momento, echando hacia arriba sus bigotes de caballero y hacia abajo la mirada, y dice:

—Las blancas... las blancas de ojos negros, y las que le parecen un poquito tontas; poquito.

—Veamos si quiere contestarme a esta pregunta: usted, que ha estado y está al lado de Joaquín durante todas sus juventudes, ¿ha tenido miedo de que se case alguna vez?

—¿Miedo? ¿Por qué? Estoy seguro de que no se habría casado con ninguna escritora que luego pretendiera terciar en nuestra colaboración...

—¿Y si se hubiera casado?—le preguntamos poniéndonos en pie, para que, advirtiéndole que nos disponemos a marchar, conteste optimista a la última impertinencia.

—Si se hubiese casado a gusto y con suerte... encantado yo, con tal de que no hubiera puesto Serafín a ninguno de sus hijos...

Se acabó esta entrevista en ángulo, de la que Serafín ha sido el vértice, y Joaquín y nosotros los lados.

Al marchar, pedimos a Joaquín la oferta de un dibujo suyo—de lo que es gran aficionado—; un dibujo que sea un «Serafín visto por Joaquín».

Sonriendo, nos traen un retrato en que el mayor es el que está de pie, que es un retrato enemigo de una de nuestras preguntas.

Salimos a la calle, satisfechos ya de haber descajonado la fraternidad quiteriana.

Sin embargo, no habremos conseguido mucho, cuando para saber cuál es el mayor, cuál Joaquín, cuál Serafín, a cuál hemos entrevistado y de cuál hemos estado hablando, o hemos de pararnos un rato con las cejas en «burrillos», o hemos de echar la cuenta con los dedos.

¡Nada hecho! ¡Qué fastidio!

ANTONIO ROBLES



DEL CAMINO

EDVARDO ZAMACOIS

EL ALMA DE LAS COSAS



que se llaman París, Berlín, Londres, New-York... los temperamentos afines se buscan y, maquinalemente, llegan a reunirse.

Un señor rico, verbigracia, ya semirretirado de los placeres y de los negocios, declara en una reunión:

—Estoy satisfecho de la calle en que vivo: es una de esas rúas amplias, soleadas, abiertas entre jardines y llenas de silencio, en que los nervios descansan bien.

Esta noticia no cae en saco roto: las personas que la escucharon, y que también gozan de buena posición y comienzan a sentirse fatigadas, comprenden su dulcedumbre. A la vez, todas envidian la suerte de quien supo descubrir un refugio cómodo y sedante al margen de la enorme cosmópolis ensordecedora y febril, que huele a gasolina. Alguien responde:

—Un día iré a hacerle a usted una visita; no conozco su calle. La mía es demasiado ruidosa y necesito mudarme...

Un estudiante desea cambiar de albergue, se lo dice a sus compañeros y uno de éstos le aconseja trasladarse al suyo, vecino de la Universidad. El solicitante accede.

Una señorita de «souper-tangos», se ve obligada a buscar domicilio. En nuestro ambiente pacato estos traslados ofrecen inconvenientes. Son numerosas las hospederías que no admiten «señoras solas». Por su parte, la mayoría de los caseros se niegan a alquilar sus cuartos a mujeres, a menos que la nueva inquilina no presente un fiador. ¿Qué hacer entonces?... Una compañera de profesión la dice:

—Múdete a mi calle. En varios balcones he visto albaranes y los pisos no deben de ser caros. Allí viven Fulanita y Zutanita... lo que me induce a suponer que los propietarios no son, en punto a moralidad, demasiado austeros...

Los mercaderes al por mayor, los fabricantes, los tenderos modestos, los empleados, hacen lo mismo, y de este modo todos los individuos de razas, gustos o profesiones similares, van concentrándose y arracimándose hasta imprimir a los diversos departamentos o arrabales de la ciudad una fisonomía perfectamente caracterizada. Así nacieron el «barrio judío», de New York; el «barrio latino», de París, tan estudioso y tan alegre; el «barrio italiano», de Buenos Aires; el del «Vedado», de la Habana, cuyo poético nombre habla de todos los idilios que se esconden en él, y nuestros famosos «barrios bajos», por donde, particularmente de noche, la sombra jaque de don Francisco de Goya ambula todavía.

A través del tiempo, estas variedades remansos de la vida colectiva guardan su carácter con sorprendente tenacidad, y ante las novedades de la Moda se reafirman y perseveran.

Y como los barrios son las casas, en las que indudablemente son inquilinos, al marcharse, dejaron algo de su alma. ¿Cómo explicar, si no, la decidida inclinación o constancia que las cosas—tenidas por inanimadas—manifestan a continuación siendo lo que fueron? Porque es evidente que esa «persistencia de la forma», reconocida por los

biólogos, es absolutamente aplicable a la materia muerta.

Un ejemplo:

Hemos subido a reconocer un piso que deseamos alquilar; la portera nos acompaña y camina a nuestro lado silenciosa. Rápidamente vamos dándonos cuenta del número y distribución de los aposentos. Mentalmente contamos: cuatro alcobas, dos gabinetes, el dormitorio de la muchacha, el cuarto de baño, la cocina... De pronto volvemos sobre nuestros pasos; vacilamos; hay dos habitaciones que, por sus dimensiones y amplitud, nos descomiendan; no acertamos a clasificarlas. Decoradas parejamente, cualquiera de ellas lo mismo puede servir de comedor, que de salón o de despacho. No sabiendo qué pensar, miramos a la portera; ella comprende:

—Los señores que vivían aquí—explica—tenían el comedor en esta habitación, y el despacho en la otra...

Apenas ha hablado, reconocemos que tiene razón. ¿Cómo pudimos dudar?... Díjase que nuestro espíritu se ha llenado de luz, y súbitamente el cuarto desconocido se nos acerca y empieza a sernos familiar: lo que era comedor, volverá a ser comedor, y en el que fué despacho pondremos—acaso en los mismos sitios—nuestros armarios de libros y nuestra mesa; porque los objetos, al igual de las personas, se resisten a cambiar, y en las casas los muros parecen impregnados de las escenas de que fueron testigos, y no quieren ver otras...

El local que fué café, a través de una o dos mudanzas tornará a ser café; y sirva de ejemplo el muy clásico de Fornos, que promete durar tanto como el inmueble en que nació hace más de sesenta años; la que principió siendo tienda de comestibles cambiará de dueño una o más veces, más no de aspecto, y si desaparece la substituirán un restaurante, o un «bar», o una carnicería... industrias que recuerdan más o menos las hechuras o espíritu de la primitiva. Y, por iguales razones arcaicas, el edificio que fué hotel de viajeros, aunque una reforma lo remode y mude en casa de vecindad, en el curso de los años volverá a ser hotel; y lo que empezó siendo parador, como ya he advertido, se transmutará en «garage», pero nunca en sastrería o en almacén de pianos, porque lo que ha sido se modifica, pero se resiste a marcharse.

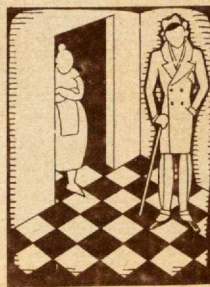
En el número ocho de la calle de Carranza, donde el cronista vivió bastantes años, había una tienda de pompas fúnebres. Esos establecimientos, no obstante su severidad enlutada, tienen a mis ojos algo de muelle o de andén. ¿No son los féretros los bálidos del gran viaje?... Porque una funeraria representa, en cierto modo, la estación de partida...

Pues bien: la funeraria a que aludo desapareció, y su local, dividido actualmente por un muro, lo ocupan una zapatería y un estanco.

Los zapatos, que porque sirven para caminar, nos dan una impresión de viaje; el tabaco, que es fuego y humo... como la vida...

Un atadío, un par de botas, un cigarrillo... ¿Cómo negar que hay entre estos tres términos una calorífica vinculación?...

EDUARDO ZAMACOIS.

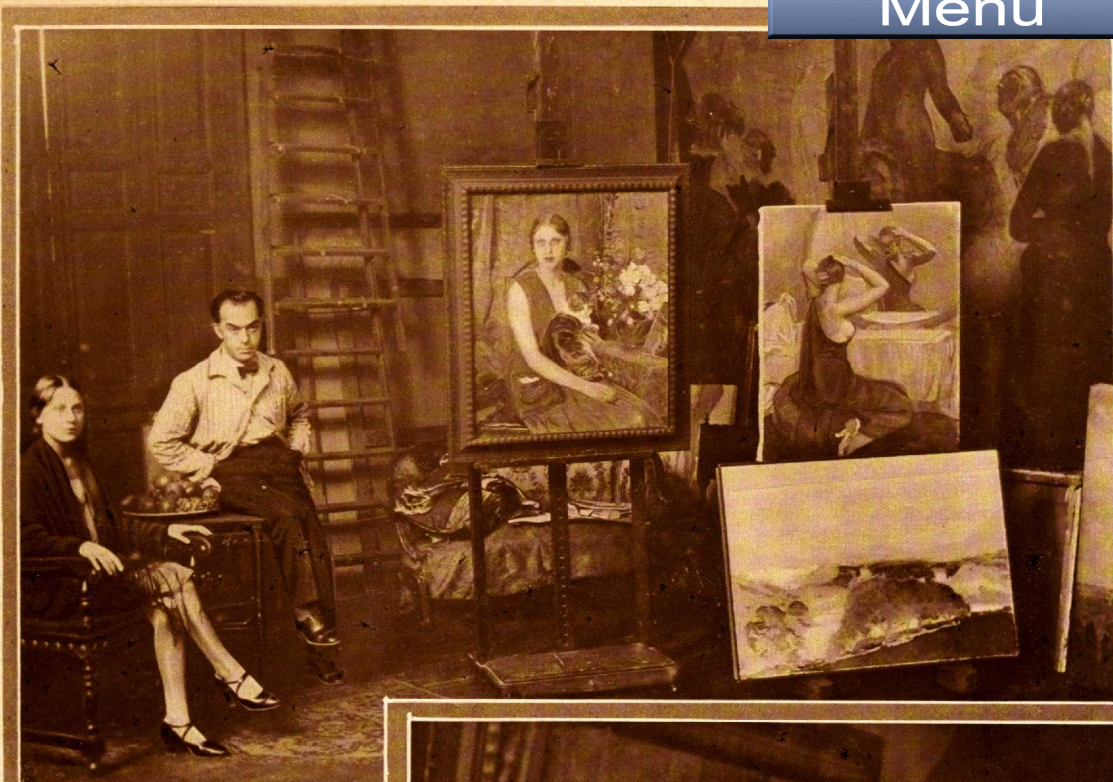


Dibujos

de

Ximénez

Herráiz



Nuestras
visitas

El pintor Anselmo de Miguel Nieto

LAS PRIMERAS ETAPAS
DE LA MARCHA. —
ROMA. — PARÍS. — HISTO-
RIA DEL «CAFÉ VERDE».

El estudio que en un piso alto de la calle de Montalbán posee Anselmo de Miguel, tiene algo de carácter de los pintorescos *ateliers* del Quartier Latin, de París. Situado en una buhardilla, a dos dedos de la bóveda celeste, tiene un marcado sello de taller, de obrador, más bien que el de ese mal llamado rincón íntimo, que muchas veces no es ni lo uno ni lo otro.

En el saloncillo contiguo al estudio vemos algunos muebles antiguos y unos dilatados estantes recargados de libros: obras importantes de literatura mundial. Anselmo de Miguel es un lector incansable que admira y venera a los clásicos, que lee con placer y emoción suprema a Dostoievsky, y siente gran admiración por Valle Inclán.

Anselmo de Miguel Nieto nació en Valladolid en 1879, y, por lo tanto, cuenta cuarenta y ocho años de edad.

—Haga usted constar que tengo cuarenta y ocho años, porque de ningún modo quiero tener menos que Romero de Torres — nos dice con cierta sonrisa.

Su origen, como el de muchos grandes artistas, es muy humilde. Sus padres, don Juan de Miguel y doña Josefa Nieto, poseían en la ciudad caste-

Anselmo de Miguel
en su estudio, acom-
pañado de su modelo.
El pintor ante su úl-
tima obra.

(Pots. Zapata.)



llana un pequeño establecimiento. Desde los primeros años, Anselmo demostró una decidida predilección por el dibujo.

—Yo era el que, en la escuela, llenaba de garabatos todos los libros de mis compañeros. Ya de mayor, mi afición al arte llevóme a tener que prescindir de la ayuda de mis padres, pues éstos se oponían enérgicamente a que me dedicase a la pintura.

Pero la vocación era en mí algo irresistible, y haciendo caso omiso de cuantos consejos se me dieron, vine a Madrid. Ingresé en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde hice mis estudios de pintura, y pasé unos tiempos tan calamitosos que, en ocasiones, tuve que pedir unos céntimos a cualquier amigo, para poner sello a una carta, en la que decía a mis padres que me encontraba perfectamente; un poco peor que Rostchild, pero perfectamente...

Terminados mis estudios, regresé a Valladolid vistiendo un flamante traje, adquirido con los restos de los premios obtenidos en la Academia, y con ello la sensación de prócer que produce en mi familia fué completa. Por esta época, Santiago Alba consiguió que la Diputación de Valladolid me concediera una pensión de tres mil pesetas con destino a Roma. Marché a Roma, la Ciudad Eterna, como han dicho, no sin razón, todos los novelistas. La pensión era por dos años; pero al finalizar el primero, deje de percibir el dinero. La Diputación de mi querida ciudad natal no podía seguir sosteniéndome, teniendo otros problemas que atender con mayor urgencia. Don Santiago Alba me lo comunicó lamentándolo mucho, y yo le contesté aprobando la resolución adoptada por la Diputación vallisoletana. Falto de medios en Roma, me fui a París. Mis andanzas en la capital de Francia, en compañía de Aurelio Arteta—hombre admirable por su talento y su modestia sin par—, fueron de lo más pintoresco que se conoce. Vivía en una buhardilla del *faubourg* de Montmartre, y figúrese usted cómo sería de misera para pagar por ella veintitrés francos al trimestre. Bástele saber que el único mobiliario que había en ella era: mi cabalete, una silla, un jergón y mi baúl. Para poder estirar las piernas, al dormir, era preciso dejar abierta la puerta. Esto le dará una idea de la amplitud de aquel endemoniado aposento. Más adelante le contaré una curiosa historia acerca de mi cuadro «El Café Verde», que indica también las magníficas condiciones de luz que tenía mi... estudio del *faubourg*.

Como nuestros medios de vida en París eran algo más que escasos, Arteta y yo decidimos suplir con una pequeña dosis de filosofía ocasional la carencia de posibles. Los que niegan la utilidad práctica de la filosofía, sufren un lamentable error. A tal efecto, Aurelio y yo convinimos en que, dadas las condiciones de nuestra vida, lo normal había de ser comer un día sí y otro no.

La historia de «El Café Verde», a que antes he aludido, es la siguiente:

Hallándome en París, tuve noticias de la próxima celebración anual de la Exposición Nacional de Pintura y Escultura, de Madrid, y quise hacer un cuadro para dicha Exposición. Tenía yo la sugestión de hacer una tela a base de tonos dorados que, suponía yo, había de ser de muy buen efecto.

Puse manos a la obra, y en mi palacio del *faubourg* de Montmartre empecé a pintar. Mi habitación, pues algún nombre he de dar a aquello, tenía —se me olvidó decirlo antes—unos dos metros escasos de altura de techo; pero en el centro había como una especie de cripta de otros dos metros más de altura, rematada por una claraboya o tragaluz de cristales que el óxido de hierro y la suciedad habían tornado completamente amarillos...

Pues bien; pinté lentamente mi cuadro, y una vez terminado, lo embalé, cuidadosamente, y lo remití a Madrid. Se celebró la Exposición Nacional, en la que obtuve una tercera medalla y el voto de Sorolla proponiéndome para la primera, y yo, desde mi atalaya de París, leía en la Prensa lo referente a la Exposición.

Confieso que no me causó gran extrañeza cuando leí que mi cuadro del Café Americano de París, había llamado poderosamente la atención de todo Madrid y que había sido bautizado con el nombre de «El Café Verde». «Este título—pensé—se lo han dado sin duda por la índole del asunto que representa... ¡Claro, un café de París, alegría, mujeres, vida mundana y un poco de fantasía...; he ahí la explicación del título impuesto a mi cuadro!...

Pero, ¡ah, amigo, qué gran equivocación la mía!... ¿Quiere usted saber por qué la tela pintada por mí se llamó desde entonces «El Café Verde»? Sen-



Haciendo alto en su tarea, Anselmo de Miguel conversa con nuestro colaborador, señor Caravaca.

(Pot. Zapata.)

cillamente, porque cuando yo la pintaba en París, en mi rascacielos—reminiscencia de Múnger—, tenía la certeza de que ponía en ella modalidades de color doradas... muy doradas..., y lo único que había allí dorado era la luz que, al cernirse por el tragaluz de mi cuarto, daba a la tela una tonalidad de color que en realidad no tenía... ¡Mi cuadro era completamente verde!...

EL MISTERIO DE LOS RETRATOS SIN MODELO.

—¿Ha expuesto usted muchas veces?—preguntamos a Anselmo de Miguel.

—En España—nos aclara—muy pocas. En Madrid dos veces nada más. En Buenos Aires he expuesto varias veces, en la casa Witcomb, donde también expuso Romero y otros artistas españoles. La Exposición más célebre que yo conozco fué la siguiente: en virtud de ciertas disensiones que habían surgido entre los elementos profesionales, acerca de la poca seriedad con que siempre se han celebrado las Exposiciones Nacionales, se formó un grupo libre de artistas, entre los cuales me encontraba yo. Lo componíamos Chicharro, Benedicto, Carlos Lázaro, Chacón, Vázquez Díaz, y otros varios. Teníamos todos nosotros gran cantidad de obra hecha, y decidimos celebrar una Exposición por nuestra cuenta. En Madrid no nos fué posible encontrar local y, entonces, el marqués de Roca-verde, a la sazón alcalde de San Sebastián, nos brindó un mercado de la calle de Urbietta, con muy buenas condiciones y magnífico local. Era la época del veraneo y, naturalmente, todo el mundo iba a la playa y nuestra exposición no era visitada ni por media docena de personas. En esta situación dos visitantes ilustres acudieron como llovidos del cielo: Pablo Sarasate y Pablo Casals.

Los dos grandes artistas se brindaron a dar un concierto en la Exposición, y el local se llenó. La localidad, a ro pesetas, no asustó a la gente. El éxito fué rotundo.

Pero, claro, aquello no era suficiente. Era preciso atraer al público por otros medios, puesto que no se podían dar conciertos todos los días.

Durante mi estancia en París, por efecto de la carencia de modelos para pagar modelos, había adquirido una gran facilidad para pintar de memoria. Me bastaba ver a una persona media docena de veces para poder hacerle el retrato. Esta facilidad mía hizo la suerte definitiva de la Exposición. El hecho fué como sigue:

Viendo la imposibilidad que había de atraer a las gentes, José María Salaverria, que a la sazón era redactor de *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, me dijo:

—Hombre, puesto que puede usted pintar de memoria, ¿por qué no hace varios retratos de las personas más notables de San Sebastián?... Y como ninguna de estas personas le ha servido a usted de modelo, el hecho de aparecer los retratos causará general expectación.

Parecióme aceptable el propósito y, ni corto ni perezoso, hice el retrato de Anita y Victoria Díaz, dos señoritas cubanas, la primera de las cuales contrajo matrimonio con el marqués de Perija; el retrato de la señorita de Bermejillo, el de la señora doña Blanca Laguna, duquesa de Tenorio, el de la señorita Navas y el de la condesa de Bosdari, esposa del embajador de Italia...

El mismo día en que aparecían los retratos en la Exposición, *El Pueblo Vasco* publicaba un artículo de Salaverria, lleno de misterio, acerca del modo que el pintor había utilizado para sorprender a los modelos respectivos... El resultado fué magnífico: todo San Sebastián pasó por nuestra Exposición.

MÉTODO DE VIDA.—RESUMEN

—¿Tiene usted mucho trabajo actualmente?—preguntamos al maestro, ya dispuestos a dar por terminada nuestra charla.

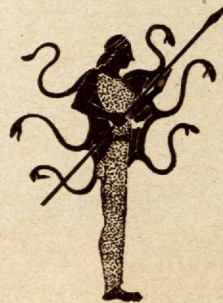
—Mucho; más del que puedo hacer. De América tengo infinidad de encargos que voy demorando... Yo suelo trabajar muchas horas. Unas veces con intermitencias enormes, y otras veces sin salir del estudio en quince días, y trabajando desde que hay luz hasta que se extingue.

—¿Qué impresión guarda usted de América?—Magnífica. América es un gran país. Yo estuve allí tres años; gané mucho dinero... La nostalgia de la calle de Alcalá me hizo venir... Dentro de poco, en cuanto verdaderamente me decida, volveré...

—¿Ha viajado usted mucho?—Además de casi toda América, he recorrido Francia, Alemania, Inglaterra y Bélgica...

—¿Tiene usted algo más que decirnos?...—No; nada más... ¡Ah, espere, sí!... Mi más cordial saludo a ESTAMPA...

FRANCISCO CARAVACA.





ESTAMPA MADRILEÑA :: LAS NUEVE DE LA NOCHE, EN LA PUERTA DEL SOL :: Dibujo de ARISTO TELLEZ

EVA

PAGINAS
DE LA
MUJER

Lo que caracteriza la moda de noche

Y o no os diría más que una palabra de los vestidos de que os he hablado anteriormente.

Pero ¿cómo no insistir en lo que constituye su novedad extrema, lo inédito de su *chic*, que hace de ellos creaciones de 1927 y no uno de esos modelos cualesquiera, sin originalidad destacada?

Todo su *cachet* especial les proviene, no sólo del empleo de tejidos que son, por veces, flexibles o casi rígidos, de los que conocéis ya la lista, sino también, y sobre todo, de su irregularidad. Toda la amplitud del vestido recogida a la izquierda y sostenida por un bucle, una tónica relativamente corta por delante y por detrás, pero muy larga a los lados; *quilles* de tul sobrepasando el dobladillo; una *draperie* asimétrica, cuya parte baja se recorta en festones, asimismo irregulares, y se aplica sobre una funda estrecha; el vuelo montado en frunces, siguiendo una línea oblicua continuada por el bajo de la falda; los volantes arqueados, subiendo en forma de corazón, por delante del talle, las tablas de paño, las faldas hechas de *coquilles* o de puntas, que caen prolongadas por detrás, pero que siguen cortas por delante... Todo esto resume otros tantos temas utilizados por la moda para crear la nueva silueta de noche.

El descote en punta por delante y por detrás me parece cada vez más acentuado en la espalda. Vuelven a verse, también, ciertos descotes Imperio, en tanto que otros se dibujan muy anchos en óvalo, por debajo de los hombros. Y los efectos de alas y de boleros, las tablas de paño y las *draperies* combinadas sobre la espalda, acentúan aún más esta línea fugitiva hacia atrás, así como la impresión de irregularidad que se desprende de estas *toilettes*.

Pero los tintes, los adornos y los refinamientos contribuyen a prestar un *cachet* inédito a estos vestidos deliciosos. Se va a llevar negro con profusión, pero se recurrirá, acaso, más todavía al negro y blanco, de una elegancia tan difícilmente igualable, así como al cuerpo claro, sobrebordado o perlado de *strass*, la falda oscura, de terciopelo o satén, abierta o no sobre el fondo blanco, constituirán con más certeza, también, una fórmula rebuscada en extremo.

Abundará, finalmente, el blanco, al que tantas mujeres permanecen fieles, con habilidad consciente o con instinto infalible de lo que las sienta mejor... Sin embargo, ¡cuántas lindas tonalidades nuevas este año! Crema, paja, crudo, gris, carne, albaricoque, geráneo, azul-nocturno, se agregan a la multitud de verdes, que van del verde *chartreuse* al verde de agua, y al verde de óxido de cobre.

Las flores están un poco destronadas por la bisutería. Sin embargo, se las respunta todavía, y muy bonitas, en la espalda, y el ancho *bouquet* de muselina, armonizado con el matiz del vestido de *soirée* o de satén, conserva un encanto inagotable. Añadid a esto que el adorno de joyería goza de todos los sufragios. Un lindo motivo refulgente se adhiere al bajo del descote, en algunos casos armonizando con el bucle que sostiene la tela en la cadera y con los brazaletes que adornan el brazo, en... muy alto.

Algunas capas de noche siguen siendo de un carácter muy sencillo. En terciopelo gris o rubio, orlados de *renard* o de liebre ceniza o lana natural, pueden convenir, a la vez, a las tardes y a las salidas nocturnas; su género será muy susceptible de interesar a las mujeres cuyos presupuestos de *toilette* conocen límites infranqueables. Estas capas permanecen, en su mayor parte, fieles a la línea recta y se llevan muy ceñidos al cuerpo, lo que, a veces, contrasta muy curiosamente con el



LOS GRANDES MODELOS DE PARÍS

Vestido de «georgette» negra, con falda rebordada de canutillo y forrada de lana. Cintura bayadera con lazo al costado. Modelo para teatro y «soirée».

(Fot. G. L. Manuel Prères.)

ensanche prestado a los bajos de las mangas, o bien con su armadura, bastante baja sobre el hombro.

Los terciopelos, los satines, los *lamés*, son las

telas favoritas, y aquí se busca, muy particularmente, los bellos tintes decorativos, ricos por su brillantez; los granate, los púrpura, los *roy*, pero también los grises y, sobre todo, el rubio y el



Sombrero de terciopelo rosa pálido, guarnecido con un echous del mismo tejido.
(Modelo Le Du.)



Toca de fieltro gris claro, decorada con incrustaciones de fieltro gris oscuro.
(Modelo Marcelle Georges.)



Tocado de estrass y airones de garza, blancos, que obtuvo el primer premio en el concurso parisiense de la Exposición del Tocado.

(Modelo Figarel.)



Tocado de redicilla de estrass, formando dibujo de encaje. Premio segundo de la Exposición del Tocado.

(Modelo Figarel.)

lana natural, en tanto que los lamas refuglen con matices maravillosos.

Creo, sin embargo, que existe tendencia a em-

plear los satines en tonalidades muy suaves, en blanco, en marfil o en crudo.

En dos o tres casas diferentes existe este tipo

de vestido de noche, entretecido con hilos metálicos.

Además de estos trabajos de acolchados o de



Boina de fieltro azul, guarnecida con incrustaciones de fieltro en tres matices de azul.
(Modelo Marthe Berthou.)



Sombrero de fieltro gris y terciopelo blanco, salpicado de gris, guarnecido con nácar.
(Modelo Zimmermann.)



Tocado de florecillas de estrass interpuestas entre los rizos del peinado. Premio tercero de la Exposición del Tocado.
(Modelo Pigret.)



El tocado que obtuvo el primer premio de la Exposición, visto de costado y lucido por mademoiselle Armand.
(Modelo Hugelmann.)

figúres, tan frecuentes en el satén, se encuentra aún el refinamiento inaudito de las incrustaciones de lama de oro en una capa de brocado gris,

oro y rosa... El *renard* y el visón se llevan mucho para la noche. Y con ello, además, los delanteros guarnecidos con piel, hasta el dobladillo, al-

canzan una elegancia suntuosa y muy decorativa. Después de haber orlado la manga, la piel sube, a veces, hasta el codo, y va a colocar-

se, ya en línea recta, ya en meandros, bien en el dobladillo, bien ligeramente debajo, para concurrir a la gracia de estos vestidos, con los que la mujer parece recobrar todo el prestigio de su feminidad.

Los bellos tejidos de invierno

La suntuosidad de los tejidos raros, el arte de una técnica perfecta presidiendo a su fabricación, la armonía de los tonos realizados de oro, todo está de acuerdo para evocar la magia del Oriente.

Quizá la evolución del traje femenino hacia la concepción muy sobria, muy estricta, que es la nuestra, haya contribuido a este refinamiento en el arte textil. En efecto, cada año se cree haber alcanzado el *summum* de la perfección, y a cada temporada presenciarnos, maravillados y deslumbrados, el surgimiento de nuevos tejidos de lana y de seda, en los que hay hallazgos inesperados y sorprendentes.

El verano pasado hubimos de notar—carácter común de todas las innovaciones—la inverosímil flexibilidad, la ligereza inaudita de las telas de lana, que se habían hecho casi transparentes, tan poco pesadas como la seda más fina, alcanzando, como ésta, la transparencia del velo. Esta perfección, ya es sabido, se debe tanto al arte de una técnica impecable como a la calidad de la materia prima, esa lana de Cachemira, tan suave y tan blanda.

Habíamos entrevisto la influencia que los tejidos nuevos podían ejercer sobre la moda, sobre su orientación hacia una silueta nueva: superposición de los *metrages*, volantes, pliegues y frunces múltiples.

La moda de invierno confirma plenamente nuestras previsiones en este sentido, pero los tejidos sobrepasan nuestras más audaces concepciones imaginarias; el mismo fulard es de lana en ellos, tan sutil y tan brillante que al examinarle no se da crédito a los ojos ni a los dedos. Cierta *djershakasha* hace—anudándose al cuello—románticos pañuelos de ribetes unidos, con ornamentación 1830... Luego, cálidas y ligeras *écharpes*, con adornos muy modernos; esa bella modernidad de un arte tan sobrio y tan seguro que desafía al tiempo y a la moda.

El jersey goza este año de más favor aún que de costumbre. Sigue siendo, para los trajes de deporte, el tejido ideal... Con ese jersey ¡qué maravillosa colección! Reunidos bajo el vocablo general *djersha*, los *djershakasha* deben a la lana de Cachemira su suavidad y su blandura. Siguen los derivados adamsados, calados rayados o laminados. El fondo, de ordinario, es del color natural, aclarado con los tonos vivos de la ornamentación; azules, rojo obscuro, negros, rojos, amarillos, violeta o grises, animados, a veces, con discretos toques de oro; estos son los *djersador*, *djershakasha givror*, estrías de oro *djershakasha*, en los que pasan, asociadas o aisladas, en relieve sobre la trama de las sutiles mallas, cadenas de oro o hebras de lana.

El *kashatulla* prosigue su carrera triunfal. Esta prenda, de lana de Cachemira, de mallas ligeras y apretadas, se ha hecho aún más seductora; la volvemos a encontrar embellecida con hilos de metal precioso chispeando en la trama.

Está ya lejos el tiempo en que correspondía a cada estación un tejido bien definido. Ahora llevamos todo el año sedas muy ligeras y, especialmente, crespones estampados. En éstos, los motivos florales están concebidos y tratados de una manera novísima, muy moderna y bastante curiosa.

En las capas se emplean tejidos de fantasía, con abigarradas líneas o figuras geométricas: sembrados de mosaico, líneas quebradas, *dégrados* y *chevrons*, de aspecto eminentemente deportivo.

El terciopelo era, para nuestras abuelas, la tela más elegante, respetable y rara. Para nosotros es un tejido práctico y cómodo al menos, cuando se trata de terciopelos de algodón, llamados terciopelos ingleses, y, mejor aún, del terciopelo de lana.

Necesitaria, en el capítulo de los vestidos prácticos, hablarlos también de los *tweed*, de los *homespans*. Nada más adaptado a la estación que esos tejidos empleados en trajes de sastre, levitas y chalecos cruzados.

Para estar cómodamente calzada en casa

TENÉIS tiras de paño, restos de cintas, madejas de lana, sedas brillantes, un pedazo de tela de lana sobrante de vuestra bata, recortes de cuero o de badana? Vaciad, entonces, vuestros



LOS GRANDES MODELOS DE PARÍS

Vestido de crespón «georgette» blanco, bordado con perlas, y abrigo de lana de plata, forrado de terciopelo de seda negro y guarnecido con cuello de «renard» blanco.

(Modelo Cyber. - Fot. G. L. Manuel Frca.)

cajones; refrescad y repasad su contenido. Fácilmente, bajo vuestros hábiles dedos, vais a sacar unas bonitas pantuflas de mañana, para el *home*, y podréis estar gentilmente calzadas en casa y siempre a vuestro antojo.

Pero eso hay que confeccionarlas, diréis. Se encuentran hoy en el comercio suelas hechas ya, que van acompañadas de una aguja y de un hilo especial y de las indicaciones de rigor. Pero podéis cortar vosotras mismas vuestras suelas de dos pedazos de corcho o de cartón fuerte.

El pedazo de abajo se forra de satinete fuerte, bien tensa y reforzada al otro lado por hilos entrecruzados. La segunda suela se rellena, bajo la sa-

lante o la seda, con una capa de guata, que se fija con puntadas en acolchado.

Cosed, después, sobre la parte delantera de la suela acolchada la parte inferior de la pantufla, en tejido. No es necesario decir que, previamente, la habéis bordado con lana o seda, la habréis adornado con cuero recortado en tirillas o en flores decorativas, aplicadas a *point lancé*...

Vuestro ingenio, señoras, podrá darse libre curso y obtener desde la sencilla sandalia, hasta el coquetón calzado de seda o de *lamé*.

MARGUERITE CHOUINEAU

París, 1927.



Ramón Franco y su esposa, juntos, de sobremesa,

La
mujer
en el
hogar
de los
hombres célebres

El nido del águila

en la paz del hotelito, que es su nido... (Pot, Zapata.)

DESDE la pequeña azotea, donde revelan unas palomas blancas, llega hasta el jardín el acento breve, rápido como un murmullo, de Ramón Franco que, allá arriba, cara al sol que ya empieza a trasmontar el cielo, estudia todas las tardes, desde hace una temporada, preparando con Gallarza el nuevo *raids* gigantesco, que va a llevarlos sobre las tierras y los mares de todo el mundo.

Franco habla siempre de un modo aprestado e intermitente, y a esta distancia es imposible entender lo que dice. Su mujer lo comprende, sin duda, porque de vez en cuando sonríe mirando hacia arriba.

—Es «Monchín» que trabaja...

Charlamos en el jardín, un pequeño rectángulo donde se abren, sobre dos maticos, las últimas rosas del otoño. En el marco de una ventana, un loro laura de vez en cuando cascadas de sonidos guturales que asustan a «Manu», el mono predilecto que se esconde tembloroso, entre los brazos de su dueña, muy envuelto en un gabancito de gamuza amarilla. Entre los bancos juegan dos gatitos con las hojas que ruedan sobre el suelo.

—Todos estos bichos encantan a mi marido—me ha dicho la mujer del héroe—. En la intimidad, Ramón es un chiquillo alegre, aturrido, turbulento, enamorado de su casa...

La casa es pequeña, muy blanca, coqueta, amueblada como un nido. Escasas alusiones, en ella, a la gloria magnífica que Franco y sus compañeros derramaron sobre España. Algún diploma de pergamino encerrado en un marco y colocado en una modesta penumbra, y nada más. Franco, en su hogar, no es sino un buen muchacho sencillo, que fuma eternamente un puro enorme y goza de la

felicidad tranquila que la vida y el amor le ofrecen.

Trabaja enormemente—sigue diciéndome la esposa—, desde las ocho de la mañana hasta la noche... Aun después de acostarse estudia un par de horas... todo esto sin dejar de fumar. El planeo de sus proyectos no cambia su carácter. Nunca está nervioso ni malhumorado, ni conoce la inquietud. Hace la misma vida siempre, y siempre está igual de alegre.

—Pierde el apetito o el sueño alguna vez, en vísperas de un *raids*, por ejemplo?—pregunto...

—No, ¡por Dios!... Jamás se sienta desganado a la mesa. Come mucho y de todo, con preferencia los platos fuertes de la cocina española: los callos, las patas de cerdo, el bacalao a la vizcaína... Bebe muy poco en las comidas y nunca fuera de ellas, como no sea, merendando, algún *bock* de cerveza y en contadas ocasiones toma una copa de cognac con el café.

—¿Qué vida hacen ustedes, habitualmente?

—La de unos buenos burgueses... El se ocupa de sus trabajos, de sus cursos de radio y su oficina en el Ministerio. Yo del gobierno de la casa, como es natural. Cuando salimos, es para dar un paseo en auto o ir de noche al cine o al teatro. Los domingos los pasamos invariablemente en el campo, pues Ramón adora la vida al aire libre.

—¿Siempre van juntos?

Los ojos de Carmen Franco se iluminan de un haz de júbilo orgullo.

—Siempre... Mi marido me adora. Puedo asegurarle que yo soy lo que él más quiere en este mundo... y después de mí, la aviación. Y él para mí... ¡figúrese!...

En el rostro, al decir esto, se acentúan los ras-

gos enérgicos que esta fisonomía guarda, dentro de una dulzura muy femenina. Hay una seguridad en el acento, un pliegue vertical y profundo entre las cejas, una fuerza en la mirada, de ordinario melancólica y dulce, que afirman rotundamente lo que las palabras acaban de decir. Este gesto, que se apaga pronto en la suavidad de una sonrisa amable, me hace preguntar:

—¿Le gustaría a usted acompañar a su marido en un vuelo grande, arriesgado?

Vuelven a brillar los ojos con fervor juvenil, en una intensa llamarada de entusiasmo.

—¡Muchol y siendo muy arriesgado, mejor... Y no porque me atraiga el peligro, sino porque, compartiéndolo con él, iría perfectamente tranquila...

—Según eso, ¿le intranquiliza el que su marido vuele?

—¡No, no, ni un momento! Estoy segura de que nada malo le ocurrirá. Confío en su inteligencia, en su serenidad... pero, naturalmente, si algo ha de pasar, prefiero que sea a los dos...

Ni en este momento desmaya este acento sereno que revela un temple nada vulgar. El alma de joven walkiria que corresponde a la esposa, a la compañera de un semidiós de nuestros tiempos...

—A su marido—vuelvo a preguntarle—¿le ha envanecido la apoteosis en que le envolvió su viaje en el «Plus Ultra»?

—No—me dice sencillamente—; ¿por qué ha de envaneecerle?

—Y ¿a usted tampoco?

Se encoge ella de hombros, un poco asombrada de mi suposición.

—¡Le creo capaz de tales cosas!

Sonrí, admirando esa modestia que es seguridad maravillosa, magnífica plenitud...

—¿Cuál es el rasgo dominante en el carácter de su marido?

—La voluntad. Una voluntad férrea, indomable, que no sabe ceder a nada ni a nadie. A los demás les parece el carácter de mi marido excesivamente seco, brusco, retraído. Acaso tengan razón, yo no lo sé. Hay hasta quien dice que es antipático. Lo único que puedo afirmar a usted es que es imposible encontrar un hombre más bueno, ni un corazón más noble que el suyo.

Arriba, en la azotea, se apaga la voz de Franco. Las palomas regresan, en el crepúsculo, trazando un blanco círculo de alas, alrededor de la casa.

—Es «Monchín» que baja—exclama su mujer.

El aviador viene a nuestro encuentro. El mono se inquieta entre los brazos de su dueña, y quiere saltar a los hombros de su amo...

—Estáte quieto, «Manu», no seas pesado—le dice Franco benévolutamente.

Pienso que, acaso, este mono sirve de mascota al aviador, y pregunto a Carmen Franco:

—¿Es supersticioso su marido de usted?

—Nada, en absoluto—afirma la esposa—; ni él ni yo lo somos. Jamás lleva mascotas ni amuletos, y nos hace mucha gracia el que se atribuya a esas cosas el éxito de un viaje...

El sol viste de reflejos los rosales. Franco los mira, y contempla luego a su mujer, largamente, sonriendo. En el rostro de ella, como en un espejo, se refleja inmediatamente la sonrisa de este hombre que la quiere sobre todas las cosas y que sabe abatir su vuelo fuerte, dominador de mundos, en la casita blanca, entre sus palomas y sus flores, para ser, como el personaje d'annunziano:

«jardinero de un pequeño jardín»

MATILDE MUÑOZ



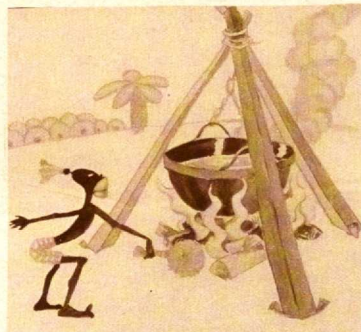
Doña Carmen de Franco es mujer de su casa y gusta de todos los cuidados y trabajos del hogar...



... En tanto, y aprovechando todos los momentos que le dejan libres sus cursos de radio y su oficina del Ministerio, Ramón Franco trabaja en la azotea de su casa, preparando un nuevo y gigantesco «raid»

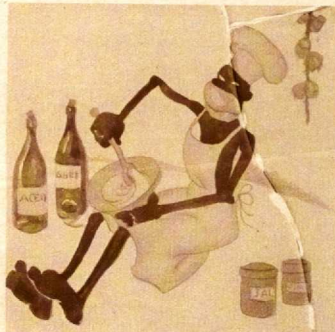
(Fots. Zapata.)

AVENTURAS DE PIPO Y PIPA



(SEGUNDO EPISODIO)

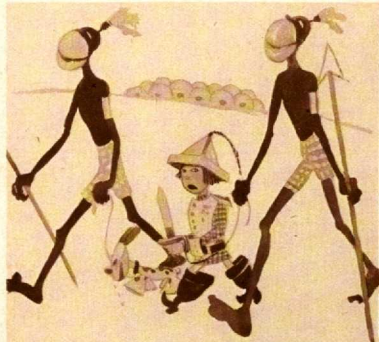
I.—La tribu de los Korokos sabía rendir a los forasteros los debidos honores. Pipo y Pipa serán servidos en un festín de gala. Para ello se hacen todos los preparativos: el marmitón avienta el fuego encendido para cocer en su punto a los ilustres huéspedes.



II.—Y el propio cocinero se digna confeccionar una salsa mayonesa para chuparse los dedos, en la que invierte seis docenas de huevos de avestruz y veinte litros de aceite de hígado de caimán. Es de suponer que, servidos con esta salsa Pipo y Pipa estarán riquísimos. No podían quejarse.



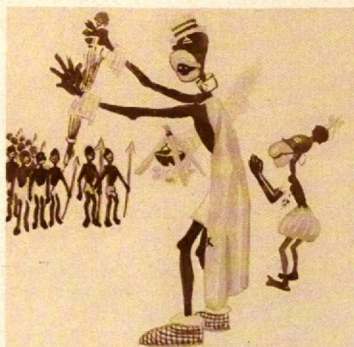
III.—La princesita Rarraí se dispone a deslumbrar con su belleza a los súbditos de su imperial papá en el festín que se prepara. Instalada en su elegante cuarto tocador, se pinta los labios, se hace los ojos, se saca brillo con betún y adorna el empujorotado moño que cubre su cabeza con un precioso lazo carmesí.



IV.—Ya todo dispuesto, traen a los prisioneros al lugar del sacrificio. Ha llegado el momento terrible, ya no hay esperanza. ¡Pobre Pipo! ¡Pobre Pipa! ¡Es triste pensar que, con lo que os gusta a vosotros la salsa mayonesa, ésta que en vuestro honor se prepara no la probaréis!



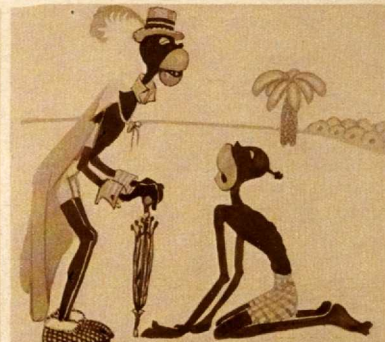
V.—¿Mas qué es esto? ¿Qué ocurre? ¿De dónde provienen esos gritos? El que los lanza es un negro que llega corriendo y gesticulando como un loco. «Deteneos, deteneos» —dice—. «Ocurre una cosa horrible; necesito hablar con el emperador».



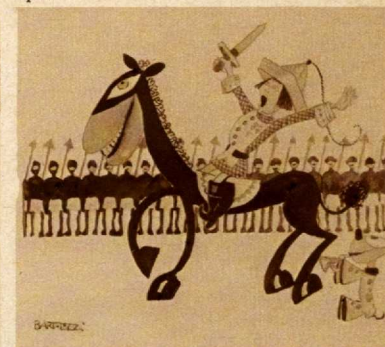
VII.—La situación es terrible, porque el único general que tienen los Korokos hace dos días que se ha marchado a cruzar el Atlántico en aeroplano. ¿A quién confiar el mando del ejército? El emperador grita a sus gentes: «Si hay alguno que se atreva a ponerse al frente de mis tropas y logre derrotar al enemigo, le concederé la mano de mi hija la princesa Rarraí».



VIII.—Nadie contesta. La situación es angustiosa. En la lejanía suena ya el tan tan guerrero de los Bubulús. Entonces se oye una voz que dice: «Yo acepto». El salto que pega ahora el emperador es de ocho metros. Su asombro es enorme al ver que quien se ofrece a tan alta empresa es el prisionero. Pero no hay tiempo que perder. «Que le desaten y le traigan mi mejor caballo» —ordena.



VI.—Y el emperador acude, majestuoso, con sus atavíos de gala; en una mano empuña el paraguas, distintivo de su autoridad; un paragnas magnífico, al que no le falta más que la tela. «¿Qué pasa?» —pregunta— «Majestad, la tribu está en peligro» —responde el recién llegado—. «Los bubulús, nuestros feroces enemigos, avanzan hacia aquí».



IX.—En un abrir y cerrar de ojos son desatados Pipo y Pipa. Nuestro héroe monta sobre un caballo negro —naturalmente—, y manda formar las tropas, a las que arena con tal brío y arrogancia que éstas, entusiasmadas, gritan: *Racuchai ju ju cofi*, que en idioma negro quiere decir, ¡viva nuestro general!

(La continuación en el número siguiente.)

DOÑA Cloti, la pobre, estaba bastante mal de dinero desde que se quedó viuda, por lo que se decidió a buscar una profesión que estuviese en consonancia con su edad y condición social.

Quiso ser señora de compañía, pero ¡le cansaba tanto el andar de un lado para otro! Ella necesitaba una ocupación más tranquila, de la que se pudieran sacar más ventajas.

Después de pensar mucho, se dedicó a Hada.

Vosotras me diréis que, para ser Hada, no basta con querer serlo. Hay que nacer Hada, buena o mala, pero nacer con poder y con cualidades de Hada.

Ahí estaba el truco de doña Cloti, en hacerse pasar por Hada y aprovecharse de esta superchería para vivir sin apuros y sin tener que molestar en ningún trabajo.

Las Hadas verdaderas gozan de muchos beneficios y atenciones, pues todo el mundo quiere estar a bien con ellas. Por ejemplo, todos los reyes invitan a las Hadas a los bautizos de sus hijos, y ya se sabe lo que es un bautizo o una boda en el palacio de un rey: quince o veinte días de fiesta, en los que los invitados gozan de bailes y banquetes servidos en vajillas de oro y cristales finísimos.

Los reyes invitan a las Hadas, como sabéis, con su cuenta y razón. Siempre las Hadas se acercan a la cuna de la princesita recién nacida, y cada una ofrece su don:

- Será muy hermosa, dice el Hada de la Hermosura.
- Será muy buena, dice el Hada de la Bondad.
- Será muy feliz, dice el Hada de la Felicidad.
- Será rubia como las espigas de trigo, dice el Hada de los Cabellos Rubios.

Claro es que también los reyes deben tener mucho cuidado en no dejar a ningún Hada sin invitación, pues entonces, ésta es la que, sintiéndose ofendida, conjura algún maleficio que turbará la vida feliz de la princesa.

Por eso, en los palacios llevan una lista de todas las Hadas que hay, y las invitan a todas, obsequiándolas mucho a mesa y manteles durante no pocos días, pasados los cuales, las Hadas dan sus dones y se marchan a sus casas, hasta recibir otra invitación, que no se hace esperar.

Doña Cloti se dió cuenta de esto, y se hizo pasar por Hada, escribiendo su nombre y dirección en un ciento de tarjetas que mandó a todas las cancillerías de todos los palacios del mundo.

No tardó en recibir invitaciones y en verse obsequiada y nutrida, en compañía de todas las demás Hadas. Ella, con su largo cucurucho en la cabeza, no se distinguía mucho de las otras, como no fuera por su modo de comer y beber, que era con mucho más apetito.

Durante el tiempo que duraban las fiestas del bau-

EL HADA MANGANTE

-CUENTO-

tizo, doña Cloti devoraba el contenido de las fuentes de perdicés y langostas, las grandes tartas y los montes de helado. Al marcharse, siempre decía que le dispusieran una cestita con la merienda para el viaje. No hay que decir que en todos los palacios le preparaban una merienda tan succulenta como cuantiosa, con lo que doña Cloti tenía para comer durante una semana, hasta nueva invitación.

Me preguntaréis qué hacía doña Cloti a la hora de ofrecer todas las Hadas sus dones, ya que doña Cloti, la pobre, no tenía nada

que ofrecer. Pues muy sencillo. Se hizo pasar por el Hada de la Higiene y, cuando las otras Hadas habían ofrecido ya la hermosura, la caridad, los bellos sueños, los ojos azules y la dicha de saber bailar, doña Cloti se acercaba, y decía, muy seriamente:

—Se limpiará todos los días los dientes con un cepillito.

O bien esto otro:

—Cuidará mucho de arreglarse las uñas y lavarse los oídos todos los días.

Y se retiraba tan tranquila, segura de que no iba a descubrirse su engaño, ya que los reyes, padres de la princesa recién nacida, quedaban muy contentos de que su hija, sobre ser hermosa, buena, etcétera, fuese muy limpia y cuidadosa. De este modo, doña Cloti iba viviendo tranquilamente, atracándose en todas las fiestas a que era invitada.

Pero ocurrió que, una vez, en un palacio se olvidaron de invitar a doña Cloti al bautizo de una princesa. Doña Cloti, como estaba muy bien educada, pensó en no protestar de aquel olvido, pero



Durante el tiempo que duraban las fiestas, doña Cloti devoraba el contenido de las fuentes de perdicés y langostas, las grandes tartas y los montes de helado...

Con su largo cucurucho en la cabeza, no se distinguía mucho de las otras hadas, como no fuera por su modo de comer y beber, que era con mucho más apetito.

también cayó en la cuenta de que, si no decía nada y no anunciaba alguna venganza, podían creer que era incapaz de nada y, con eso, no invitarla nunca a ninguna fiesta, ya que no sucedía nada con tenerla descontenta.

Se puso su cucurucho, forrado de raso y estrellas de papel de plata, y se fué al palacio del rey de Calindonia, que era donde la habían dejado postergada. Cuando estaba todo el mundo reunido alrededor de la princesita que acababa de nacer, y ya llovían sobre ella todas la dichas y perfecciones de las Hadas, doña Cloti entró como una tromba, y dijo:

—¡A mí no me han convidado a este bautizo, y yo no puedo quedar así! La injuria que se me ha hecho, clama venganza...

Todos los presentes se quedaron horrorizados. Doña Cloti se acercó a la cuna, y dijo:

—Cuando cumpla los quince años, la princesa se convertirá en un pavo real. Sólo volverá a recobrar su forma primitiva cuando un príncipe vestido de azul le dé un tironcito y le arranque una pluma.

Dicho esto, desapareció como había entrado, sin querer atender a las excusas y explicaciones que le daba el pobre rey de Calindonia.

Pasó el tiempo y, gracias a aquel gesto, doña Cloti recibía invitaciones antes que nadie. En el reino de Calindonia, desde entonces, todo eran temores, esperando a que se cumpliera la fecha fatal.

Llegaron los quince años. Doña Cloti ya se había olvidado de su amenaza, y la princesa cumplió la edad temida, sin que se operase en ella la transformación prevista. Al saber por todas partes la noticia de que la princesa Sol de Calindonia no se había convertido en pavo real por obra y gracia de doña Cloti, ya nadie tomó a doña Cloti en serio, ni se la invitó más a ninguna fiesta.

Doña Cloti se dió cuenta de que, si no tomaba alguna determinación, muy pronto se quedaría sin tener qué comer. Para recobrar su prestigio y hacer que la convidasen a todos los banquetes, lo primero que decidió fué raptar un día a la princesita Sol. La llevó a su casa, sin hacerle ningún daño y tratándola con mucho cuidado porque, eso sí, doña Cloti no tenía mal corazón. Ya escondida la princesa, doña Cloti se dedicó a buscar un pavo real, para hacer creer que era en lo que había convertido a la princesa. Pero se encontró con que los pavos reales son cada vez más raros, y que los que se venden alcanzan unos precios fabulosos. La pobre doña Cloti no tenía dinero para comprar un pavo real.

Lo que hizo fué comprar un pavo común, como los de Navidad, y atarle a la cola unas plumas auténticas de pavo real, que ella conservaba, de un sombrero pasado de moda. Así dispuesto el pavo, con aquella facha, lo soltó en los jardines del palacio de Calindonia.

Los reyes, alarmados con la desaparición de su hija, habían reunido a todos los príncipes vestidos de azul que encontraron, para que no faltase quien arrancara la plumita mágica y devolviese a la princesa su forma primitiva. Cuando apareció el pavo fabricado por doña Cloti, todos los príncipes vestidos de azul se apresuraron a arrancarle las plumitas, hasta que lo dejaron sin una sola. Entonces cayeron en la cuenta de que aquello no era un pavo real, y los reyes de Calindonia ordenaron a sus guardias que buscasen por todas partes a la princesita.

Entre tanto, doña Cloti se vió otra vez colmada de invitaciones, pues se había convertido en un Hada temible. Cuando no tenía ningún bautizo, doña Cloti distraía a la princesa contándole cuentos y enseñándole labores.

Hasta que llegó un día en que los guardias de Calindonia dieron con la casa, y salvaron a la princesita, devolviéndola, sana y salva, a sus padres.

Doña Cloti fué condenada a prisión por delitos de superchería y rapto de persona real. Pero la princesita Sol, que ya no sabía estar sin doña Cloti, sin su charla y sus cuentos, pidió el perdón al rey, y doña Cloti se vió convertida en señora de compañía de la princesita, y no temió cansarse porque las princesas de los cuentos van siempre en carroza a todas partes. —BABY.

EL HADA MANGANTE

-CUENTO-



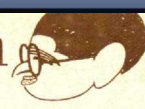
... Al marcharse, siempre decía que le dispusieran una cestita con la merienda para el viaje. No hay que decir que en todos los palacios le preparaban una merienda tan suculenta como cuantiosa, con lo cual doña Cloti tenía para comer durante una semana.



... Lo primero que decidió fué raptar un día a la princesita Sol. La llevó a su casa, sin hacerle ningún daño y tratándola con mucho cuidado.



Sirio, profesor de caricatura



GRAN CONCURSO INFANTIL ORGANIZADO POR SIRIO

CON ARREGLO A LAS SIGUIENTES BASES

1.ª El objeto de este concurso es descubrir, entre los niños, un caricaturista capaz de competir con el gran Sirio.

2.ª Para tomar parte en el certamen, los concursantes habrán de terminar las adjuntas caricaturas comenzadas por Sirio, trazando las líneas que faltan sobre la misma página de ESTAMPA, a pluma y con tinta china.

3.ª Cada concursante sólo podrá enviar una solución.

4.ª Al pie de cada caricatura, el concursante habrá de inscribir el nombre del personaje a quien la caricatura representa.

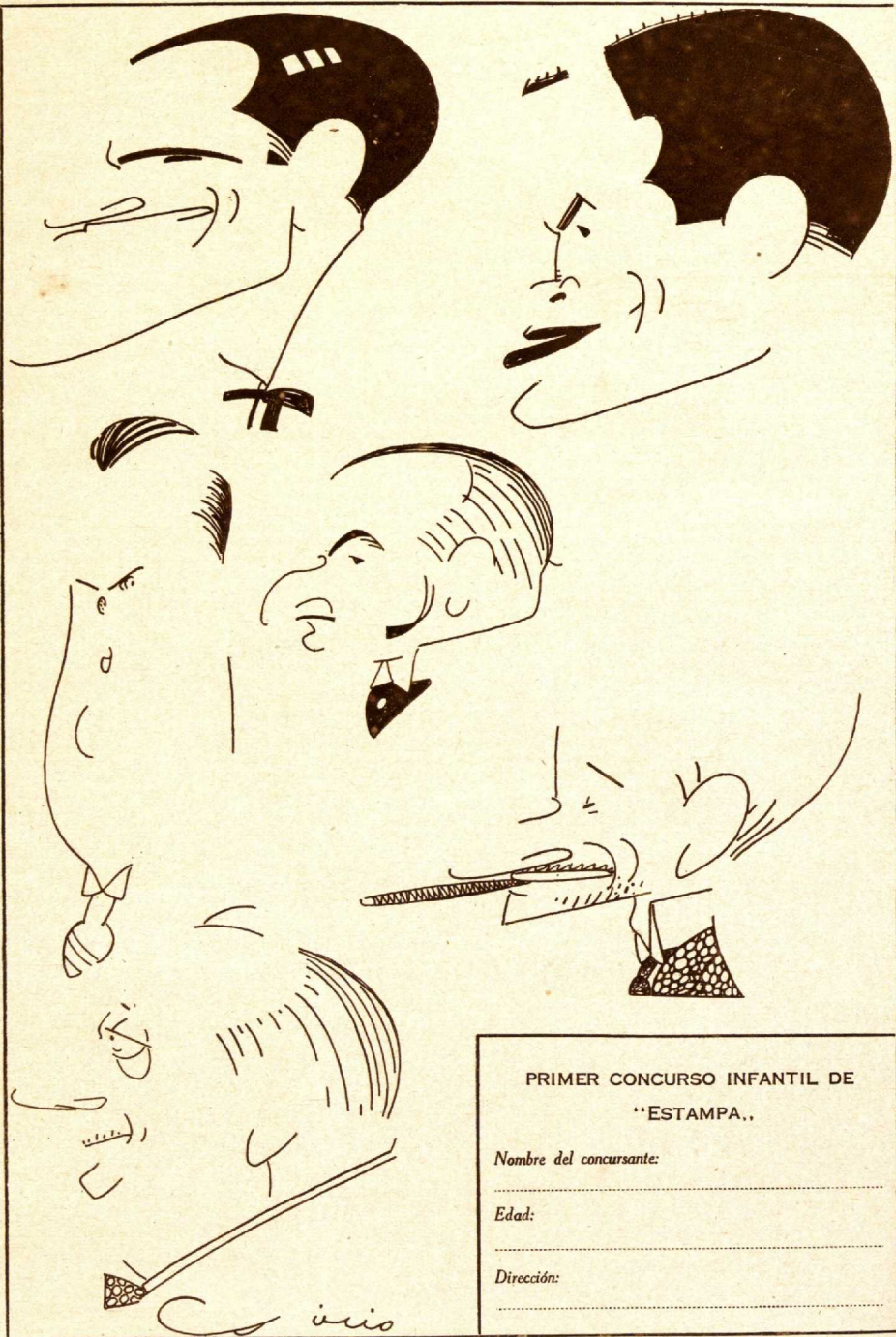
5.ª Se otorgarán tres premios, consistentes, el primero, en un aparato fotográfico «Kodak»; el segundo, en una magnífica caja de acuarela, y el tercero, en un soberbio estuche de compases.

6.ª Con la solución habrán de enviarse, anotados en el lugar indicado en la plana, el nombre, la dirección y la edad del concursante.

7.ª El Jurado estará constituido únicamente por Sirio.

8.ª El plazo para la admisión de soluciones expira el día 31 del mes actual, a las doce de la noche.

9.ª Todas las soluciones deben ser dirigidas a la Dirección de ESTAMPA, paseo de San Vicente, 20, Madrid, indicando en el sobre la mención: «Concurso infantil».



PRIMER CONCURSO INFANTIL DE "ESTAMPA.."

Nombre del concursante:

Edad:

Dirección:

¡¡ NIÑOS !!

LEED

"MACACO.."

Crónicas donostiarra

El Palacio del Mar

en la
Bahía de
la
Concha



... El mar hace un esfuerzo continuo para meter sus aguas en la bahía de La Concha y despegarlas en abanico tenso y dilatado... (Fot. Marín.)

SAN Sebastián le debe al mar casi todo lo que es. Esto, que no constituye secreto para nadie, tenemos que consignarlo aquí, porque se trata de hacer una recapitulación de méritos.

El mar hizo bella a Donostia con una premeditación y un detenimiento que no hubiéramos sospechado nunca en el señor de las grandes iras y de los impulsos tumultuosos.

Contemplando la ciudad desde el alto de Iguel-do, que es el gran mirador donostiarra, se aprecia bien el gran esfuerzo que tuvo que hacer el mar para abrir ese boquete de la isla de Santa Clara, y el que tiene que hacer de continuo para meter por allí las aguas y despegarlas en abanico tenso y dilatado, hasta que, sin fuerza ya, las deja en lo alto de la playa tendidas y deshechas.

Más que la ciudad, lo que se ve desde Iguel-do es el plano del arquitecto que la lleó y que la está realizando de continuo en convivencia con las aguas.

Como si fuera sobre el papel, podemos ir señalando con el dedo: esas manchas verdes y geométricas, entre el ocre de los tejados, marcan el lugar en que van unos jardines; esa línea trazada con lápiz azul, es el río; está hilería doble de grupos verdes señala una avenida de árboles que en los planos — sabido es — se dibujan por las copas, y hasta se alcanza, en alguna calle, un tranvía o un coche a medio dibujar, para dar mayor realidad al diseño.

Así podemos señalar también los contornos graciosos y las suaves ondulaciones que hay en el plano, y que son la verdadera creación aportada por el mar.

Y junto a tantas cosas amables y pequeñas, toda la grandeza del océano en contraste repentino. El que lo mire desde allá arriba, más que lo ancho, le ve lo profundo, que escalofra. Tendría que apartar inmediatamente la mirada si no fuera por la seguridad que difunden a menudo unos bañadores aturidos, jugando a lomos de la inmensidad.

San Sebastián le había prometido al mar un palacio.

El palacio está ya hecho; pero no es el que el mar se merezca ni el que San Sebastián prometió hacerle.

Al constituirse, el año 1908, la Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa, fijó sus aspiraciones máximas, por entonces, en estudiar el trozo de mar que baña nuestra costa. Pero le guiaba, además, el móvil de fundar, algún día, un Museo magnífico, digno del pueblo donostiarra: algo así como el Museo de Mónaco, construido y avalorado con el capital y las aportaciones científicas del sabio príncipe; un acuario como el de Nápoles o Berlín, donde el visitante se siente viajero de las profundidades oceánicas, rodeado de seres marítimos que allí viven y se mueven en su propio medio, y, en fin, una Escuela de Pesca para patrones

y maquinistas, en provecho de nuestra sufrida gente de mar, que cuenta entre sus ascendientes a tantos ilustres navegantes y pescadores arriagados.

De todo aquello surgió el gran proyecto que se llamó del Palacio del Mar, y que así siguió llamándose, a pesar de las restricciones que han venido imponiéndole dificultades de emplazamiento y lamentables indiferencias.

El primer proyecto, debido al arquitecto donostiarra Sr. Cortázar, era un magnífico edificio de cien metros de fondo, con lujosos halls, escaleras imperiales, ascensores, montacargas, comodidades interiores de todas clases, y al exterior, soberbias columnatas, pisos de ocanías y cuádrigas de tritones.

El palacio que respondía a este proyecto se hubiera levantado en la explanada llamada de Bardocas, contigua al paseo del Príncipe, en el punto donde éste dobla hacia el muelle, y donde se estacionan en verano los numerosos automóviles que van dejando paseantes en la encantada cornisa exterior.

Aquel emplazamiento, en la falda del Urgull y frente a la inmensidad marina, hubiera sido soberbio y desahogado; pero llegó entonces al Municipio una nueva Corporación y pensó que tales terrenos podrían valer un día una millonada. Hubo que desistir también de este proyecto como de otros tantos y acogerse al apoyo que brindaba el Ayuntamiento si el edificio se construía adosado al muro de mar, sobre las rocas, comenzando junto a las escaleras de subida al paseo y procurando que no rebasara la rasante de éste, a fin de que el público pudiera tener acceso a la terraza y contemplar el panorama de la bahía.

Allí se ha construido, por fin, el Palacio del Mar, ni tan pomposo como un día se pensó, ni tan modesto que merezca perder su denominación primera. Es sólido, severo, y surge de las rocas bravías adentrándose valiente en el agua, allí donde las olas baten más fuerte.

Reíne, por tanto, la condición esencial para su cometido, de hallarse lo más próximo posible al mar en un punto en que el agua, por lo movida, reúne condiciones de gran pureza y es de fácil toma para el abastecimiento de las piscinas. Se halla, además, enclavado cerca del barrio de los pescadores, lo que facilitará su acceso a la Escuela de Pesca y los hará encariñarse con él, considerándole como casa propia.

Mar, sin la torre y los graciosos remates que se ven en el proyecto, y que no se han construido todavía, resulta decapitado e inconcluso. El Ayuntamiento ha puesto siempre reparos a la terminación de esta parte ornamental, alegando que rompe la línea del paseo del Príncipe y que reduce el campo de visión marítima. Sin embargo, se ha conseguido ya que se permita construir un armazón provisional, con la figura y volumen de la torre, para que se pueda apreciar su efecto y conceder, si es posible, la autorización de construirlo.

Creemos que se obtendrá el permiso definitivo. Es lógico que se obtenga, no sólo porque no quede truncado el edificio, sino porque su remate airado será también un agradable detalle ornamental — el único — de este paseo del Príncipe, atrevido y soberbio, pero de una monotonía interminable y fatigosa, a lo largo de su barandilla de hierro. Cuando los paseantes llegan al extremo del paseo, se los ve acodarse instintivamente en el barandado para descansar un momento y disfrutar de la vista de la bahía. Teniendo ahora allí mismo la terraza del Palacio del Mar, con torre o sin ella, el espectador podrá adelantarse catorce metros más sobre el agua y gozar de vistas espléndidas desde un mirador de belleza incomparable.

Por lo pronto, el gran atractivo del Palacio del Mar será el Acuario, que ha de quedar abierto al público en el verano de 1928 y con cuyos ingresos se asegurará el funcionamiento de los servicios científicos. San Sebastián va a contar, pues, con un nuevo centro que aumentará su encanto y su fama.

Esto lo deberá casi por entero a la Sociedad Oceanográfica de Guipúzcoa, que, con un desinterés y un tesón a toda prueba, está dando vida a un proyecto tantos años acuciado.

Al dejar sus antiguos y reducidos locales, para entrar en un período de gran actividad, cuenta desde luego con la protección provincial y municipal, tan amplia como las presentes circunstancias económicas lo han permitido.

Espera asimismo la del Ministerio de Marina, prometida varias veces, y que pudiera aplicarse sobre todo al enriquecimiento de su Museo Marítimo y Etnográfico, con elementos que, seguramente, abundarán en el Museo madrileño y que en ninguna parte encontrarían lugar más propio y destacado que en éste de Guipúzcoa.

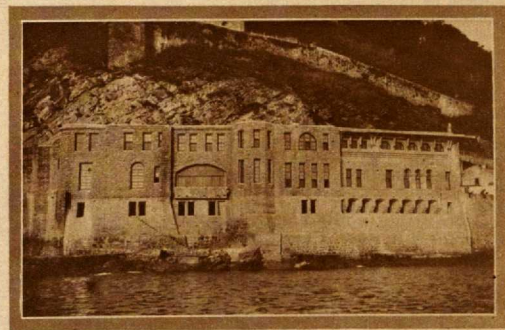
Hay, además, el precedente loable de los Museos del Prado y de Arte Moderno que, en repetidas ocasiones, han ayudado a los Museos provinciales con donaciones análogas.

En poder de familias guipuzcoanas descendientes de los grandes navegantes y conquistadores, existen también documentos y objetos interesantes, guardados devota pero obscuramente. En ninguna parte como en nuestro Museo Marítimo habían de estar más honrados ni más seguros.

Creemos que los donativos de esta clase empezarán a llegar pronto, para contribuir a la iniciativa de la Oceanográfica, que se ha hecho digna de estas atenciones por su labor esforzada y romántica.

El Palacio del Mar nos redimirá un poco de la mala idea que nuestros visitantes forman a veces de nosotros, viéndonos siempre metidos en negocios de especulación y de frivolidad. Será una bella empresa de cultura y de trabajo.

José R. RAMOS



Estado en que se hallan actualmente las obras del Palacio del Mar.

(Fot. Marín.)

Siluetas vascon- gadas

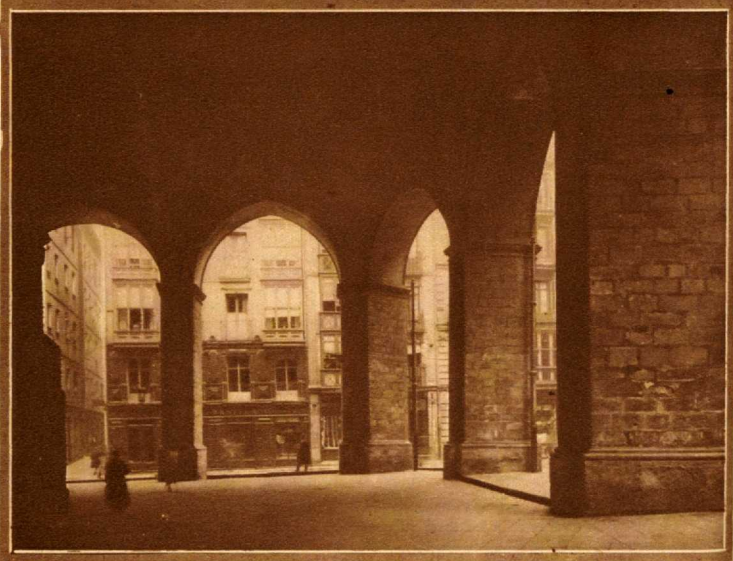
El alma de las Siete Calles



... Y si el corazón de Bilbao tiene su relicario en las Siete Calles, el alma de éstas palpita bajo los ámbitos de la Basílica de Santiago...

PARA que Bilbao se dibuje con toda la exactitud de su color típico, ha de flotar la ciudad entre sus neblinas de ópalo. Si queremos con esto contemplar la vieja villa en su matiz emocional, habremos de meternos en lo más recóndito de su corazón urbano. Este corazón de Bilbao son las Siete Calles, que encierran en sí todo el valor ancestral de la urbe. No por viejas ni clásicas, ni siquiera ensambladas al tipo respetable de su pretérito, sino más bien por la eufanía colorista de su ambiente, estas Siete Calles de Somera, Artacalle, Tendería, Belosticalle, Carnicería-Vieja, Barrencalle y Barrencalle Barrena, ofrecen la verdadera fisonomía de Bilbao. Pasan los tiempos, llegan las mudanzas renovadoras, se invade la capital de febricantes anticipos del mañana, y la zona sietecallera, inmutable y angusta, sobrevive a todos los aceleramientos. Tiene tal fuerza de permanencia sobre todo, que es entraña y periferia a la par. Nadie ni nada la mueve. Y no vayan a creer los que la conocen de oídas que subsiste tonificada por un anquilosamiento depauperado, no. Las Siete Calles bilbaínas, de exterior envuelto, son todavía la vida de Bilbao, su enjambre laborioso, el bormigueo de constantes idas y vueltas, el trigo y la masía con olor a pan cocido y sabroso... Es Bilbao, Bil-

De cuantos rincones sorprenden al viajero, este del atrio de la Basílica es el que de mejor aristocracia puede alardear...



ganza de sencillos tridimensionales. En la terracaria son a las costumbres de modernidad que ni los siglos, ni la ingeniería, ni la codicia las han podido someter al tropel de los adelantos. Por las Siete Calles no hay peligro de que se aúpen los tranvías eléctricos, los ciclópeos autobuses, los guardias de la porra...

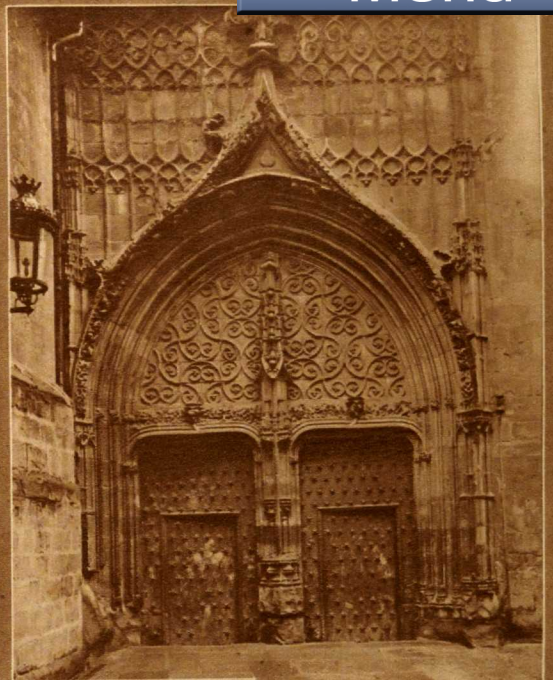
Y si el corazón de Bilbao tiene su relicario en las Siete Calles, el alma de éstas palpita bajo los ámbitos de la Basílica de Santiago. En medio de las modernas agitaciones de la calle, apacible y sin descomponerse por el contagio del bulle-bulle de la ciudad, aparece eternamente acogedor este remanso de provincianismo monacal.

De cuantos rincones sorprenden al viajero por las rías de la villa, es éste del atrio de la Basílica de Santiago el que de mejor aristocracia puede alardear. Las horas libres de toda mezcla turbulenta, cuando con mayor claridad luce su vieja gallardía de monumento al pasado, son las mañaneras o ya de vencida la noche. En tales momentos, al pasar bajo su gótica bóveda en sombras, «las táticas pisadas huecas» del que camina retumban un poco a sonido medioeval... Por las viejas estradas circunvecinas, de los aledaños parajes estrechos parecen salir, en fantástica cabalgata, cien espíritus milenarios que pueblan de Historia la contornada. Este tránsito bajo la gótica bóveda de la iglesia es como una cristalina fontana para todas las fatigas, y por entre el rezumar de sus viejas piedras florece todavía la semilla de la provincia inquebrantable.

Actualmente, en la iglesia del Señor Santiago, denominación la más popular de su patronímico, se llevan a cabo algunas importantes obras de restauración y complementarias. El interés que despierta el templo sietecallero me ha guiado a la busca de algunos antecedentes de su procedencia, y con gran sobresalto he descubierto que nada existe que atestigüe su origen. Ni el archivo parroquial, ni los historiadores de la villa descubren el secreto de la fundación del bello y artístico edificio. ¿Viene su ascendencia del siglo de las catedrales? ¿Comenzó su fábrica en la centuria gloriosa del exaltado fervor místico de los artifices de la piedra? He aquí un notable caso para ser estudiado por el afán investigador de los eruditos.

Los antecedentes que se conocen de la vida de la Basílica de Santiago y de su fundación no alcanzan a descubrir la fecha de su primer balbuceo en la vida del Arte sagrado. Teófilo Guirard, el benedictino historiador de la villa de Don Diego, ignora con extraña desesperación la fecha del suceso que buscamos. Lo poco que nos ha dicho en síntesis, se escribe en los breves renglones de una información como la presente. Veamos:

«La primera y más principal iglesia, la de Santiago, existía en la puebla antes de su constitución en villa. En 1379 se abrieron al pueblo las sepul-



Puerta de entrada a la Basílica, bajo el atrio de gótica bóveda.

Puerta llamada del Angel, que da acceso a la Basílica de Santiago por la calle del Correo.

turas y se hizo pública designación de ellas. Hasta el año 1404, en que se comenzó a labrar el coro nuevo y el claustro «del Angel», no se menciona para nada las partes más simples de la arquitectura del templo... Las vicisitudes pasadas por él fueron bastantes para que de su traza quedase algún atisbo; pero el incendio de 1571, que destruyó las naves laterales, y el tremendo temporal de 1593, lo dejaron en situación bastante precaria, y es fácil también que desapareciesen entonces los documentos más preciados de la religiosa fundación. Por aquel tiempo se asentaba el cementerio en lo que hoy es atrio de la iglesia, y su área de emplazamiento la limitaban tres accesos: una puerta en la parte norte para el mercado; un portal principal al oeste, llamado «de la Carnicería», y otro accesorio para la calle de Santiago. El retablo de la iglesia comenzó a labrarse por el *imaginero* Beaugrant en 1535, según una de las escasas cartas de pago y escritura que se han encontrado, perdiéndose todas aquellas que hubiesen traído alguna luz a tanta confusión como rodea el origen de la hermosa Basílica.

Desde luego ésta es, sin ningún género de dudas, la más antigua de las iglesias de Bilbao. La más antigua y la de mayor mérito artístico de todas. Por ser meritoria, hasta su progenie se pierde en la tenebrosidad de los días preteritos.

En el interior del templo se conservan algunos retablos notables, no pocos sepulcros de talla y repujado de severos contornos, inscripciones vetustas en las piedras de la sillería, y bien perfiladas imágenes, de autores desconocidos, entre las que descuellan las de los cuatro doctores de la Iglesia. Lo interesante sería llegar a saber en qué tiempos y ocasión fué decidido su alzamiento. El conjunto armónico de la Basílica lo completan diez y seis ventanas de arcos apuntados y tres afiligranados rosetones que recuerdan la característica de las soberanas catedrales

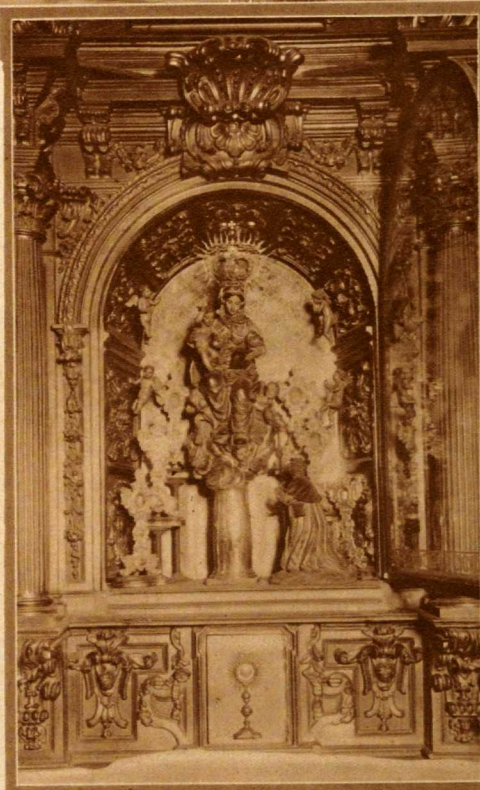


Imagen de la Virgen del Pilar, que se venera en la Basílica de Santiago con iguales privilegios que la de Zaragoza.

(Información fotográfica de Amado.)

hispanas, rompiendo por las que se taimiza en irrisaciones de fuego y azul la luminaria solar que desciende hasta los altares. De otros significados valores arquitectónicos de la iglesia bilbaína hablarán mejor que yo las notas gráficas de Amado.

En torno a la vieja Basílica del Señor Santiago se filtra diariamente la vida agitada de la ciudad.

A la hora prima de la tarde, cuando el interior de la iglesia permanece augustamente solitario, se alzan por entre las sombras de su quieto amparo mil recónditas imágenes de ensañación, de saludable romanticismo que detiene la fatiga y aísla el pensamiento de las cotidianas incertidumbres de hoy, abriéndole un punto de reflexión aseverada, que poco a poco produce los efectos de un sedante espiritual.

A esta hora, la iglesia de Santiago, como la totalidad de las iglesias solitarias, adquiere un valor emotivo singular, único y maravilloso, de verdadera morada de Dios, que hasta las mismas esculturas sagradas acogen con gratitud.

En esta hora de elevación del pensamiento, lejos del rodar acelerado de la época, se inclina el busto más rebelde a impulso de un bienestar desusado, vaporoso, de esos que descubren un instante la verdad de la vida, enmarañada a cada paso por la confusión.

Al salir de la milenaria Basílica santiaguista, me siento, como el príncipe shakespiriano, tumultuosamente invadido por el torrente de la duda... En tanto, Bilbao, Bilbao sietecallero, retoza su clásico alborozo de pueblo bien alimentado. Que muy generosamente, a tono con sus días, no vuelve la vista hacia lo que fué...

JESÚS ESCARTIN

Bilbao y noviembre de 1927.

Estampas montañesas



La alegría y la tristeza del puerto



Algunos
de los muelles,
magníficos,
del puerto de
Santander, uno de
los más amplios y bellos
del mundo.

(Foto
Samot.)

TERMINADA la temporada veraniega, los santanderinos volvemos la vista al puerto. Y es entonces cuando, ajenos a toda otra preocupación, se inicia la acostumbrada y enconada discusión entre los defensores acérrimos del prestigio veraniego de estas playas y los partidarios exaltados y decididos de la bahía, como si no fueran compatibles ambas fuentes de riqueza!

Con el puerto y las playas sucede en esta capital algo parecido a lo que ocurre en ciertos hogares, según sea la criada, el señor o la señora quien reciba al visitante. Si es la primera, os conducirá al comedor, segura de asombraros con el fulgor de las bandejas repujadas; si es el segundo, os llevará hasta su despacho, lugar más que de reposo de estudio, desde el que se lleva la dirección del hogar y de la familia; y si es la señorita, estaré seguros de que os precederá hasta el salón del piano.

En Santander, el forastero está expuesto a ser visitante casi constante del puerto o de la playa, según quien sea el que le acompañe, o según los gustos del cicerone.

El triunfo de las playas sobre el puerto es un triunfo momentáneo. En cambio, el del puerto sobre su rival es continuado. El primero sólo tiene la duración de las mañanas rubias, de las tardes doradas en los encendidos días veraniegos. El encanto seductor de la bahía se inicia en septiembre y termina en la primera quincena de julio. Pero

en cualquiera época, cuando la quietud provincial se interrumpe por el sonido agudo o bronco de una sirena, ya sabemos los santanderinos que un cargamento de riqueza entra en la población. Y cuando dos o tres trasatlánticos se alinean simétricamente en el puerto, la animación y el optimismo aumentan, hay más color y más luz en el ambiente, y al arribo de los grandes contingentes de turistas, ansiosos de pisar tierra, sucede la alegría de ver correr el dinero que el viajero se apresura a gastar.

Otras veces, se acogen a los muelles y buscan el refugio del puerto—si no sopla huracanado el Sur—los grandes navíos mercantes. Junto a ellos, las enormes grúas eléctricas exploran, con sus brazos de hierro, las bodegas, y ritmando su trabajo con el canto de los motores, van depositando a lo largo de la zona marítima, o transportando a los próximos almacenes, cuanto de allende el mar se exporta a nuestro país. Horas después, fruto de ese esfuerzo, se alzan sobre los muelles grandes pirámides de mercancías, en tanto que el coloso de acero, vacía ya su panza descomunal, se aleja airoso, esbelto, cortando con su afilada proa las aguas azules de la bahía, y dejando como adiós al puerto, una blanca y rizada estela.

Cuando se observa esta febril actividad, cuando por la Avenida del Rey Alfonso entran en la población, abarrotados de carga, los enormes camiones y los tardos carros; cuando no se encuentra

un puesto en las terrazas de los cafés, ni una habitación en un hotel de lujo, ni un automóvil de alquiler, invadido todo por una muchedumbre cosmopolita, los defensores del puerto, ante el alarde de potencialidad comercial que abarca su vista, entonan un himno a la belleza del penacho azul, signo de bienestar y de riqueza, y a continuación—dejarían, si no lo hicieran, de ser tozudos y montañeses—una elegía a la playa abandonada.

Y no es que carezca de interés ni de vida el puerto, durante los meses de verano, aun cuando sean las playas las que atraen principalmente la atención. En los días del estío, duermen en la quietud de las aguas azules los esbeltos balandros—gaviotas posadas sobre el mar—, y se alinean los cruceros acerados y limpios.

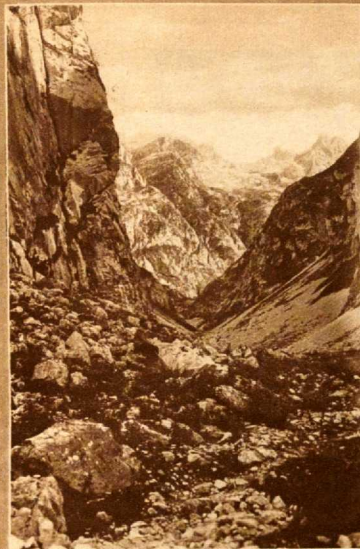
Hay también movimiento para la gente marinera. Las pequeñas lanchas, las diminutas embarcaciones, las gasolineras, escondidas durante el invierno en el muelle-refugio, en Puerto Chico, hacen excursiones hasta los más ocultos y bellos rincones de la costa. El puerto triunfa siempre.

Tiene, sin duda alguna, sus horas de tristeza. Son los días interminables, las duras jornadas, cuando grupos de obreros, en las inmediaciones, dirigen su mirada hacia el abra, hacia la boca del puerto, esperando el arribo de un trasatlántico o de un buque de tonelaje, porque escasea el movimiento, porque las grúas se enmohecen, porque el hambre ha llamado a las puertas de los hogares modestos.

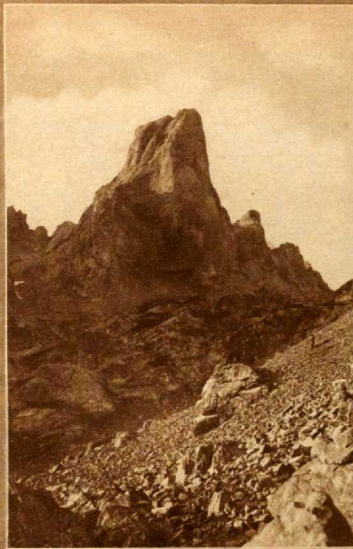
Son también días de amargura aquellos en que llegan, de vuelta, los emigrantes, los vencidos y la cadena de desesperanzados pasa por la ciudad, con dirección a los asilos de beneficencia.

Contemplándolos, desgarradas sus ropas, deshechos sus cuerpos, aplandado su espíritu, es cuando comprendemos que no es sólo felicidad, bienestar y riqueza, lo que llega al puerto...

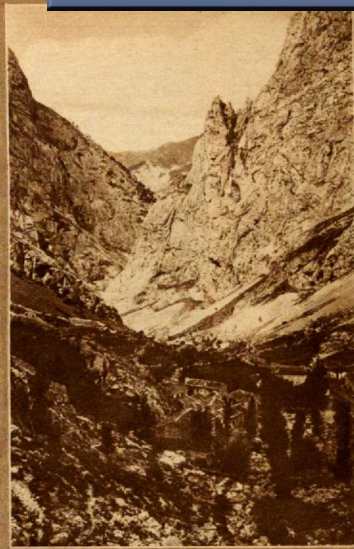
LUIS SOLER



Este es el fondo de la canal de Camburero...



El famoso Naranco de Bulnes arranca sereno y próspero...



Apenas veréis el pueblecito de Bulnes entre aquellas moles...

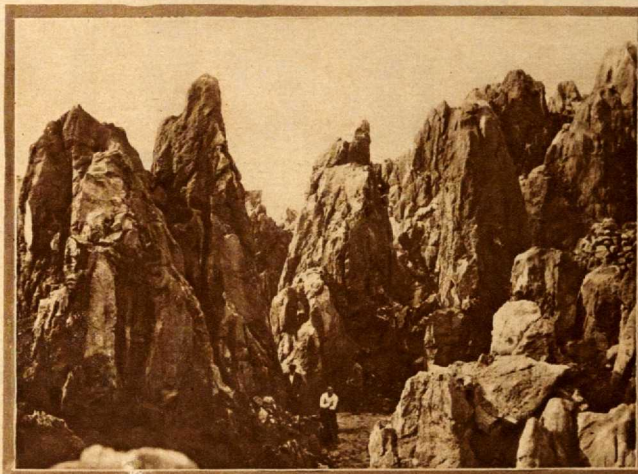
Crónica

astvriana / La grandeza advsta de las montañas de Astvrias / Antonio J. Onieva

ASTURIAS es soberbia y magnífica por la gracia de Dios. No nos refiramos a los paisajes de emociones menores—rías bajas, valles amenos, primorosas quintanas—, que bastarían para desleír en delicias a mil pueblos de sol de oro y tierra quemada. Enrostrémonos con esa cordillera de los Picos de Europa, torres y agujas de caliza gris, color de los poetas, bañadas de luz de plata.

Turistas: huid del granito. Es feo, como fabricado en las zahurdas de Plutón, y no inspira más que geometría esférica. La caliza es lineal y rígida, brotada, bajo la advocación neptuniana, del seno de los mares. Es roca joven, arrogante y adusta; deja que el agua la desnude a fuerza de besos y es su desnudez el contorno del gótico puro.

Sirva de ejemplo, entre cien, el anfiteatro de Camburero. En medio de él está el famoso Naranco de Bulnes. Arranca sereno y próspero, dominando todos los cantiles próximos... Desde sus 2.800 metros de altura contempla las espumas del Cantábrico. A su alrededor todo es naturaleza inerte, naturaleza intacta, naturaleza inmaculada, tal como la dejaron las sacudidas de la Era arcaica. Colóquese el viajero frente al Neverón, para no ver las lejanas hayas de Pandévano, y está... mucho más allá de la Edad de piedra paleolítica, y más allá del hombre, y tal vez más allá de Lucifer. La gran naturaleza primitiva en las concepciones wagnerianas, al lado de esta otra naturaleza muerta, parece cosa de ayer. El silencio es augusto. La soledad deja de ser sonora. Cielo y roca. Más allá, el misterio. Díjese que los peñones gigantesos pasan su ociosidad de siglos estudiando la arquitectura de sus aristas arbitrarias. El hombre allí se atomiza. Cuando piensa en que es el rey del Universo, le dan ganas de tumbarse a la sombra de aquellas piedrecitas, de aquellas piedrecitas-moles, que al desprenderse del gran macizo en nada desfiguraron su fisonomía.



Estos menudos picos de la cordillera, que recuerdan el gótico puro...

(Fots. Duarte.)

Para llegar al pie del Naranco de Bulnes—su cima la han hollado muy pocos—se va desde Arcas de Cabrales a Bárcena de Carranceja, donde hay una carretera de reciente construcción abierta en la misma roca. Es una carretera que se retuerce, se eleva, se mete por los agujeros de los túneles, se asoma al río desde la altura de los arcantilados, se encorva al paso de las torrenteras... Angosta, apretujada entre murellones, parece jadear en aquella ascensión violenta e inabarcable. Luego, pasado Bárcena, se convierte en un camino estrecho, que se enciela por la garganta de Bulnes. Parece mentira que por aquella senda tan espantosa se llegue a un punto donde moran seres humanos!

Y no obstante, Bulnes, que es el pueblecito que está más allá de lo inaccesible, algo así como en el trasmundo, es uno de los lugares más pintorescos y encantadores de Asturias. Sus casitas, agazapadas entre las hayas, al pie de las ingentes moles, son la colonia microscópica de unos corpúsculos vivientes, cuya existencia, en medio de aquella

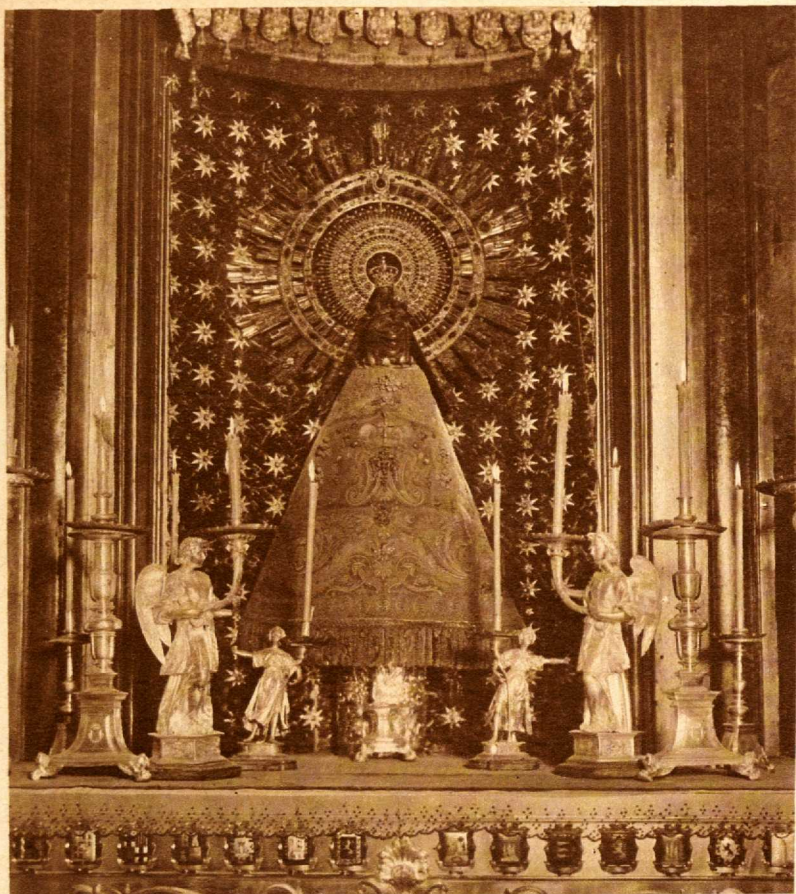
gea terrorífica, no puede medirse sino por milésimas de segundo.

Desde Bulnes ya puede decirse que ha desaparecido todo vestigio de civilización. No hay siquiera camino. El excursionista se convierte en alpinista. No se anda; se escala. El viajero va por el fondo de una canal estrecha, cuya cresta, en lo alto, deja libre una cuchillada azul. Díjese que está preso en lo profundo de un cráter y que allá arriba están el aire, la luz, la libertad.

Salvad la canal, subid el zigzag hasta la meseta, y os encontraréis en el anfiteatro de Camburero. Allí, Peña Cantil, Las Moñas, La Llomba, el Neverón, Peña Vieja, Monte Albo, que con sus dos kilómetros y medio en verticalidad, recuerda el monumento a los Hermanos Van Eik, en Gante. Así están las montañas, en semicírculo, con las cabezas un poco pegadas, como si contasen algún secreto de transcendencia cósmica, y en una bella calma de siglos.

Y en medio de los picos y elevándose sobre ellos, el famoso Naranco. Allí está... Es inconfundible, es único. Altivo y señero, parece un torredón rodeado de guerreros de piedra que le custodian eternamente. Allí está, herido en su cima por el sol, que le viste del color de la naranja. Pero a él solo. Cuando el sol se hunde en el Cantábrico, en busca de las tierras americanas, el último rayo enfilado desde la línea lejana del mar, baña a la vez que los caminos de occidente la frente del coloso. Con ese beso encendido se despiden diariamente el sol de las tierras españolas, para seguir el rumbo de las rutas heroicas.





Imágenes

veneradas

La Virgen del Pilar

Es tierra movediza—tierra minada por las filtraciones del Ebro—esta en que descansa la piedra que el fervor popular ha pulido con el roce de los labios.

Es tierra movediza y llana. Sin embargo, diríase que al Pilar le sirve de base una roca viva, prócer como la cumbre del Moncayo.

Tal es su firmeza; tanto su poderío espiritual, que irradia en todas direcciones.

No hace mucho tiempo tuve que acompañar a un caballero inglés al templo de la Virgen aragonesa.

Trabajosamente, iba explicándole el fervor que enciende aquel monolito de jaspes.

Y el caballero inglés, moviendo la cabeza pensadora, exclamaba en un español bastante arbitrario:

—¡Oh, oh, sobre esta piedra podría levantarse un mundo!

En efecto, un mundo descansa sobre la sagrada piedra: un mundo de místicas devociones, de fe racial y de otra cosa que no es fácil definir con exactitud, por muy honda aunque muy clara.

En esta tierra y en esta raza, todo es un poco paradójico. También en esto se cumple la ley de la paradoja: lo más sólido, lo más recio, lo más firme de Aragón, se apoya en la tierra movediza de un

hondón ribereño, minada por las filtraciones del río que le dió nombre a Iberia.

* * *

Encierra tan portentosos caudales de ternura, de dolor y de bondad, la figura de María, que llena por entero la religión cristiana.

Bajo cualquiera de sus advocaciones, la Madre de Dios enciende en piedades el alma española, a un tiempo mística y pagana.

La Virgen del Pilar—esta Virgen menuda «a la que no se le ve la cara»—es Madre de Dios y... algo más. Algo; ese algo que nadie sabe definir concretamente.

Es como si se reuniesen en un mismo símbolo lo empírico y lo real, lo abstracto y lo tangible, lo divino y lo humano.

Aragón es el pueblo que le rinde a la madre culto más ferviente y más amplio. El aragonés puede tolerar todas las ofensas, menos una. A un aragonés pueden achacarle todos los defectos, menos el de ingratitud para con la mujer que le dió la vida.

¿Nace de aquí esta pleitesía de los corazones a la Madre de Dios, madre de todos?

Indudablemente, de ahí arranca esta devoción a la Virgen aragonesa, que no se parece a ninguna otra, por lo sencilla y lo familiar.



Quizá vió claro en el misterio de este fenómeno, la perspicacia de aquel aragonés que dijo:

—Los que hemos nacido en Aragón gozamos el privilegio de tener dos madres: la que nos trajo al mundo, y la Virgen del Pilar, que es tan madre de los aragoneses como Reina del Cielo; y si me apuran, un poco más.

* * *

La mujer madrileña se considera desterrada de «su» Madrid, si no cruza la Puerta del Sol por lo menos una vez al día.

De igual modo, la mujer zaragozana se cree ausente de Zaragoza el día que no va al Pilar.

¿A rezarle a la Virgen? Quizá no. En el sentido literal de la palabra, hay muchas que no rezan. Van, «necesitan ir» a ver a la Virgen, «a contarle todo».

El rezo de las mujeres a la Virgen del Pilar tiene un tan marcado sabor de confidencia, que, en la mirada, en el gesto, se adivina lo que cada una le cuenta a la Virgen acogedora.

Porque a Ella se lo «cuentan» todo absolutamente, sin reservas ni desfiguraciones. Podrán mentir en sociedad, en el hogar, hasta en el confesonario. A la Virgen chiquita y sonriente le dicen siempre la verdad. Y toda la verdad, por íntima que sea.

* * *

A ese especialísimo modo de rezarle a la Virgen responde el uso generalizado del diminutivo.

La del Pilar es la única Virgen a la que se le habla en vez de rezarle y con la cual se emplea el diminutivo con confianza.

Decir Virgen del Carmen o del Rosario, o de los Dolores, es lo mismo. Decir Pilarica, ya es diferente. El diminutivo expresa algo tan íntimo, tan propio, tan de la entraña, que da idea de una máxima comunión cordial.

El diminutivo equivale a la suprema entrega del corazón. Le empleamos con el hijo, con la madre, con la mujer amada; porque el nombre a secas no dice bien todo lo que el corazón quiere poner de amor y de ternura en una palabra.

Y opinarán como quieran los analíticos; pero hay una diferencia grande entre decir «la Virgen del Pilar» y decir «la Pilarica». En Aragón apreciamos bien esa diferencia...

* * *

El grosero materialismo de nuestros días suele murmurar:

—¡Qué pena! Zaragoza podía ser otro Lourdes. Pero no sabe o no quiere explotar la devoción casi universal que despierta la Virgen. Es que no quiere. Y si lo intentara, suscitaría la protesta expresa o tácita de Aragón entero.

La Virgen aragonesa es faro espiritual de la raza. Su nombre va asociado a todas las inquietudes y a todos los anhelos del alma popular.

Capitana en la guerra, consejera en la paz, confidente en las horas negras y en las horas claras, es el símbolo más alto de la espiritualidad de un pueblo rico de espíritu, bajo su costra ruda y áspera.

Y con lo espiritual no se comercia. La Virgen aragonesa convertida en pretexto de especulación, ya no sería nuestra «Pilarica», la madre, la confidente generosa y cordial a la que puede «contársele» todo, sin que ponga nunca mala cara.

Plañe en vano el grosero materialismo de nuestros días. La Virgen aragonesa ha de seguir siendo lo que es: faro espiritual de la raza y no acicate de turbias apetencias.

Si otra cosa se intentara, no faltaría un Cristo aragonés para arrojar del templo a los mercaderes.

JUAN JOSÉ LORENTE

(Fota. Prendenthal.)



Estadua de D. Jaime de Aragón, situada en el Parterre.

La vida

Valencia es la florida puerta del cielo, el balcón por donde abre la aurora el día.

ZORRILLA.

FRESCA brisa otoñal barre la niebla. Amarillean las luces de los faroles en la del alba. Por las torres de Cuarte y de Serranos, por los puentes que cruzan el Turia, por las puertas sin puertas de la ciudad, penetran, rebrincando sonoros sobre los desnivelados adoquines, carros y más carros, repletos de flores y de productos de la huerta, para abastecer los mercados... Poco después, el sol dora las alturas de los edificios, los faroles no arden, se acentúan los ruidos, aumentan los viandantes: obreros y sirvientas, modistillas y dependientes, oficinistas de uno y otro sexo... Las calles de la ciudad ofrecen el aspecto especial de la hora de acudir al trabajo. Y así como el sol va descendiendo por las fachadas a la calle, así son mayores la animación y el ruido, el tránsito de vehículos de todo género, el vocerío de la multitud... Es la hora juvenil y fresca, en que comienza la nueva jornada, tras el descanso; la hora de volver a las luchas de la vida... Algunas muchachitas llevan flores junto al cuello, en la cintura o en las manos. Son, quizá, la ofrenda del amigo, del compañero, del novio, que maduraron para gustar, camino del obrador o la oficina, las mieles de un afecto, de un cariño, plétóricos de ilusiones... Ante la puerta del taller, se despiden; sus manos se deslizan, opresoras; se separan poco a poco, como llevándose mutuamente algo una de otra, mientras los ojos de ambos se dicen con muda elocuencia lo que los labios repitieron miles de veces:

—Te quiero... Te quiero... Te quiero...
—Adiós.

La ciudad, alegre y luminosa, bajo el milagro azul de su cielo sediento, ríe con animación simpática, teñida de mil colores, oreada por brisas suaves y odorantes, como seductora caricia de mu-

Muchacha valenciana, ataviada con las galas regionales.

(Fots. Vidal.)

jer. En el centro de *Ella*, de esta Valencia burlona y sentimental, incrédula y romántica, cristiana y mora, laboriosa y abúlica, de esta Valencia toda contrastes, sorprende como una explosión de color y una visión de belleza, el mercado de sus flores en medio de un jardín. ¡Oh, divinas flores las de esta tierra cálida y apasionada, de esta tierra que llora y ríe como los locos de amor; que odia y ama con la vehemencia de su alma impulsiva, toda fuego, toda pasión, así en la ira como en la piedad!... Ellas, nuestras flores, son el más bello complemento de este cielo y este mar... ¡Mar, cielo, flores!... ¿Concebís algo más seductor ni conjunto más hermoso? Y rostros juveniles, rostros de mujer, frescos como rosas vivas, con labios y ojos que ríen a la ilusión...

Valencia es la versátil hija del Cielo, a quien Dios, por herencia, dió un paraíso.

Dijo bien Zorrilla.

La tarde despliega el lujo algo tímido y puerilmente casto de nuestra aristocracia provincial, que tiene su paseo predilecto, camino del mar —cabe el mar mismo, en los días estivales—, sus jardines en la primavera, sus cines y teatros —predilectos también— en otoño e invierno... El pueblo, el buen pueblo que hace todo lo fastuoso,

valenciana

El regreso de la pesca, escena que inspiró al inmortal Sorolla.

todo lo bello, todo lo grato, y se contenta con admirarlo luego, forma calle ante los grandes coliseos, ante los círculos aristocráticos, bajo la lluvia, con viento, con frío. Y lo comenta sin envidia, con la cándida fruición que siente al leer en un folletín los amores de un príncipe con una modistilla o de una duquesa con un joven pobre..., valiente y guapo. ¡Almas soñadoras..., almas buenas, que admiran sin odio y sin ambición!...

—Cuando yo gane mucho, tendrás eso mismo— ensueña una voz cálida, al oído de su princesita del dedal.

Y siguen soñando..., soñando que vivirán sus sueños!

La hora del amor, la hora de cesar el trabajo, cerrar sus templos y lanzarse a la calle, ha sonado... Apenas se puede andar por las vías céntricas... Vuelven a ir juntos los que juntos se dirigieron a ganar su pan. Y ríen y cuchichean, como empujándose; arrebolado el rostro, ellas; fébridos los ojos, ellos; y buscándose en las pupilas el alma amada, mutuamente.

Valencia es amor, es luz, es aroma, es ensueño, es... *la florida puerta del cielo*, de un cachito de este cielo que se llama España!

Y ubérrima, vibrante, apasionada, rientes los ojos, fruncidos los labios por naciente beso de amor y de paz, con los brazos en cruz, divinos y fuertes, brinda a todas sus hermanas, al mundo entero, bajo el divino palio de su cielo impoluto, su corazón y sus riquezas; porque Valencia es rica... rica con la plata mate de sus arrozcos, con el oro rojo de sus naranjas, con el oro verde de sus limones.

LUIS DE VAL,

Valencia, 1928.

EL TRIBUNAL DE LA SANGRE

CON LOS SECRETOS DEL REY POR D. R. ORTEGA Y FRIAS

(CONTINUACION)

—Y para qué nos han traído aquí?—añadió el otro.
—Ya lo has oído: nadie debe salir de esa casa sin que le demos la voz de salto a la justicia.

Bien puede suceder que ahí se cometa algún crimen, y así parece, a juzgar por esos lamentos.

—Cualquiera diría que asesinan a alguien.
—Entonces, ¿por qué no entramos?
—Esto es un misterio.
—No estoy nada tranquilo.
—Deja rodar la bola...
—Es que lo misterioso no me gusta...
—Te infunde miedo?
—No; pero...
—Silencio, que si nos oye su señoría...
—Es verdad.

Callaron los corchetes.
Arreabiaba la lluvia y cada vez soplabla con más fuerza el viento.

El comendador y sus sirvientes permanecían inmóviles en el sitio en que se habían colocado. Pasó cerca de media hora. En el interior de la casa y cerca del postigo, sonó ruido de pasos.

—Prepárate—dijo uno de los alguaciles, que según vamos viendo, no podía tener la lengua quieta.

—¿Has oído pasos?
—Por eso te lo digo.
—Alguien va a salir.
—¿Será el que buscamos?
—Ya no se oyen lamentos; habrá expirado la víctima y huirá el asesino.

—Escuchemos.
Nada se oyó entonces.

Sin duda se habían detenido los que se acercaban a la puertecilla.

—No le habrá parecido prudente salir por aquí, de lo cual me alegro mucho.

—¿Por qué?
—Ya te he dicho que esto no me gusta.

—¿Temes que salga algún fantasma?
—Pueden salir tres o cuatro hombres con buenos puños, que es mucho peor.

—Razón tienes.
—Y como los que hayan entrado estarán decididos a todo...

—Parece que andan otra vez.
—Sí, sí...
—Observemos.

Así era: volvieron a sonar los pasos. Pocos instantes después, sonó el ruido metálico de una llave al girar en la cerradura.

Luego rechinaron los goznes de la puertecilla.

CAPITULO II

Dos corazones que sufren

El lector nos permitirá que retrocedamos algunos minutos, entrando en la casa que nos ocupa, para conocer siquiera los últimos detalles de la escena que allí tenía lugar, y viniendo con nosotros a un aposento cuadrado y bastante espacioso, cuyas ventanas o balcones debían dar a la calle de Cuchilleros, les presentaremos dos nuevos personajes, que tienen reservado un papel de mucha importancia en esta historia.

El aposento en cuestión, rica, pero severamente amueblado, era un dormitorio.

En una cama de nogal primorosamente tallada y cubierta por espléndidas colgaduras de finísimo lienzo de Holanda con riquísi-

NOVELA HISTÓRICA

Folleto de "Estampa"

Núm. 2

mos encajes flamencos, había una mujer, que no tendría más de diez y ocho años, y cuya belleza no titubeamos en calificar de maravillosa, porque nada igual hubiera podido encontrarse.

Será en vano que intentemos retratarla; no hay medio de pintar tanta perfección, cuyo prodigioso encanto, sólo viéndolo podría concebirse.

De la blanca mate de su rostro, se destacaba el negro aterciopelado de sus finísimas cejas y de sus grandes y rasgados ojos, de largas pestañas, de brillante pupila, de mirada, ora severa, imponente y dominadora, ya ardiente, arrebatadora, irre-

sistible, que fascinaba, que enloquecía, o ya tierna, dulcísima y melancólica, hasta el punto de no poder contemplarla sin sentirse profundamente conmovido.

Su tersa y espaciosa frente, que revelaba una inteligencia nada común, estaba rodeada de negros, finísimos y brillantes cabellos, de los que algunos mechones se escapaban desordenadamente sobre la blanca almohada.

Era bastante la primera mirada para comprender que aquella mujer, verdaderamente encantadora, estaba dotada de un alma grande, sublime, enérgica, capaz de sostener las más rudas luchas, de soportar los más intensos dolores, y de sobreponerse a todas las preocupaciones de aquella desventurada generación, lo mismo que a todas las pequeñeces, miserias y debilidades que esclavizan a la Humanidad, sin que por esto queramos decir que no tenía, como criatura al fin, sus debilidades y sus pasiones. Sí, todo esto se adivinaba fácilmente al mirarla, así como se adivinaba también que su pecho abrigaba un corazón, que debía ser un tesoro inestimable de ternura, de amor infinito.

La historia de aquella mujer grande y sublime debía ser una serie de dolores y sufrimientos sin igual; pero esos sufrimientos callados que no tienen el desahogo de las quejas, y que todo lo más, encuentran el consuelo de algunas lágrimas, que vierten los ojos en medio de la soledad y el triste silencio de la noche.

¡Desventurada criatura!

Siendo muy niña le arrebató la implacable muerte las tiernas caricias y el amor de su madre, y cuando en otra edad nevadas afecciones hicieron palpitar su sensible corazón, vióse contrariada, horriblemente mortificada, y hubo de experimentar toda clase de tormentos, sin que le fuera posible rebelarse ni luchar contra quien era causa de ellos, porque se lo estorbaban los más santos deberes.

Tendía un padre que la amaba; pero el padre había creído que nada tenía que ver su amor de tal con sus ideas, sus principios, sus preocupaciones y su durísima severidad, y de esto había sido víctima la desgraciada joven.

Nadie como ella tenía en el alma el sentimiento innato de todas las virtudes; nadie como ella estimaba su pureza y su honor; pero como los dolores, cuando son demasiado intensos, y las luchas cuando son tenaces y prolongadas, producen el extravío, la fiebre, la locura, llegó un día en que la infeliz, trastornada tanto por la desesperación como por el fuego de una pasión devoradora, olvidó su conveniencia, los peligros de su situación, sus deberes, y todo, en fin, y ciega, verdaderamente loca, como arrastrada por un vértigo irresistible, cayó en el abismo de su última y más horrible desventura.

Ocasión tendremos de conocer todos los detalles de la interesante historia de esta mujer, y por consiguiente, nos contentaremos por ahora con lo dicho, que es suficiente para que pueda comprenderse la escena que vamos a referir.

Su hechicero rostro, pálido y ligeramente contraído, y sus labios, otras veces frescos y rojos, y entonces secos y blanquecinos, hacían



Pocos instantes después, sonó el ruido metálico de una llave al girar en la cerradura...

comprender que en aquellos momentos el sufrimiento moral de su triste situación se había hecho más horrible por algún dolor físico.

Junto al lecho, e iluminado por la bujía que en un candelero de plata había sobre una mesa, veíase a un hombre que no tendría más de veinticinco años, y cuya varonil belleza era también digna de llamar la atención.

Su estatura era regular y sus formas perfectas; sus ojos grandes, negros y expresivos, de mirada penetrante, aunque algo dura, quizás por la costumbre de encontrarse constantemente en circunstancias difíciles y en situaciones violentas.

En sus ademanes, que eran distinguidos; en sus gestos y en sus palabras, revelábase una energía nada común, una fuerza de voluntad incontrastable.

Su frente era despejada, noble y altiva, y su continente el de un hombre, que si no pertenecía a la más elevada clase, ha recibido por lo menos una educación esmerada y frecuente el trato de la sociedad más escogida. Tal vez era un simple hidalgo o un caballero sin más fortuna que la que pudiera proporcionarle su arrojo y su valor; pero de todos modos, no podía dudarse de que era un hombre que valía mucho.

Vestía muy sencillamente, con botas altas y colete de piel de gamuza bastante usado. El resto de su traje era de paño fino de color verde oscuro, sin ninguna clase de adorno, y su sombrero de fieltro, de color gris, era de ala más ancha de lo que entonces permitía la moda, y estaba adornado con una pluma negra sujeta bajo el rosetón de esmeraldas que servía de broche a la cinta.

La espada que ceñía era sencilla y fuerte, con empuñadura de hierro no muy bien cuidada, lo mismo que la daga, que llevaba sujeta a su cinturón de cuero negro con hebilla de plata.

Tenía puesta la capa y estaba de pie, como si acabase de entrar o fuese a salir, y su mirada se fijaba afanosamente y con inmensa ternura en la joven, mientras decía con voz agradable, pero enérgico acento:

—No, no conseguirán sus criminales propósitos; triunfaré, porque luto con toda la fuerza de mi desesperación, con toda la fuerza de mi amor, que no tiene igual.

—Te persiguen, Raúl, te persiguen, y tus enemigos son muy poderosos—respondió ella con tristísima y debilitada voz.

—Tranquilízate, Luz mía, tranquilízate...
—Nuestro hijo... ¡ah!, nuestro hijo... ¿Qué será de él?

—Tiene el brazo de su padre que le defiende, y el amor de su madre que lo haga dichoso.

—¿Y mi padre?
—¡Tu padre!... ¡Oh!—exclamó el joven, apretando los puños.

—Ya sabes que no sospecha mi desgracia. Dos

días hace que volvió, y a no ser por la reina...

—Ya ha pasado el peligro: tu padre te encontró en el lecho enferma, y lo que ha sucedido esta noche...

—Vete, Raúl, vete—interrumpió vivamente doña Luz.

—Aun es temprano...
—Piensa en el aviso de mi tierna amiga, que ya me ha salvado una vez.

—Es verdad—murmuró tristemente el joven.

Y acercándose a la mesa tomó un papel que en ella había y lo acercó a la luz, prendiéndole fuego.

—Es preciso—añadió—que esto desaparezca.
—Sí, sí, evitemos que se comprometa quien tan sinceramente nos ama y nos ha hecho tantos beneficios.

El papel, donde había escritos algunos renglones,



Junto al lecho, e iluminado por la bujía que ardía en un candelero de plata sobre una mesa, veíase un hombre...

nes, fué bien pronto devorado por las llamas, y Raúl esparció sus cenizas por la pintada alfombra.

Luego volvió a acercarse a la cama. Hubo algunos momentos de silencio, solamente interrumpido por el ruido del viento y de la lluvia. Doña Luz exhaló un penoso suspiro, y de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas.

—¡Noche horrible!—exclamó con voz ahogada.
—No desmientas tu valor en estos instantes supremos.

—Vas a llevarte mi corazón, mi alma...
—Pero conmigo quedará...
—¡Ah! Un presentimiento horrible, espantoso...

—Desde cuándo te muestras débil ante necias supersticiones?

—Raúl...
—Basta, Luz, basta, que el tiempo vuela, y quien sabe si de un solo minuto depende el porvenir de nuestro hijo, si un solo instante puede decidir de nuestra suerte!

—¡Dios mío!—exclamó la joven elevando al cielo una mirada del más intenso dolor.

Y luego dobló la cabeza, medio ocultándola bajo la ropa del lecho.

El joven hizo un esfuerzo para dominar su conmoción, y dijo:

—No, no podrías en tu estado soportar el dolor de esta despedida.

Y sus manos, trémulas y crispadas, separaron la ropa, dejando ver una tierna criatura entre los brazos y sobre el palpitante pecho de la desgraciada Luz.

no está con acento de suplica desgarradora...

—¡Soy madre!...

—Piensa en la salvación de tu hijo...
—¡Ah!

La infeliz no pudo articular una sílaba más. Sus labios, secos y ardientes, estamparon repetidos y frenéticos besos, besos de madre, en el rostro de la tierna criatura; y no sabemos el tiempo que hubiera durado, ni el término que hubiera tenido aquella triste y conmovedora escena, si Raúl, haciéndose superior a todo con la energía propia de su espíritu ardiente, no hubiera arrancado al niño de los brazos de la dolorida madre, mientras decía:

—No pasarán muchos días sin que vuelvas a verlo... ¡Yo vendré mañana... Adiós, Luz de mi alma, adiós.

Y ocultando bajo la capa a su hijo, salió precipitadamente de la estancia.

La joven exhaló un grito y quedó inmóvil.

CAPITULO III

La sorpresa

On!—exclamó Raúl cuando se encontró en el inmediato aposento—. Se me abrasa la cabeza, estoy loco... ¡Ay de los que así provocan mi desesperación; ay de los que desgarran el alma de la mujer a quien tanto amo!

—Silencio, señor, que alguien puede oírlos—replicó un hombre que se había colocado junto al caballero y que parecía ser un sirviente.

—¿Qué me importa?—replicó el caballero, cuyo iracundo arrebo se aumentaba por instantes.

—¿Por ventura no puede suceder nada peor de lo que ha sucedido?

—No lo sé, Fernán...

—¿Supongo que os vais, a pesar de que está lloviendo?

—Sí.
—Dios os proteja—dijo el criado, que parecía estar muy conmovido.

—¿Y Aldonza?—preguntó Raúl.

—Allí la tenéis—respondió Fernán, mientras señalaba a uno de los rincones del aposento adonde apenas alcanzaban los rayos de la luz—: duerme como una santa.

Efectivamente, sentada y con los pies colocados al borde de un brasero, había una vieja feísima y medio contrahecha, toda vestida de negro, y que dormía profundamente, mientras sostenía con su diestra un largo rosario con engaste de plata.

El caballero la despertó.

—¡Ah!—exclamó ella, pasándose las manos por sus ojuelos verdes—. Dios ha escuchado mis suplicas: estaba rezando...

—Tomad—interrumpió Raúl, dejando caer en la falda de Aldonza unas cuantas monedas de oro—: otro día acabaré de recompensaros.

—Gracias, señor, gracias: lo que me importa es la dicha de mi desgraciada señora...

—Esa dicha depende del cuidado con que se guarde este secreto.

—¿Dudáis de mi discreción?

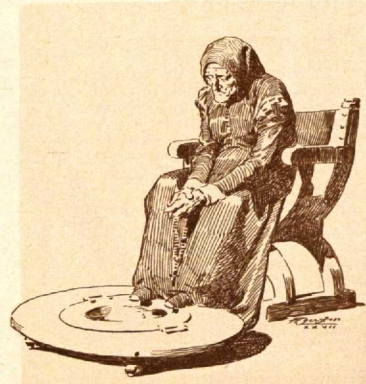
—Confío en ella.

(Continuará en el próximo número.)



Y acercándose a la mesa, tomó un papel que en ella había.

—Es veciso—añadió—que esto desaparezca...



Efectivamente, sentada y con los pies colocados al borde de un brasero, se hallaba una vieja contrahecha...

UNA FELIZ INICIATIVA DE "HERALDO DE MADRID"



"HERALDO DE MADRID" HACE ACOPIO DE JUGUETES PARA LOS NIÑOS DE LA INCLUSA, Y ORGANIZA UNA CABALGATA PARA LLEVAR LOS DONATIVOS DE SUS LECTORES A ESOS NIÑOS.—1. Los "clowns" hermanos Díaz, que tomaron parte en el simpático acto y distrajerón a los niños de la Inclusa con algunos de sus "números".—2. La cabalgata, camino de la Inclusa.—3. El director del "Heraldo", Sr. Fondevila (X), acompañado por los señores García Álvarez y Solís, en plena y generosa labor de organización del acopio de juguetes.—4. Distribución de juguetes en la Inclusa. (Fots. Vidal y Zapata.)

La alegría es molesta...

cuando se está de mal humor y Vd lo está siempre porque el estómago no le deja parar.

Sus amigos y compañeros jóvenes como Vd. son alegres y joviales. Al lado de ellos

Vd es un amargado

y esta es la causa de sus desdichas. Nada le saldrá bien con ese mal humor que le caracteriza. Suprima los males de estómago que son su causa con el

ELIXIR ESTOMACAL

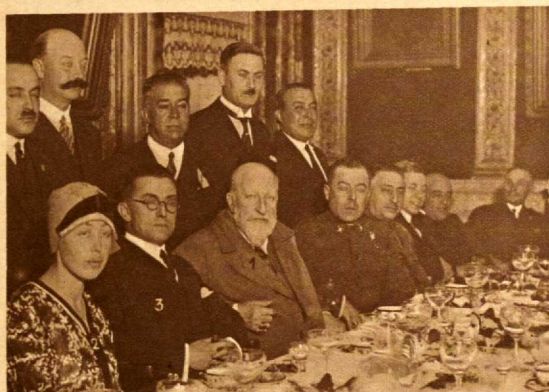
SAIZ DE CARLOS

Poderoso tónico digestivo que triunfa siempre

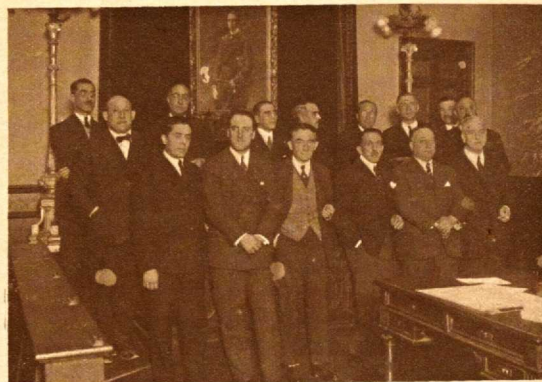
5 pts
botella

35 años
de éxito

NOTAS GRAFICAS DE LA ACTUALIDAD



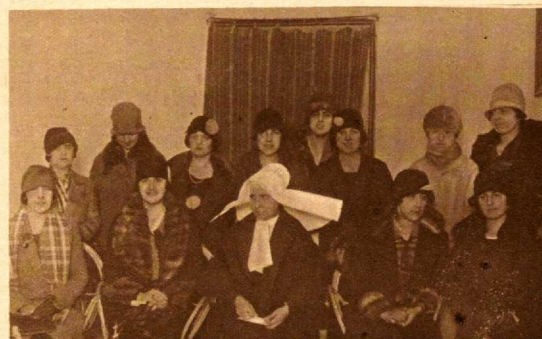
VIGO.—El ex rey Fernando de Bulgaria (1), acompañado de su sobrina (2), durante el lunch con que el Alcalde, Sr. Alonso Cuenca (3), y las demás autoridades, obsequiaron a los Ilustres visitantes. (Fot. Pacheco.)



SANTANDER.—Los miembros de la nueva Diputación, reunidos en el momento de tomar posesión de sus cargos. (Fot. Samot.)



ZARAGOZA.—El Arzobispo de Zaragoza, Dr. Domenech, rodeado del Cabildo Catedral, después del lunch ofrecido por el Prelado con motivo de celebrar su fiesta onomástica. (Fot. M. Chivite.)



SANTANDER.—Distinguidas y bellas señoras de la buena sociedad santanderina que sirvieron una comida extraordinaria a los aislados con motivo de la festividad de los Reyes. (Fot. Samot.)

"MINUE"**Fuencarral, 40.**

Presenta magnífica colección de vestidos y abrigos e invita a las señoras a conocerla.

PIELES ECONÓMICAS**Fuencarral, 10, pral.****LA ELEGANCIA****NEGOCIOS MINEROS**

Importante CONSORCIO MINERO recibirá ofertas de minas y minerales de todas clases.

APARTADO 92.**MADRID****ANTRAGETAL**

Aglomerados, en frío, de antracitas, carbón vegetal y aserrín.

Sin humo ni olor.

Se vende la patente para todas las capitales y pueblos importantes.

Apartado 92.**MADRID****CARMEN, 18.-MADRID**

Grandes descuentos en publicidad para todos los periódicos de España

**INTERESA SABER A TODOS
MUEBLISTAS - TAPICEROS - PARTICULARES**

QUE

tapicerías PEÑA

VENDE

DAMASCOS (fabricación de Lyon y de Valencia).**TERCIOPELOS** (lisos, labrados, de Utrech, ingleses).**CRETONAS** (inglesas, belgas, holandesas).**COJINES** (modelos de París y Viena).**LAMPARAS** y pantallas (modelos originales).**TELAS** para visillos **TULES - MADRAS - SEDAS** fantasía.

Todos estos artículos de primera calidad, pero

VENDIDOS A PRECIOS MUY REDUCIDOS

CABALLERO DE GRACIA. 30 y 32



CORDOBA.—La genial bailarina gitana Custodia Romero, rodeada de amigos y admiradores, que la obsequiaron con un banquete. (Fot. A. Torres.)



CORDOBA.—Boda de la aristocrática señorita Luisa Candela Capillo con el capitán de la mehallá Sr. García Terrasa, celebrada en el Gobierno militar. (Fot. A. Torres.)



GRANADA.—Distinguidos jóvenes granadinos que aguraron en la cabalgata de los Reyes, organizada por el Centro Artístico para llevar juguetes a los niños acogidos a los establecimientos de beneficencia. (Fot. Torres Molina.)



LA LINEA.—El Alcázar (X) rodeado de las damas que repartieron ropas y juguetes a los niños pobres en el Palacio municipal, con motivo de la fiesta de los Reyes. (Fot. García Sánchez.)

EL MEJOR PURGANTE - LAXANTE

AGUAS MINERALES NATURALES DE **CARABANA** PURGANTES DEPURATIVAS ANTIBILIOSAS ANTIHERPÉTICAS

ESTABLECIMIENTOS ORTOPÉDICOS **PRIM**
MADRID Despacho: PRECIADOS, 33 Teléfono 13.941
Fábrica: NACIONES, 13 » 52.801

LOS MAYORES PROGRESOS DE LA ORTOPEDIA MODERNA

Son los que esta casa, la más antigua e importante de España, construye para sus favorecidos. Último modelo de Pierna Artificial, accionada con tendones compensadores, poseyendo el movimiento natural de rodilla y pie en combinación como una natural. Brazos artificiales con articulaciones de codo y dedos, ejercidos a voluntad del amputado. Pídase nuestro moderno catálogo de estos miembros artificiales.

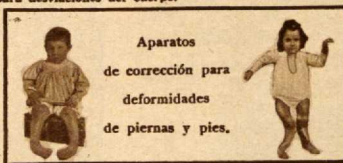
HERNIAS

Nuestro patentado procedimiento es el único que puede garantizarle una contención y reducción completa, evitándole las molestias que ha sufrido hasta hoy. Los miles de herniados que adoptaron nuestro sistema son la garantía de su eficacia.



Corsés para escoliosis, mal de Pott, etc.

APARATOS REFORMADORES
para desviaciones del cuerpo.



Aparatos de corrección para deformidades de piernas y pies.

PARA HOMBRES

cintura anatómica del Dr. Narvy. Suprime la obesidad y asegura un sostén rigurosamente anatómico del talle.



VIENTRES VOLUMINOSOS

o caídos, enfermedades de la matriz, hígado, riñón, estómago, etc.
Modelos de cinturas y fajas patentados para combatir todas las enfermedades del abdomen.



Esta casa es la encargada de construir las fajas que prescriben a sus enfermos los más afamados especialistas.

NOTAS GRÁFICAS DE ACTUALIDAD EN LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS



BARCELONA.—INAUGURACION DE LA LINEA AEREA MADRID-BERLIN.—El aparato que inauguró la línea y, ante él, las autoridades e invitados al acto. (Fot. Badosa.)



BILBAO.—El niño Guillermo Achalanderas, al salir del solemne acto en que le fué impuesta la medalla de Beneficencia por haber salvado a los dos niños que le acompañaban. (Fot. Amado.)



BARCELONA.—El Vicepresidente del Gobierno, general Martínez Anido, acompañado del Ministro de Trabajo, Sr. Aunós, del Embajador de Alemania y de los generales Barrera y Milans del Bosch, en el acto de inauguración de la línea aérea Madrid-Berlin. (Fot. Badosa.)



SEVILLA.—Aspecto de un tendido de la Plaza de Toros, durante el festival infantil celebrado con motivo de la fiesta de Reyes y organizado por el Ateneo. (Fot. Serrano.)



BARCELONA.—Los ganadores de la carrera Joan Boula: 1, Salvador Tapias, primero; 2, Miguel Falau, segundo; 3, Pedro Arbú, tercero. (Fot. Badosa.)



VALENCIA.—Aspecto que ofrecían los Viveros municipales durante el reparto de juguetes a los niños pobres, con motivo de la fiesta de los Reyes. (Fot. Desfilis.)

Estampa

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

	Semestre	Año
Madrid, provincias y posesiones españolas	8,—	15,—
América, Filipinas y Portugal	9,—	17,—
Extranjero	20,—	36,—



SALGADO S.A.
MADRID-SEVILLA
ESPAÑA

CANAS



Invento maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia «LA CARMELA»: no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

VENTA: Todas partes, y autor N. López Caro, Santiago, y sucursal de Barcelona, Guepe, El donde dirigirla en correspondencia. Esta de Cuba, pídasen con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, Repúblicas Argentinas: en todas partes.

Cuidado con las falsificaciones y imitaciones.

SANTIAGO

WEIB, TORERO UND STIER
ROMAN
A-INSUA



FACSIMIL DE LA EDICION ALEMANA DE LA MUJER, EL TORERO Y EL TORO la magistral novela de ALBERTO INSUA que está traduciendo un extraordinario éxito en Alemania. Está a la venta una nueva edición española de LA MUJER, EL TORERO Y EL TORO el libro más completo sobre la vida taurina que se haya escrito hasta ahora, según el eminente crítico Atreana Marín. Ejemplar con bella cubierta de RIBAS CINCO PESETAS EN TODAS LAS LIBRERIAS

LA FARSA

ha publicado, en su número extraordinario de 1.º de año, la maravillosa obra de los ilustres académicos hermanos Alvarez Quintero

CANCIONERA

magníficamente ilustrada y con fotografías de algunas escenas. Un verdadero regalo para el lector.

Compre usted todos los sábados

LA FARSA

la mejor publicación de obras de Teatro.

Gutiérrez

SEMANARIO ESPAÑOL DE HUMORISMO



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PASEO DE SAN VICENTE, 20
TELÉFONO 12836
MADRID

Director: K-HITO

La revista de moda
El mayor éxito periodístico del año
Magnífica presentación

Todos los sábados
30 céntimos, 30



FABRICA DE RELOJES
CARLOS COPPEL (S.A.)
FUENCARRAL 27 MADRID
CATALOGO GRATUITO

EL RELOJ
OMEGA
SE VENDE
FARMACIA, 5.

FERRERA

Sellos de caucho comerciales, 1,75 pesetas, garantizados por dos años.
CARRETAS, 41 (frente a Roma).



MUEBLES PARA OFICINAS
BUREAUX, CLASIFICADORES, FICHEROS
CASA GONZALO
Reina, 21
PIDAN PRESUPUESTOS

Fábrica Peletería del Carmen

14, CARMEN, 14 - TELÉFONO 13.021

Escharps Round - Abrigos piel
largo, desde 200 pesetas.

¡MISTERIO!

Este es el nombre que distingue los Productos de belleza que todas las señoras elegantes usan ya en toda España. Escriban para informarse a la PERFUMERIA VAZQUEZ

San Onofre, 6 MADRID

RADIOTELEFONIA

Completo surtido, Radio barbitoma, aparatos galena desde 2.50; de una lámpara, corriente industrial continua, completo, incluso altavoz, 100 pesetas; auriculares desde 5.95; cascos desde 5.95; variómetros, ocho pesetas; altavoces, 12 pesetas. Ventas por mayor y menor. Envíos a provincias. Desagüelo, 14.

Evita la caída del pelo, le da fuerza y vigor, Alcoholato al Abrótano Macho

EXITO CRECIENTE DESDE EL 23 DE NOVIEMBRE DE 1904.

Premiado en varias Exposiciones. Venta exclusiva en Madrid.

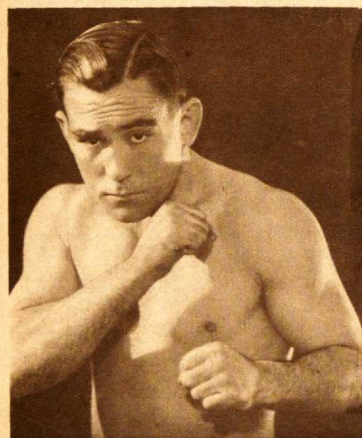
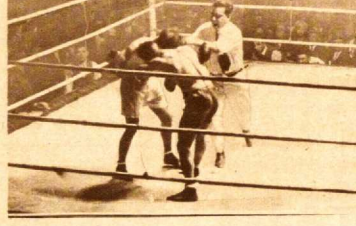
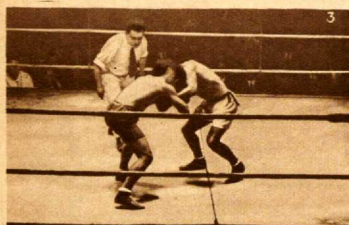
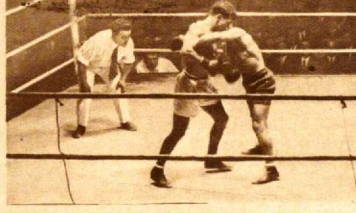
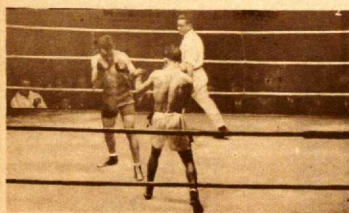
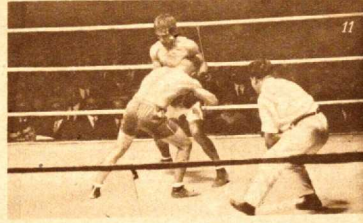
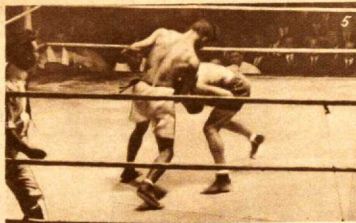
La Alcoholaria Española, Carmen, 10
Cuidado con las imitaciones.



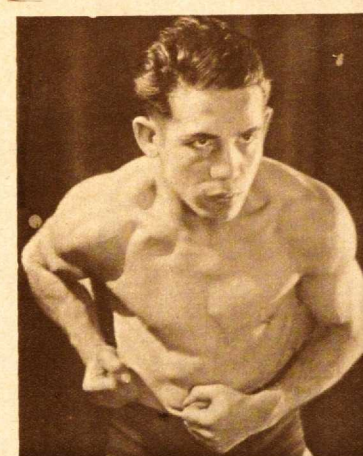
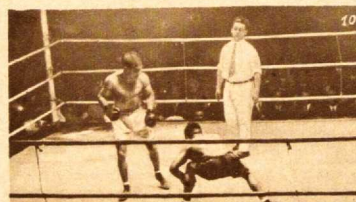
Exijase esta marca en el producto del frasco.

Cómo perdió Antonio Ruiz el camp

(Notable información de Alvaro)



ANTONIO RUIZ, EX CAMPEON DE EUROPA DE PESO PLUMA (Fot. Sport.)



LUIS QUADRINI, NUEVO CAMPEON DE EUROPA (Fot. Sport.)

- 1.—La admonición del árbitro.
- 2.—En guardia.
- 3.—Comienza el interminable cuerpo a cuerpo.
- 4.—Ruiz, torpemente, entra en la guardia de Quadrini.

- 5.—Una rápida serie del italiano.
- 6.—El valleciano se defiende.
- 7.—Trabazón poco académica.
- 8.—Bernstein, harto de gritar "break"...
- 9.—...amonesta a Ruiz.
- 10.—Ruiz se desequilibra.

- 11.—Quadrini espera a que Ruiz entre en su guardia.
- 12.—El italiano esquiva.
- 13.—Bernstein contempla estupefacto esta grecorromana.
- 14.—Quadrini vence, y Ruiz le abraza, sin rencor.